Precio del ejemplar:
$ 20.— mon|nac. arg.

RUDOLF
MULLER

"GRAF SPEE"

Buenos
Aires
195.

RUDOLF MULLER

"GRAF SPEE"



EDITOR
ENRIQUE SIGNORIS

Hecho el depósito que
determina la ley 11.723.

Primera Edición
Septiembre 1954

Printed in Argentina Impreso en la Argentina

RUDOLF MULLER

"GRAF SPEE"



Editor
ENRIQUE SIGNORIS
Convención 586
HAEDO, F.C.N.D.F.S.

CAPITULO I

UN GAUCHO RUBIO EN LA SERRANIA CORDOBESA

El embrujo de la tierra arraigó a Rudolf Muller en una de las quietas y silenciosas villas de la serranía cordobesa. Acaso el paisaje sedante, la atmósfera transparente y el cielo siempre azul, atemperaron el fanatismo de los primeros tiempos cuando aquel muchacho veinteañero, oriundo de una pintoresca aldehuela ribereña del Oder, desembarcó en la Dársena Norte. Fué en las postrimerías de 1939 y por cierto que no era un inmigrante común, que buscara voluntario cobijo en nuestras playas abiertas de par en par a todos los hombres de buena voluntad, grávidos de sueños y nutridos de esperanzas. El caso de Rudolf Muller, a quien conocí en una fiesta criolla de Villa Brochero, uno de los pagos más gauchos de la provincia mediterránea, es muy diferente. Se trataba nada menos que de uno de los tripulantes del Graf Spee, el barco fantasma que en los comienzos de la segunda guerra mundial mantuvo a raya a la potente escuadra británica, superando las más famosas hazañas de los corsarios.

Cuando yo tomé el primer contacto con el marinero del acorazado de bolsillo habían transcurrido diez años de su sorprendente adaptación a nuestro medio físico y espiritual. Parecía un gaucho más, un gaucho rubio, como no hay pocos en aquellos parajes privilegiados por la naturaleza. Hasta moraba en un rancho de cimientos de pircas, paredes de terrón y techo de tacuaras tan característicos en aquellas regiones. Y para que no faltara nada en aquel cuadro típicamente criollo, no estaba ausente la nota pintoresca del mortero de ñandubay y del po-

zo de brocal con roldana de madera cincelada a punta de cuchillo.

Rudolf Muller daba la impresión de un tropero con sus anchas bombachas a cuadros, zapatillas azules, blusa negra bordada, blanco pañuelo con iniciales anudado en el robusto cuello y un ponchito prolijamente doblado sobre el hombro, acaso por coquetería masculina o porque la mañana se presentaba templada. Como otros tantos paisanos de los alrededores, entre los que abundaban los de origen gringo, si bien eran cortas las distancias, había llegado montando un caballito criollo, tobiano, de buena alzada y noble aspecto. Lo hizo al trotecito, recibiendo en pleno rostro la caricia del sol, que ya estaba alto presagiando uno de esos días tibios y acogedores de la serranía cordobesa, que parecieran adentrarse en el corazón y encender el espíritu.

Llegó por la polvorienta calle ancha, donde se levantaba la finca de mi amigo Venancio Jaramillo, un criollazo de ley, que a la sazón cumplía ochenta y tantos años y que en sus mocedades había peleado con los indios. Había ya una veintena de sulkys, camiones y automóviles y otros tantos caballos atados a los troncos de los paraísos, donde los convidades improvisaron palenques. En ese momento yo estaba debajo de la amplia enrramada, charlando de bueyes perdidos, con algunos viejos vecinos, cuando alguien identificó al jinete.

—Es el marinero alemán.

—¿Marinero? ¿Alemán? —sólo atiné a interrogar.

—Fué tripulante del acorazado de bolsillo.

—¿Del Graf Spee?

Caí entonces en la cuenta de que se trataba de uno de los marineros confinados por nuestro gobierno en el interior de la República, pero lo que lógicamente más llamó mi atención fué su vestimenta criolla. Entonces me dijeron que el hombre se había aclimatado tanto, que quería ciudadanizarse y echar raíces profundas en su patria de adopción.

—Dicen que anda noviando con la hija del guardahilos, insinuó alguien.

Por lo menos la muchacha no le es indiferente terció otro.

A partir de ese momento me interesó vivamente la historia

de Rudolf Muller, que recién hoy doy a publicidad expresamente autorizado por su protagonista.

Como comprenderá el lector, desde ese instante no cesó mi asedio en torno al gaucho alemán, procurando adentrarme en su trayectoria de testigo y actor de uno de los episodios más extraordinarios de los últimos tiempos.

Mientras la carne vacuna se doraba en las rejas de antiguos ventanales, a modo de parrillas, y exhalaban los chivitos su aroma tonificante desde los asadores, iba y venía el mate trajinado por los baqueanos en cansar la yerba. Fué en esa oportunidad cuando tuve la exacta sensación del hombre asimilado a la tierra. Rudolf Muller había traído su propio mate. Se trataba de una galleta, de las que abundan por esos pagos y de una bombilla aboquillada en oro. Lo cebaba amargo y como yo era el más próximo de los convidados me lo brindó con gesto cordial.

—¿Un cimarrón?

—Gracias, amigo, le respondí por entrar en confianza.

Aunque yo me había criado en el campo, era, ante sus ojos, un hombre de la ciudad. Con ese pensamiento le pregunté por qué prefería el mate amargo.

—Es mate de tomar más, me dijo sencillamente.

Como éramos media docena de huéspedes en su rueda, no me pareció propicia la ocasión para entrar en radar e ir al fondo de mi interés periodístico: el relato de las aventuras del acorazado de bolsillo.

Recién cuando comenzó el almuerzo y como yo le monté guardia permanente cambiamos algunas palabras que me dieron la clave de su ostracismo.

Fué entonces cuando me dijo una frase que ha perdurado en mi mundo interior y que encierra toda una lección de filosofía:

—Lo que importa es salvar el espíritu. ¿No le parece? —respondió a una pregunta mía, relacionada con el porvenir de Alemania.

La guerra ha echado abajo las ciudades y sembrado los campos de terror. Todo allá es muerte, desolación y miseria, pero el alma de la vieja Alemania es inmortal. Nuestro espíritu no muere nunca y habrá de resurgir un día más vigoroso que nunca para asombro de la humanidad. Siempre fué así. Es

el mandato de la historia, que se cumple a través de las generaciones.

Como yo coincidía con sus ideas, quise canalizar la conversación hacia el relato de su vida. Me dijo que había echado llave sobre sus recuerdos y que era uno de los tantos millones de soldados, que al comenzar la guerra había acudido al llamado de la patria, limitándose a cumplir con su deber.

—Sin embargo Ud no puede olvidar su patria lejana, sus parientes y amigos, todo eso que crea el clima espiritual del hombre en cualquier rincón de la tierra.

—La verdad es que yo no tengo parientes. Ni siquiera el recuerdo de una madre a quien evocar en los momentos difíciles. Era huérfano, y casi un adolescente, apenas egresado de una escuela de artes y oficios, cuando estalló la guerra y sin disciplina militar, sin haber manejado nunca un arma, me incorporé a la tripulación del Graf Spee en el puerto de Kiel. Lo demás, ustedes los periodistas, lo saben, terminó diciendo.

—Es precisamente eso, lo que a mí me interesa, le respondí. Conocer la versión, a través de un soldado raso...

—Si es así, venga un día de estos por mi casa y conversaremos.

Por entonces yo ejercía la función de inspector de telégrafos y no sabía cuándo podría volver a Villa Brochero con tiempo suficiente para conversar largo y tendido y acaso tomar algunos apuntes, como en los lejanos tiempos de mis incursiones periodísticas.

Como es tradicional en aquel apacible rincón de la serranía cordobesa, donde el tiempo parecía haberse detenido, la fiesta en la casa de mi amigo Venancio Jaramillo se prolongó hasta el otro día, matizada con abundantes libaciones, guitarreadas y bailes criollos, sin omitirse, al atardecer, la clásica corrida de sortija y diestros tiros a la taba, a los que hacía la vista gorda el comisario, que también tenía su filosofía al respecto.

—Es difícil desarraigar el vicio, me había respondido.

—Es toda gente de paz añadió el oficial, como queriendo sostener la posición del superior.

—Por acá no hay matones ni fulleros. Los hemos radiado a fuerza de calabozo. Lo que no admitimos, eso sí, es el monte porque la gente se despluma y se originan pendencias. Pero la taba es otra cosa...

—Es en cierto modo un deporte —insinué tratando de inspirar confianza al funcionario policial.

—O por lo menos un juego de destreza criolla... Además es el cumpleaños de don Venancio, una verdadera reliquia de los viejos tiempos —respondió como justificativo terminante.

CAPITULO II

TESTIGO DE HAZAÑAS SIN PRECEDENTES

Habían transcurrido seis meses desde aquella memorable festividad telúrica que tanto me impresionó por el sorpresivo hallazgo del personaje de esta narración.

Aunque ya había avanzado el mes de mayo y no era por cierto propicio el tiempo para unas vacaciones, por lo menos de acuerdo con el concepto clásico de que uno debe descansar en el verano, decidí por aquella época solicitar licencia, que me fué concedida sin reparos porque, a la verdad, no eran muchos los que preferían ir a las sierras en esa temporada. Confieso que no me arrepentí, tanto por el clima que no es riguroso en aquella zona, con un cielo despejado, una atmósfera transparente y un sol amable sin los inconvenientes de la canícula. Por otra parte, no se veía manchando el paisaje esa avalancha característica del turismo apresurado, que exhibe la desconcertante policromía de sus prendas deportivas, el procaz pantalón ceñido que resta encanto a la gracia natural de nuestras vendedoras de tiendas, y las soleras de las señoras jamonas que hacen arquear el espinazo de pacientes borricos, amén del reguero de latas de conserva vacías a lo largo de los arroyos cantarinos. Además, tuve ocasión de cumplir mi promesa de visitar a Rudolf Muller, a quien lo encontré en el aserradero donde se desempeñaba como capataz. Era un establecimiento modelo, que él había impulsado con su técnica de capataz alemán. Su tobiano, que yo reconocí de inmediato por el apero, denunciaba su presencia en el interior del vasto galpón de zinc, donde murmuraba la sierra. Se hallaba junto a media docena de bicicletas y un viejo doble faetón de carrocería remendada.

Era sábado a mediodía. Poco después habría dado término la jornada. Ensayé una sonrisa, me reconoció y convenimos en almorzar en la fonda donde me alojaba.

—Esta es la mía —me dije porque conscientemente había gestionado mis vacaciones para intimar con el ex tripulante del Graf Spee, convertido por el hechizo del ambiente físico y el clima espiritual en un gaucho más, que montaba a caballo y tejía sus sueños de amor en un rancho de pircas y totora. Porque Rudolf Muller estaba enamorado de Eleodora Fuentes, la hija del guadahilos, que era mi subordinado, como inspector de telégrafos.

Como disponía de media hora y aunque me hallaba en uso de licencia hice una visita de cortesía a la oficina de mi repartición. Allí encontré a don Taciturno, que así se llamaba el padre de Eleodora y recién, atando recuerdos, caigo en la cuenta de lo tremendo del nombre, que vaya a saber a qué extraña ocurrencia paternal respondía. Como no era de esos funcionarios engreídos con el cargo y por natural inclinación, me aproximaba siempre a esa pléyade anónima de telegrafistas, guardahilos y mensajeros, que constituyen el alma de nuestro sistema de comunicaciones alámbricas, don Taciturno solía franquearse conmigo acerca de ciertos inconvenientes del servicio.

Como en el pueblo era un secreto a voces que el alemán requería de amores a su muchacha, llevé la conversación sobre ese terreno y le pregunté como la cosa más natural del mundo:

—¿Para cuándo son los confites, don Taciturno?

—Esa carrera no se va a correr, inspector. Por lo menos mientras viva y a fe que tengo resuello para rato —me respondió.

—¿Acaso es un mal partido? Muller es un buen mozo, trabajador y decente. Pronto se ha aclimatado y es tan criollo, como el más pintado.

—Pero es gringo... la gente de mi laya no se mexturea...

—Aunque soy pobre, ya me ve Ud., un simple limpiador de nidos de horneros en los postes del telégrafo, vengo de buen linaje, de los Fuentes de Villa Dolores.

—Eso nada tiene que ver, don Taciturno, mientras el festejante esté animado de buenas intenciones.

—No es que pique muy alto para la Eleodora, pues prefiero un resero del pago a un tinterillo, por más abogado que sea, pero es el caso que el alemán ese es un guacho cualquiera, sin padre ni madre, ni perro que lo ladre, como dice el refrán.

—Viejas son sus ideas y no muy cristianas, que se diga.

—Es que el gringo, además, es pagano y eso ya es mucho decir para nosotros, que si no nos pasamos la vida chupando cirios, por lo menos tenemos una religión.

—¿Y si se convirtiera? —me atreví a insinuar procurando una solución a ese problema, que me parecía tan sencillo, y era tremendo para el porfiado guardahilos de Villa Brochero.

Yo consulté la hora. Ya estaría aguardando en la fonda mi convidado, y don Taciturno, como si hubiera estado rumiando la respuesta, me respondió con palabras perezosas:

—Eso sería harina de otro costal.

En ese momento apareció el jefe de la oficina. Nos saludamos, dió algunas instrucciones al guardahilos y quedó interrumpida la conversación iniciada bajo tan buenos auspicios.

"El Pensador" era una de esas típicas fondas pueblerinas, donde se congregan los viajeros de comercio y uno que otro paisano de luengas distancias que algo tienen que hacer en el poblado. Un olor acre a huevos fritos, que se colaba a través de un ventanillo con puerta corrediza, denunciaba el menú de minutas, por cierto no muy halagueño para mi hígado fatigado.

El mantel desteñido rememoraba antiguos dibujos escoceses. Sobre la rebelde mancha de vino tinto había colocado el mozo prolijamente la aceitera. Recuerdo también un par de cuadros en litografía coloreada que reproducían la clásica naturaleza muerta de hortalizas, frutas y piezas de caza menor.

Rudolf Muller fué puntual. Llegó a la hora convenida y mientras compartíamos el almuerzo, reanudamos la conversación interrumpida seis meses atrás durante el último cumpleaños de mi amigo Venancio. Me enteré por él que el viejo criollo por esos días sentía agudos dolores en la espalda y que se negaba a consultar un médico y quedamos en que ambos, por la tarde, íbamos a ir a visitarle.

Estaba, por fin, frente al hombre que había sido testigo de las hazañas sin precedentes del Graf Spee, el acorazado de bolsillo que zigzagueó las rutas oceánicas, hundiendo millares

de toneladas de barcos enemigos en el período más culminante de la segunda guerra mundial, y dependía de mi habilidad crear un clima de confianza que me permitiera recoger de sus propios labios la versión humanizada de lo que había ocurrido a bordo, desde la partida del puerto de Kiel hasta su sepultura en las aguas del río rubio de Solís, pues si bien conocíamos, a través de partes oficiales, la crónica documentada del suceso, poco había trascendido acerca de la vida de sus hombres, tanto de los combatientes, los técnicos especializados en sus maravillosos instrumentos de precisión, verdadero alarde de la ciencia alemana, y los simples obreros que complementaban el equipo de aquella verdadera fortaleza flotante en miniatura.

Pero yo quería ir más lejos, arrancar desde los orígenes de este soldado raso, oriundo de una lejana aldehuela ribereña del Oder, que jamás habría soñado transformarse en un rústico poblador de la serranía cordobesa. Por eso le interrogué acerca de la etapa previa a su incorporación en la marina de guerra de su patria.

—Apenas egresé de la escuela de artes y oficios —comenzó diciendo— munido del certificado que me acreditaba como oficial carpintero me instalé en una modesta pensión de Francfort. Poco después ingresaba en un gran establecimiento industrial, percibiendo un salario que apenas me permitía sobrevivir, y me trasformé en una pieza más de aquel complejo organismo, identificándome con los escoplos, las sierras sin fin, los motores y engranajes y ese penetrante olor a resina, tan característico de los aserraderos.

Mi instrucción era la común de los desheredados de la fortuna recogidos en los asilos de huérfanos, de manera que poco sabía de estas tierras maravillosas y del espíritu de su gente y lejos estaba de mi pensamiento imaginar que algún día habría de anclar por aquí como navío que después de soportar un recio huracán en pleno océano encuentra un puerto seguro.

Tal es mi caso, señor —prosiguió diciendo Muller, mientras sorbía el último trago de una taza de café al finalizar el almuerzo en aquella malolienta posada con pretensiones de restaurante.

La verdad es que poco había adelantado en mi inquisitoria y como habíamos quedado en visitar por la tarde al viejo Jaramillo, le recordé ese compromiso a fin de proseguir

en el interrogatorio, de tal modo que hiciera el relato casi sin darse cuenta.

Pero cuando menos lo pensaba, tuve la sensación de que el hombre había encontrado en mí su confidente, alguien en quien hacer descarga de lo que le bullía por dentro por lo que podría alcanzar su relación sin ningún esfuerzo. Es indudable que había avanzado mucho en el terreno de su confianza por que me preguntó qué pensaba de don Taciturno Fuentes, el padre de la muchacha que según los díceres del pueblo tenía a mal traer al gaucho rubio.

—Es un buen hombre —le dije— algo chapado a la antigua, aferrado a ciertos prejuicios de raza y de religión, pero incapaz de hacer mal deliberadamente.

Fué entonces cuando el tripulante del Graf Spee me relató como había conocido a Eleodora en una de esas fiestas familiares tan frecuentes en Villa Brochero y como quedó prendado de sus encantos. Yo conocía a la hija del guarda hilos. Era una de las características bellezas criollas con largas trenzas enroscadas, renegridas y sedosas, ojos luminosos y profundos, tez mate y mejillas sonrosadas con graciosos hoyuelos. Desde muy niña había ocupado el sitio de su madre en el viejo caserón de los Flores, que no notó la ausencia de aquella abnegada mujer descendiente de una de las más linajudas familias cordobesas venidas a menos por que Eleodora se hizo cargo de todos los menesteres domésticos y la crianza de sus tres hermanitos menores, sobrándole tiempo para mantener el jardincito siempre florecido y aún para bordar a mano ajuares de novias y de recien nacidos. Más de una vez acariciando la blanca tela de raso, habría la muchacha soñado despierta imaginando que algún día el bastidor luciría el símbolo de sus esponsales. ¿Por qué no? ¿Acaso no era bien parecida y no le halagaban el oído con lisonjas los mozos del pueblo? Pero era el caso que ninguno de ellos le interesaba o por lo menos no había logrado hacer vibrar las cuerdas de su corazón veinteañero. Por otra parte, su padre era tan severo y hacía aun tanta falta a los changos, que los castillos de su fantasía bien pronto se venían abajo.

—Dicen que el amor aparece de pronto, sin previo anuncio, solía platicar consigo misma, mientras desparramaba el grano en el gallinero o remendaba los pantalones de los traviesos muchachos.

Y el amor se presentó en una noche estival, plena de luna, en el patio solariego de una de sus clientas, que ese día había contraído matrimonio con el tendero de la esquina. El fonógrafo ejecutaba el gastado disco de un viejo vals, pero a ella le pareció una música celestial que interpretaba sus sueños inconfesados. Todo esto lo supe por el relato de Rudolf Muller, cuya figura bizarra impresionó vivamente a la hija del guarda-hilos. Ella se ruborizó y él quedó un tanto cohibido. Pronto se enteró que era el tripulante del Graf Spee, y aunque Eleodora poco sabía de la guerra, le atrajo la seducción de la leyenda.

Si bien no era el príncipe encantado de sus sueños, pues había trocado en un traje dominguero común el ropaje de seda y pedrería que usan los personajes de los cuentos de hadas, era indudable que se hallaba en presencia del hombre predestinado. Su mano se estremeció cuando el dueño del aserradero hizo la presentación, pero experimentó cierto desencanto cuando poco después se enteró que era un simple jornalero.

Aunque Rudolf Muller no había frecuentado muchas fiestas sabía conducirse cumplimentando a las damas. Su preferencia por Eleodora fué bien visible entre todas las muchachas que habían acudido a la boda con la intención subconsciente de contagiarse por que en cuanto el fonógrafo dejó oír de nuevo las notas del único vals que matizaba el ritmo del tango, él la invitó a bailar.

—Es lo único que sé, le dijo. En mi patria es la música nacional. La bailan como trompos hasta las criaturas, los changuitos, como dicen ustedes.

—Si no fuera por que es Ud. rubio, no parecería extranjero. Pronuncia Ud. muy bien y hasta se diría que con cierta tonada provinciana.

—Es que esta tierra generosa lo agarra a uno, hasta sin proponérselo.

Quizás ella fué un tanto audaz por que le preguntó su opinión sobre las criollas.

—Son sencillamente encantadoras, como usted...

Allí comenzó el idilio en aquel patio solariego de baldosas lustradas por el tiempo e iluminado con dos potentes faroles de acetileno. Lo demás es una historia común, bella y romántica en el sencillo marco de aquel apacible rincón de la serranía mediterránea. A las miradas furtivas y al incesante pasar a caballo

frente a la casa de Fuentes, sucedieron los encuentros, como por casualidad, en la calle principal. Fué entonces cuando Rudolf Muller tuvo la sensación de que la muchacha le correspondía y por su parte también enhebró sueños como cualquier hombre enamorado. Se propuso hablarle y no le faltó oportunidad. Fué durante el bautismo del primogénito del boticario, hijo de un antiguo refugiado alemán de la guerra del 14, nacido en Buenos Aires, que sentía singular predilección por el tripulante del Graf Spee. Ese día el guardahilos, conduciendo un sulky y munido de una larga caña de tacuara, había salido a recorrer la línea, para quitar telas de araña y nidos de hornero que dificultaban las trasmisiones. Por eso Eleodora se había comprometido en regresar temprano a su casa y lo hizo acompañada por nuestro personaje. En el corto trayecto de veredas de ladrillos, cercos de madreselva y uno que otro potrero de alfalfa, que iban desdibujando las sombras del anochecer interrumpido por los chispazos de los tucu-tucus, había amanecido en el corazón de la muchacha y sonaban las lejanas melodías de su tierra en el mundo interior del hombre que había echado llave a sus recuerdos de la guerra.

Aún quemaba sus tersas mejillas el cálido beso varonil que tan intensamente la había hecho vibrar, cuando regresó de su comisión el guarda-hilos.

—Tata —le dijo— tengo algo importante que contarle.

—Hable, no más, mi hija, con toda confianza...

—Se trata de que estoy enamorada.

—Me parece bien. Una muchacha como usted, linda y de buena crianza no se va a quedar a vestir santos.

Pero cuando le dijo de quien se trataba cambió fundamentalmente el panorama. Don Taciturno no disimuló su disgusto, argumentando que no debía precipitarse y que ambicionaba para su hija algo más que un carpintero.

—Ya me ves a mí. Con ser un Fuentes, como soy, me metí a guardahilos para capear un temporal, cuando se iba agotando la herencia de mi madre y todavía estoy varado, haciendo tiempo para la jubilación.

—Pero los extranjeros son más emprendedores que los criollos...

—¿Quiere decir que los hijos de la tierra somos unos holgazanes?

—No es eso, tata. Yo estoy enamorada y tengo fe en el hombre que ha golpeado en las puertas de mi corazón.

—No hablemos más de eso y en santas pascuas.

—El quiere conversar con usted.

—Ya lo sacaré con cajas destempladas al gringo ese... Pero, que se ha creído, fijarse en la hija de Taciturno Fuentes?

A partir de ese momento comenzó la odisea, en tierra, del hombre que había soportado en alta mar los más furiosos vendavales y el fuego granado de la artillería británica, mientras el Graf Spee buscaba su último puerto sobre las olas encrespadas del océano.

Después de una reparadora siesta, a que convidaba la quietud provinciana y la singular costumbre de aquellas gentes vegetativas, al atardecer nos encontramos en la casa del viejo Jaramillo, que resignado a su suerte se hallaba postrado en su cama de hierro forjado con respaldo pintado y perillas de bronce. Sobre la mesa de pino cubierta por una descolorida carpeta las sarmentosas manos de la reumática criada habían encendido la lámpara de querosene, cuya luz amarilla daba un aspecto lúgubre al cuarto.

—Ya me ve mi amigo, estoy en las diez de últimas nos dijo el veterano de la conquista del desierto.

—No es para tanto, los hombres de su temple son más fuertes que el ñandubay, le dije con la intención de levantarle el ánimo.

—No me aflije la muerte, inspector, me respondió. Cada uno tiene señalada su hora y esta es la mía.

—Trate usted de convencerle en consultar un médico me insinuó Rudolf Muller.

De nada valieron mis argumentos. El paciente se había clavado como una estaca en su prejuicio sobre las drogas modernas.

—¿Qué quiere que me hagan las inyecciones, si nada han podido los ungüentos de grasa de iguana

Don Venancio hizo sonar una campanilla de bronce, que más parecía un cencerro por su sonido, y a poco apareció la criada.

—¿Qué manda?, le dijo a secas.

—Alcance el frasco de ginebra que tengo guardado en el armario.

—No se va a curar con un trago, don Venancio.

—Es para convidar a las visitas.

Yo quise sacar partido de la estimación que Jaramillo sentía por mi nuevo amigo para pedirle que intercediera ante el obstinado don Taciturno.

—Perdonen la comparación, pero el amor es como mío-mío ese yuyo malo que en cuanto gana un campo lo invade todo y no hay azada que valga para arrancarlo. Lo mismo han de ser esos amores, si es que han echado raíces en el corazón.

—Usted conoce mis sentimientos, señor Jaramillo, dijo el carpintero de Francfort como si se confesara ante su padre.

—Taciturno se olvida de sus años mozos, cuando le arrastraba el ala a la madre de la Eleodora. El muchacho tenía fama de tenorio y yo hube de meter baza con los suegros... Tanto, que fuí padrino de la boda. Y ese es un sacramento de nuestra santa religión, que como buen cristiano no puede echar en saco roto.

—Lo resiste por que es extranjero y ateo...

—Yo no tengo la culpa de haber nacido lejos de esta tierra y no profesar la religión católica.

—También fueron infieles los indios, que una vez adoctrinados resultaron buenos cristianos. El amor todo lo puede, amigo Muller. El hará el milagro de que usted aprenda el catecismo y se sienta en estado de gracia. Si yo no tuviera que entregar pronto mi alma a Dios, hasta sería su padrino de óleos.

—Créame, señor —le respondió el anónimo soldado raso del Graf Spee— que con su promesa de interceder ante don Taciturno se ha iluminado el horizonte, como si de pronto bajara del cielo hasta penetrar en mi alma un rayo de luz.

—Eso es el comienzo: sentir la fe. Lo demás viene solo. Con que ahora no resta si no que lo apalabre al cura párroco y le explique su caso.

—Gracias, don Venancio.

—Las gracias se las doy yo al Señor, que me ha dado ocasión de convertir un hereje antes de rendir cuenta allá arriba.

Después de esa entrevista acepté la cordial invitación de compartir un asado a la criolla en el rancho de Rudolf Muller. Iba a tener tiempo de platicar extensamente y así lo hicimos al día siguiente, un domingo amable de sol tibio y acariciador, que me parecía más luminoso que nunca.

CAPITULO III

UN PUEBLO FANATIZADO

—A mí me incorporaron a la marina de guerra, cuando ya se había iniciado la invasión a Polonia, comenzó diciendo el tripulante del Graf Spee, mientras acercaba una astilla encendida a su cigarrillo.

Yo estaba ansioso por conocer con abundancia de pormenores la dramática trayectoria del acorazado de bolsillo y me abstenía de interrumpirle para que no perdiera la hilación del relato.

—Por aquel entonces, como ocurrió hasta el último momento, el pueblo alemán estaba fanatizado con Hitler. El führer era para todos el Predestinado, el hombre que habría de conducir a Alemania a un destino rector de la humanidad.

Nos incorporamos en Francfort donde se hizo una leva de todos los individuos útiles para el servicio militar, ya se tratara de adolescentes, como en mi caso, o de hombres ya en edad madura. Las fábricas y los servicios públicos quedaron a cargo de las mujeres y de los declarados inaptos para la formidable maquinaria bélica montada por Alemania.

Como Ud. sabe —prosiguió— gobernaba a Alemania un régimen de fuerza, pero que consultaba la opinión y el sentimiento de las mayorías. El país estaba económica y militarmente preparado para la revancha con su tradicional antagonista, Francia, y nadie discutía las decisiones de aquel hombre extraordinario que electrizaba a las masas y había levantado las banderas de las reivindicaciones, creando una filosofía de discriminación racial. Pocas eran mis lecturas por aquel entonces y, además, actuaba en un medio estrecho, constituído por los compa-

ñeros fanatizados en las ideas de Hitler. De manera que la guerra inminente, con todos sus horrores, me parecía el único camino para que Alemania cumpliera su destino histórico. Por aquella época escaseaban los abastecimientos y pese a todas las drásticas medidas represivas de la especulación, el pueblo estaba sometido a verdaderas privaciones que la victoria en los campos de batalla habría de solucionar. Por lo menos, eso era lo que decía el común de las gentes que respaldaba con su entusiasmo —fervor patriótico podría llamarse— la política bélica del gobierno. Por eso acudí al llamamiento con plena conciencia de cumplir un deber de ciudadano y me contagié del delirio de las multitudes, que acudía a los cuarteles entonando viejas canciones prusianas. Cuando me dieron de alta tras un ligero examen médico —no había tiempo de hacer análisis y radiografías— me dí por satisfecho, aguardando las instrucciones del caso para engrosar las filas del ejército.

Más tarde supe que como mi oficio es carpintero, me habían destinado con carácter de tal en la marina de guerra.

Trabajé un tiempo en los astilleros de Kiel, preparando tablones de distintos tamaños, destinados al calafateo de los barcos surtos en dique seco. Entonces comencé a familiarizarme con los términos náuticos y la rigurosa disciplina militar a que estábamos sometidos. Nos alojábamos en un amplio dormitorio de camas de dos pisos. Yo dormía arriba, ese sueño de plomo que sucede a las fatigosas jornadas y a los interminables ejercicios de adiestramiento militar, las marchas y contra marchas y las flexiones con que alternábamos la de por sí agotadora jornada en el astillero.

Por razones de proximidad trabé relación y comencé a cambiar algunas palabras con Federico Stark, un muchacho de veinte años que ya había perdido diez kilos sudando la gota gorda en los cuerpos a tierra y el alijamiento de los barcos, cargando sobre sus espaldas, a través de ondulantes tablones, las vigas inutilizadas.

Como todos nos desconfiábamos entre sí, por temor a la delación que entonces era moneda corriente, me limitaba a decirle que era cuestión de acostumbrarse cuando se quejaba...

—Se creen que somos de hierro.

Y a fe que el pobre Federico denotaba en su rostro macilento las huellas del cansancio y del dolor físico.

Nuestros superiores no nos daban resuello. Parecía que la consigna era terminar con nuestra humanidad o no darnos tiempo para que cambiáramos impresiones, pues cuando nos tirábamos sobre la cama nos sumíamos en un sueño profundo del que no hubiéramos querido despertar. Además al toque de silencio no debía oirse ni el zumbido de una mosca. Con todo durante el frugal almuerzo, que devorábamos en un santiamén parecía encontrar en mi alivio a sus padecimientos.

—Si al menos uno se nutriera, solía decirme.

Yo caí en la cuenta de que el muchacho no era un espía, pero tratando a mi vez de hallar fuerzas de flaqueza, le contestaba:

—Todo sea por nuestro führer...

De esa manera, inspirándole cada día más confianza, me fuí haciendo su confidente. Supe que era de Kiel, que allí tenía su madre, que en la primera juventud había sido cantante de ópera y que, al quedar viuda, montó una casa de pensión para artistas. Me enteré también que su afición era el baile clásico y que estaba enamorado de una corista del ballet local.

—Si tú la vieras —solía decirme— es rubia como un sol. Tiene los ojos azules como dos aguas marinas y las mejillas frescas como una manzana pintona.

Tanto me hablaba de Cora, y la describió hasta en sus más menudos detalles, que me pareció una imagen familiar.

Recién a los quince días de aquella fajina de autómatas, que más semejaba trabajos forzados, nos licenciaron un sábado por la tarde, con el compromiso de retornar el domingo al anochecer.

—¿Qué vas hacer? me preguntó Federico.

—Iré a dar una vuelta y regresaré al cuartel a comer y dormir. Como no tengo dinero y no conozco a nadie...

—Te llevaré conmigo. Serás mi huésped. En mi casa no faltan camas y si no hay, se improvisan...

El ofrecimiento me pareció tentador y no opuse resistencia, de tal modo que poco después luciendo el flamante uniforme de marinero raso, ascendimos a un ómnibus y nos encaminamos a la pensión de la señora Stark. Era una mujer exhuberante, tanto por sus abundantes carnes, como por su verborragia. Hablaba como un locutor de radio, subrayando las palabras con gráficos ademanes.

—¡Hijito mío, del alma!... En que estado vuelves...

Acaso se cohibió por mi presencia, pues dando la impresión de que reaccionaba, solo agregó:

—La guerra... ¡Cuánto tenemos que sufrir las madres!...

Al abrazo cálido y prolongado sucedieron los besos y las caricias. Era indudable que Federico, como hijo único, era un muchacho mimado.

Confieso que entonces, por primera vez, sentí envidia de aquel regazo materno y experimenté el silencioso dolor de la orfandad.

Cuando la locuaz señora le hubo formulado miles de preguntas acerca de cómo se sentía y cómo lo trataban, sin dejar de traslucir su angustia, recién pareció reparar en mí, que permanecía en un rincón del vestíbulo mirando una colección de fotografías adosadas a la pared, que reproducían escenas de su trayectoria artística.

—Usted está en su casa, buen muchacho, y siendo compañero y amigo de Federico, lo siento también un poco hijo mío...

No supe qué responder. Se me había anudado la emoción en la garganta y pugnaba por aflorar en una lágrima.

Pensé que yo también había tenido una madre, que quizás fuera tan lozana, cordial y generosa como la señora Stark. Muchas veces en el asilo de huérfanos había echado a vagar la imaginación y ahondar los recuerdos, tratando de reconstruir el rostro de mi madre, desdibujando en la bruma del tiempo y todo esfuerzo era estéril, hasta que me arrancaba del ensimismamiento la tajante orden de algún celador.

Poco a poco me fuí haciendo a la idea de que había ingresado al asilo de huérfanos cuando contaba apenas tres años y que no tenía parientes, pues nadie me reclamó en los quince años que frecuenté sus aulas, talleres y gimnasios, amén del tiempo que frecuenté la escuela fábrica donde me dieron un certificado acreditándome como oficial carpintero.

Confieso que la familiar escena me impresionó, tanto como la abundante merienda y el nutritivo y tonificante chocolate, que más tarde habría de relajarme a bordo.

Federico habló largamente por teléfono con su novia y poco después acudimos a su encuentro, no sin antes haberle su madre colocado algunos marcos en el bolsillo de la chaquetilla.

Cora había acudido con una amiga por insinuación de Federico. Era una de sus compañeras del ballet, de rítmico andar, como si ensayara pasos de baile en el amplio veredón del parque, donde tuvo lugar nuestro encuentro. Cora y Federico se abrazaron con pasión, mientras yo me sonrojaba y la muchacha se reía.

—¿Qué van a dejar para cuando sean marido y mujer?, atiné a decir interrumpiendo aquella escena enternecedora. Poco después se tomaron el brazo y Margarita —que tal era el nombre de la compañera que tenía destinada— hizo lo propio conmigo. Yo sentí la suave presión de sus finos dedos en mi bíceps y nos echamos a andar, mientras las parejas, que se habían dado cita a profusión, se abrazaban en los bancos o buscaban la complicidad de las sombras. Después fuimos a una cervecería con espesa atmósfera de humo, canciones y risotadas. Parecía que toda esa gente, soldados, civiles y mujeres de toda índole, habían olvidado el drama de la guerra o que se apuraban a divertirse. Lo cierto es que el ambiente nos contagió y que el ir y venir de los espumosos vasos de cerveza nos entonó el ánimo y acortamos distancia con Margarita, quien en un momento de arrebato me besó en las mejillas. Experimenté, entonces, una sensación extraña, mezcla de sorpresa y de vanidad masculina, pero la muchacha supo contener los impulsos de mi inexperiencia en las lides amorosas con refinado alarde de recursos femeninos.

Alguien propuso ir a un dancing y poco después nos sumergíamos en el torbellino de las parejas apretujadas, mientras sentía el cálido perfume y la sedosa cabellera de Margarita rozar mi rostro y el ondular de su frágil figura entre mis brazos. Era la primera vez que bailaba y yo me dejé guiar por ella, embriagado de alcohol y de deseo.

Cuando regresamos a la pensión de la señora Stark tenía la cabeza embotada de cerveza y de extrañas sensaciones. Dormí, como nunca, hasta mediodía, grávido de sueños sensoriales en torno a la imagen luminosa de Margarita.

La madre de Federico hizo un almuerzo opíparo y se lamentó del poco tiempo que aquél había permanecido en la casa. Cuando salimos para el cine, donde debíamos encontrarnos con las muchachas, mi compañero de cuartel tenía sus ropas interiores limpias y el uniforme planchado por las manos amorosas de su madre.

Margarita me sonrió al aproximarme y en pleno hall me dió un abrazo. No recuerdo ni el argumento ni el nombre de aque-

lla película por que apenas se hizo la sombra en la sala comencé a acariciar sus manos y a musitarle palabras de amor en el oído. Cuando abandonamos el cine, ya éramos novios.

Como mucho teníamos que decirnos aún Cora, Margarita, Federico y yo, nos encaminamos al parque y ya se nos hizo tarde para despedirnos de la señora Stark.

A partir de esa fecha se me hicieron más largos los días en el cuartel y el astillero, ansiando que llegara el fin de semana para el licenciamiento.

CAPITULO IV

EL CRUCERO DE BOLSILLO

Durante varios días perdí contacto con Federico, que había salido en comisión con otros compañeros. Su alejamiento me inquietaba por que era mi único amigo, en aquel frío régimen de disciplina y de trabajo y más que todo por el fulminante impacto de Margarita, que ya ocupaba un sitio de privilegio en mi vida de recién incorporado.

Llegó a la hora de la comida nocturna y se sentó junto a mí, en el sitio que hasta entonces había permanecido vacío.

—Estaba temeroso por tí. Creí que te habían embarcado y ya te hacía en alta mar combatiendo por nuestro führer.

—Nada de eso. Estuve a bordo de un crucero de bolsillo.

Era la primera vez que oía esa denominación para una unidad de la marina de guerra.

Fué entonces cuando algo supe del tratado de Versalles, que prohibía a Alemania armar barcos superiores a las 10.000 toneladas y que la ciencia náutica de mi patria se había ingeniado para montar verdaderas fortalezas flotantes en miniatura, con un terrible poder de ataque y de defensa.

—Lo demás usted lo sabe, me dijo el tripulante del Graf Spee durante esa prolongada tarde, amable y cordial, que compartimos en su rancho de Villa Brochero.

—Cuénteme Ud. sólo estoy enterado de las características de estos barcos por las crónicas periodísticas de la época. Además no estoy muy familiarizado con su tecnicismo.

—Se trataba del Graf Spee, gemelo del Deustchland y del Admiral Scheer. Eran verdaderos alardes de ingeniería naval, tanto por la potencia de sus bocas de fuego, como por su veloci-

dad, si tenemos en cuenta que estaban equipados por siete motores Diesel de 7.000 caballos de fuerza.

—Todo esto —continuó diciendo Rudolf Muller— lo supe a través del relato de mi amigo Federico, que parecía haberse transformado substancialmente, pues ya no se quejaba de las privaciones y la fatiga del servicio.

—Como tú puedes comprender —me decía— con unidades de ese tipo, capaces de desarrollar 28 nudos por hora y con su artillería pesada, equipada con las más modernas instalaciones automáticas, la escuadra enemiga está llamada a desaparecer.

Federico Stark hablaba con énfasis y como yo le escuchaba sorprendido por ese tono desusado, me preguntó si no me entusiasmaba la noticia. Yo le respondí que sí, sin salir aún de mi asombro y él fué más categórico todavía:

—Con barcos de ese tipo la guerra en el océano va a ser un paseo. Nadie podrá contra la ciencia, la disciplina y el coraje alemán. Después de otras expresiones de entusiasmo finalizó diciendo, precisamente en el momento en que se ordenaba formar filas para recogernos en los dormitorios:

—Ojalá nos destinen para la dotación de carpinteros de a bordo... A mí me daba lo mismo —prosiguió Rudolf Muller— pero hubiera preferido continuar en el astillero para encontrar a Margarita con frecuencia.

Se cumplieron algunos meses rutinarios, entre fajinas, ejercicios y fugaces licencias, que derrochábamos en afiebrada ansiedad de amores, libaciones y hartazgos de carne de cerdo en la pensión de la señora Stark.

Por aquél tiempo mi amiga me había presentado ya a su tía, una mujer cuarentona, divorciada, que compartía con ella un sombrío cuarto en otra pensión de artistas. Ella salió a mi encuentro y me anunció que Margarita iba a permanecer ausente un par de semanas, pues se había incorporado al elenco de un ballet que realizaba una gira por las ciudades del interior.

—Pero tengo otra noticia que darle, agregó. Y como la cosa más natural del mundo, sin más preámbulos, me dijo que la muchacha estaba embarazada.

Como yo me quedé cohibido, como si me hubiera caído encima un balde de agua —siguió diciendo el gaucho rubio de Villa Brochero— la mujer me dijo que era un trastorno para la carrera de Margarita pues ambas vivían de su trabajo en las tablas

y que yo era un irresponsable que no tenía de qué caerme muerto. Como la retahila lesionó mi dignidad, le respondí que Margarita no era una aventura para mí y que me hallaba dispuesto a casarme con ella lo más pronto posible.

Quedamos en disponer lo necesario durante una de mis posteriores licencias, en tanto abandonaba aquella casa en procura de mi amigo Federico. Lo encontré en la casa de su madre y le relaté lo ocurrido.

—No te aflijas, hombre, la patria necesita más soldados y no le importa su origen, siempre que sean de raza aria, fué su respuesta. Esa misma noche regresé al cuartel y recién al día siguiente pude conversar con Federico quien me dijo que había enterado a su madre del problema y que podía contar con su ayuda.

Desde Munich en esos días recibí una carta de Margarita visada por la censura. Me confirmaba el anuncio de su tía y con frases encendidas de amor me anunciaba su regreso.

Pero el próximo sábado no salimos. Hubo toque de queda y quedamos acuartelados, montando guardia por turnos en los sitios neurálgicos del astillero.

Desde el amanecer del lunes observamos un movimiento inusitado, órdenes impartidas a voz en cuello, corridas de marineros e ir y venir de jefes y oficiales. Eran los preparativos de la partida del Graf Spee denunciados por el incesante cargamento de víveres, barriles de cerveza y municiones de todo calibre, amén de equipos sanitarios, mantas y todos los elementos indispensables para un largo crucero en alta mar.

Como nosotros seguíamos alternando nuestros ejercicios militares con las faenas del taller de carpintería, lejos estábamos de imaginar que se iba a cumplir el vaticinio de Federico, pues esa misma semana se nos anunció formalmente que se nos había destinado a la guarnición de la fortaleza flotante.

La correspondencia con el exterior quedó interrumpida y me fué devuelta por el suboficial de turno la carta que había escrito a Margarita, exhortándola a mantener fe en el porvenir, mientras se decidía nuestra suerte. Como era lógico se habían agotado todas las medidas de precaución para impedir que trascendiera la inminente partida del acorazado de bolsillo.

Si bien me seducía la idea de embarcarme, y más aún sabiendo que Federico integraba mi compañía, me dolía separar-

me de Margarita, que tan intensamente había hecho vibrar mi sensibilidad de hombre. Por otra parte, pensaba en el fruto de aquellos amores de torbellino juvenil y me aterraba la idea de que en él se cumpliera la predestinación de mi orfandad.

En realidad poco era el tiempo propicio a la meditación y a la nostalgia, dado el intenso trajín de a bordo, donde me hicieron hacer de todo, desde limpiar la cubierta, empujar hasta la bodega turriles de petróleo y bruñir el bronce de las piezas de artillería. Por otra parte, todo me llamaba la atención en ese mundo extraño y diferente, verdadera obra maestra de la ciencia naval germana, que habría de asombrar al mundo por el ajuste y precisión de sus mecanismos y la avanzada técnica de su sistema de comunicaciones inalámbricas, aparte de su potencia de fuego y su fantástica velocidad.

Recién cuando el barco soltó amarras sin mayores ceremonias, después de abarrotar sus depósitos, mientras Federico y yo permanecíamos en el interior de una de las bodegas destinadas a taller de carpintería, cumpliendo menesteres del oficio, cambiamos algunas palabras acerca de los seres que abandonábamos.

—Lo siento por mi madre. Ella sigue creyendo que uno es siempre un colegial.

—Yo poco sé de eso, pero supongo que todas las madres han de ser iguales.

—No es que haya perdido sensibilidad, pero las privaciones de la guerra maduran el corazón y las ideas.

—Y crean la flexibilidad en los músculos.

El aire enrarecido y el estrépito de los motores, nos dió la sensación de hallarnos en una cabina profunda, debajo de la línea de flotación, y próxima a la sala de máquinas. Apenas si se sentía el balanceo de la nave, que ya flotaba sobre las quietas aguas del mar Báltico con rumbo hacia el occidente. Era la única alternativa, ya que acabábamos de despegar de las costas europeas.

Poco después se dió la orden de formación en cubierta, por el silbato del suboficial de servicio, que en ese momento había consultado su reloj y ansiosos por respirar aire puro, sin saber nuestra exacta ubicación, ni calcular siquiera la distancia recorrida, ascendimos presurosos las escalerillas, a través de un verdadero laberinto de pasillos y bodegas, que examinábamos con ojos intrigados, adivinando aquí un depósito de municiones, allá la santabárbara, y acullá el hospital, o simplemente los comedores, las cantinas y los dormitorios.

Como no éramos marineros de oficio, si no carpinteros incorporados a la flota de guerra, caímos en la cuenta del maravilloso mundo en miniatura que es un barco acorazado. Como yo no conocía otro, supuse que el Graf Spee era la unidad más poderosa de todos los tiempos, e invulnerable a los impactos enemigos. ¿Cómo iban a atravesar las gruesas planchas de acero de nuestro casco los proyectiles enemigos, por más potentes que fueran?

Durante la revista de la tarde sobre la amplia cubierta, mientras permanecíamos firmes formados en escuadras, tuvimos oportunidad de observar que no estábamos muy distantes de las costas. Apenas sobre la línea del horizonte se bosquejaba la silueta de los altos edificios, entre los cuales adiviné el perfil de nuestros cuarteles por sus característicos torreones. Eran las 19 y en ese momento comenzaron a encenderse las luces, que a la distancia daban la sensación de un enjambre de luciérnagas. El tráfico incesante de automóviles a lo largo de la avenida costanera se denunciaba por las luces móviles como estrellas fugaces sobre el fondo de sombras.

Nos hallábamos aún en aguas jurisdiccionales. Nuestro barco estaba asido con gruesas amarras a un remolcador, que se iba abriendo paso en un verdadero laberinto de embarcaciones menores, boyas y pontones, con sus reglamentarias luces rojas y verdes, como los semáforos urbanos.

La revista duró escasamente quince minutos. Cuando apareció el capitán Hans Langsdorff nos pusimos en posición de firmes. Yo ocupaba uno de los últimos puestos de mi escuadra, pero pude observarlo cuando nos dirigió la palabra en una breve, pero cálida arenga, exhortándonos al cumplimiento del deber con la patria. Nos dijo que éramos invencibles en el mar y que el führer estaba señalado por el destino para la liberación de Alemania. Con el tiempo he ido recordando, palabra a palabra, aquel discurso que tanto me impresionó, y hasta podría reproducirlo, pero he llegado a la conclusión de que todos los capitanes de barcos, en todos los tiempos, dirían lo mismo.

Lo cierto es que después del clásico "¡Heil, Hitler!", se ordenó romper filas y permanecimos sobre cubierta diseminados y a nuestro albedrío.

El comandante Langsdorff, cuyo nombre más tarde habría de figurar en primera plana en todos los diarios del mundo, no era un hombre vulgar. Sus ojos claros eran vivaces e inteligentes y ejercían un extraño poder hipnótico. Una profunda arruga en la frente espaciosa acusaban sus preocupaciones o acaso daba la dimensión de su responsabilidad como conductor de esa fortaleza flotante, en la que se cifraban las más grandes esperanzas de la ingeniería naval alemana. El mentón prominente reflejaba su voluntad. Todos sus atributos eran los de un hombre nacido para el mando y creado en la férrea disciplina de nuestra armada, con plena conciencia de su misión.

La misma impresión le causó a Federico Stark que en aquella hora de recreo hacía valer su experiencia de una semana anterior a bordo del Graf Spee, mientras el barco aún permanecía en dique seco, para actuar de cicerone. Señalándolas con el índice me indicó las partes fundamentales de la nave, desde la catapulta de proa, destinada a lanzar el hidroavión de reconocimiento, hasta las bocas de fuego cubiertas con lona impermeable, amén de las cabinas de los radiotelegrafistas y los timoneles, los aparejos de la arboladura, los gabinetes de estudio, los pabellones de señales, los tubos lanza torpedos, las torres acorazadas, las cofas de artillería y, en fin, todos los detalles más salientes de ese nuestro nuevo habitat que iba ganando distancia bajo el toldo infinito de una noche estrellada, mientras forcejaba más y más el remolcador arrastrando su pesada carga.

Aquellos sesenta minutos de exploración transcurrieron sin sentir y cuando tres campanadas dieron la señal para congregarse en el comedor de tropa, me di cuenta que el remolcador había cumplido su cometido y navegábamos por nuestros propios medios en el campo de nadie, más allá de las aguas jurisdiccionales.

Poca diferencia tenía el menú de a bordo con las clásicas comidas de los cuarteles, a no ser las crocantes galletas marineras, con las que entraba en contacto por primera vez.

Nosotros no éramos combatientes, pero sabíamos manejar un fusil y hasta actuar en una operación de desembarco, si se hubiera dado el caso. Para eso habíamos sido adiestrados en el cuartel del astillero, pese a nuestra condición de carpinteros, incorporados al servicio de las armas. Por eso nos sentimos en

cierto modo cohibidos, cuando el resto de los marineros hablaba con cierto aire de suficiencia acerca de temas militares.

—¿Sabéis hacia donde nos dirigimos? interrogó uno de los veteranos, que parecía llevar la batuta en la animada conversación.

—No, dije sin darme cuenta, acaso con la subconsciente intención de que el hombre reparara en mí.

Pero el marinero apenas si me echó una mirada y dirigiéndose a otro de los contertulios, como si se tratara de un juego de adivinanzas, le interrogó:

—¿A tí que te parece?

—Vamos hacia las costas de Francia, en previsión que de un momento a otro estallen las hostilidades.

—No. No es eso. Lo sé de buena fuente, pero quiero que ustedes acierten.

—¿A Noruega?

—¿Al Mediterráneo?

—No, mis amigos. Nuestro destino es más importante todavía. Vamos en busca del Atlántico Norte. Conozco de memoria esta ruta y, además, he oído algo que el comandante dijo a su segundo.

—De cualquier manera, se tratará de simples maniobras y pronto estaremos de regreso, objetó alguien.

—Siempre que no se complique el panorama internacional, pues el asunto de Polonia no debe hacerles mucha gracia a los aliados.

Recién entonces tuve la exacta dimensión de las palabras de nuestro capitán. Se iba a cumplir el destino histórico de Alemamania profetizado en la arenga de cubierta.

CAPITULO V

EL ESTALLIDO DE LA GUERRA

Federico Stark pareció estar más enterado que yo de nuestros asuntos políticos e internacionales. El episodio de Danzig, según me informó, iba a tener enojosas derivaciones, encendiendo la chispa de una segunda conflagración mundial, en la que Alemania se tomaría la revancha. Por eso comencé a inquietarme acerca de un eventual encuentro bélico en alta mar, pero él alejó mis presentimientos asegurando que la guerra no había estallado en defintiva y que la táctica alemana consistía en ganar tiempo para dar el primer golpe.

—Por eso, —me dijo— el Graf Spee está poniendo distáncia y cuando más nos alejemos de nuestra base de operaciones estaremos en mejor posición para sorprender a las desprevenidas unidades enemigas.

Aunque yo no entendía mucho de todo esto, parecía confirmar la impresión de Federico el apresuramiento con que nos habían embarcado y el sigilio de nuestra partida, a tal punto que nadie tuvo tiempo de despedirse de sus familiares. Además, las bodegas estaban cargadas hasta el tope de municiones y víveres, lo que pronosticaba, por lo menos, un largo crucero en alta mar.

Pocos días después, cuando ya nos íbamos familiarizando con la idea del peligro y la rutina de las faenas a bordo, tuvimos la sensación de que algo extraordinario había ocurrido.

El trajín del servicio cobraba un ritmo febriciente. Iban y venían las órdenes, trasmitidas ya por altavoces o silbatos, cuando no por estentóreos gritos. Lo cierto es que todo el munalgo tenía que hacer sobre cubierta, ya engrasando los engranajes de los lanzatorpedos, o simplemente asegurando los pro-

yectores eléctricos, los tensores y las planchas blindadas, sin olvidar el trabajo técnico de los hombres familiarizados con los instrumentos de precisión que determinaban la velocidad del viento, las coordenadas astronómicas o la humedad de la atmósfera, porque todo eso, y muchos más, debía conocerse con matemática exactitud para que el Graf Spee cumpliera su destino.

En definitiva, ningún hombre estaba ocioso y menos aún el capitán y los oficiales que conocían el secreto de aquellas modernas instalaciones automáticas o desentrañaban los misterios del cielo y del horizonte a través de sus catalejos. Era indudable que toda la tripulación tenía un alto nivel de cultura técnica, pues respondiendo a las instrucciones de sus superiores, revisaban este o aquel otro mecanismo con la misma familiaridad con que Federico Stark y yo manejábamos las herramientas de carpintería.

Cuando se dió la orden del descanso, previa a la formación de la tarde, como si todo el mundo respondiese a una consigna, en uno u otro rincón, mientras se consumían con avidez los cigarrillos, comenzó a interrogarse acerca del rumbo que iban tomando las cosas.

—Me parece que lo de Danzig debe haber tenido consecuencias — me dijo Federico Stark.

—Quizás haya llegado por cablegrama alguna noticia relacionada con la situación internacional.

—Es lo más probable, si no ¿a qué responderían todos estos ajetreos, como si de pronto debiéramos entrar en combate?

Mientras nuestro acorazado, accionado por sus siete motores Diesel, seguía cortando las aguas del océano, sin saber nosotros, todavía, cuál era nuestra exacta posición y el rumbo que seguíamos, se dió la orden de formar sobre cubierta. Fué apenas un respiro, como para que desentumeciéramos los músculos, porque debíamos adoptar la posición de firmes. Como por arte de magia la orden imperativa hizo cesar el rumor y apareció de pronto el capitán, en el puente de mando, con su séquito de ayudantes, frente a un micrófono. Era un millar de hombres ansiosos por saber qué ocurría más allá de la línea de horizonte de popa, donde habíamos dejado la patria.

No fué muy explícito, por cierto, el comandante Hans Langsdorff, pues apenas nos dijos que el momento internacional era difícil y que, de acuerdo con instrucciones del comando, debíamos tomar posiciones de avanzada.

—Cada uno de los marineros del Graf Spee — agregó — sabe que tiene asignada una misión. Debéis estar alerta y con el ánimo sereno, confiando ciegamente en vuestros jefes y en la buena estrella que guía los destinos de la patria y de nuestro führer.

—Ha llegado la hora de la prueba — dije para mis adentros y, como contagiado por las frases de nuestro jefe, agregué:

—Todos sabremos cumplir con el deber.

Cuando se dieron los hurras de estilo, nuestras exclamaciones fueron más potentes que días anteriores, como potentes sirenazos, que apagaban la ronca voz de los motores.

Aunque trataban de mostrarse serenos, todos denotaban signos de nerviosidad. Lo observé en la cantina de los soldados rasos donde muchos nos congregamos, ansiosos por beber un trago de cerveza, como si una brasa nos quemara las entrañas. Entonces, por asociación de ideas, me acordé de Margarita y de nuestro cordial rincón en la cervecería de Kiel, del torbellino del dáncing y de nuestras entrevistas en el parque. Quién sabe cuánto debíamos permanecer a bordo... Porque ya no se trataba de simples maniobras.

Comuniqué estas impresiones a mi amigo Federico, que sonrió recordando mi turbación del primer encuentro, el desenfado de Margarita, pero reaccionó de pronto, como si me llamara a la realidad.

—Los recuerdos pertenecen al pasado, Rudolf — me dijo—. Yo también, como cualquier mortal, tengo mi corazón, pero me he dado exacta cuenta de que nuestras vidas han cambiado fundamentalmente. Somos simples instrumentos de esta compleja maquinaria que es nuestro acorazado y debemos mirar hacia adelante, como el faro de proa o el vigía en la torre de observación. Y luego, como argumento contundente, terminó diciendo:

—Ayer no más yo me quejaba del esfuerzo físico y de las privaciones en el cuartel y el astillero, era un muchacho mimado y hasta tenía veleidades artísticas.

—Es cierto, pero debes pensar en tu madre y en Cora, que te aguardan con los brazos ansiosos.

En ese momento se dió la orden de desocupar la cantina,

porque debía penetrar un nuevo turno de sedientos marineros, que habían formado fila a lo largo de un sombrío corredor.

Volvía sobre cubierta. Ya caían las sombras de la noche, borrando los últimos reflejos del sol en el poniente.

La vida a bordo y sobre todo en los barcos de guerra crea un espontáneo sentimiento de camaradería, como si todo el mundo tratara de acercarse entre sí ante la inminencia del peligro no advertido todavía.

Fué un muchacho de Berlín, que durante su vida civil había sido mensajero de telégrafos, con quien habíamos cambiado algunas impresiones durante los úlimos días. Conocía el sistema Morse y le habían destinado como ayudante en la cabina de radiocomunicaciones. Lo encontré recostado sobre la borda de estribor, como sumergido en hondos pensamientos. Al reparar en mi presencia, apenas me saludó levantando las cejas. Se llamaba Hans, como nuestro comandante, pero su apellido era Gutenberg, como el inventor de la imprenta. Como me había quedado sin cerillas para encender el cigarrillo interrumpí su ensimismamiento para requerir su auxilio. Hizo accionar su encendedor, pero no cambio de actitud. Fué entonces cuando le pregunté sin mayores rodeos:

—¿Qué te ocurre, Hans?

—Estoy pensando en los míos... La disciplina militar no puede borrar los recuerdos, ni cortar las alas a la imaginación.

Yo convine en eso, porque siempre fuí un sentimental, y porque mi alma necesitaba el calor de un espíritu gemelo.

—Como habrás podido notar — me observó — han sido reforzadas las guardias.

—Siempre conviene estar alertas para cualquier contingencia imprevista.

—Es que, además, se está complicando, cada vez más, el panorama internacional.

—¿La cuestión de Danzing?

—Algo más grave, todavía. Me acabo de enterar que se han roto las hostilidades con Gran Bretaña.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo. En ese momento yo trasmitía partes de rutina, en la cabina del telégrafo, cuando uno de los titulares, encargados de la recepción, no pudo contener su emoción. Había percibido claramente las señales, desde una emisora de tierra, propagando la noticia.

—¡Ha estallado la guerra con Inglaterra!... — dijo en voz alta. El anuncio nos sobrecogió. Hubo un instante de silencio y de inmediato el jefe de servicio se hizo cargo de la situación, llamando por teléfono al camarote del comandante.

—El capitán Langsdorff — prosiguió diciendo — vino como una exhalación, sin gorra y en mangas de camisa. De inmediato dió algunas instrucciones, se comunicó telefónicamente con el timonel y la sala de máquinas, y se reforzó la guardia. Todo esto ocurría mientras ustedes saciaban la sed en el casino...

—De manera que, ahora, no cabe duda. Somos un barco beligerante.

—Y lo que es más grave — siguió diciendo Gutenberg — nuestra presencia ha sido ya advertida por las unidades enemigas que operan en el Atlántico Norte.

Hasta el momento de recogernos en nuestras hamacas de lienzo, donde dormíamos acunados por el suave vaivén de la nave, no observé ningún detalle trascendente que ratificara la noticia del ayudante telegrafista. Por el contrario, el resto de la tripulación parecía ignorarla, pues su sueño era más profundo que nunca. Sin embargo, yo no pude dormir hasta muy avanzada la noche, después de cambiar mil veces de posturas, sin encontrar la posición que me hiciera olvidar las cavilaciones.

La verdad es que no tenía porque inquietarme, máxime careciendo de familia, a no ser mi fugaz romance con Margarita, aquella dulce y animosa muchacha que parecía sonreírme, a través de la tenue luz colada por el ojo de buey...

CAPITULO VI

¡HOMBRE AL AGUA!...

Al día siguiente la noticia era un secreto a voces. Se había ido propalando, como un reguero de pólvora, deslizándose sigilosamente al oído, como quien siembra bombas de tiempo.

Sin embargo, oficialmente no fuimos enterados y aguardábamos que durante la formación de la tarde sería satisfecha nuestra expectativa. El día ocurrió sin otras alternativas, que el cambio pronunciado de temperatura, señal de que nos estábamos acercando al ecuador. Hacía ya tiempo que el barco había dejado atrás la costa europea y navegábamos con rumbo al Occidente, en pleno océano Atlántico. Ya se había dado la orden de cambiar nuestras ropas de lana y algodón por otras más ligeras y el sol, que un mes atrás era recibido como una bendición, había comenzado a picar fuerte, provocando los consiguientes trastornos a quienes no estábamos acostumbrados a los climas tropicales. Por otra parte, la humedad del ambiente era notoria y se advertía sobre cubierta y los pasamanos de metal.

Todos estos indicios coincidían con el entusiasmo de los marineros veteranos, que se aprestaban a la tradicional celebración del paso del ecuador. Hubo, sin embargo, quienes creyeron que el rito de Neptuno se iba a suspender, en virtud del cambio de la situación internacional, pensando que en la patria lejana se vivían horas dramáticas.

Con todo, la situación quedó aclarada cuando el suboficial de nuestra brigada nos anunció que la fiesta se iba a celebrar, aunque sin el atuendo de otros tiempos más propicios. Como esto significaba disponer, siquiera de unas horas, de nuestro

albedrío cohonestando la natural preocupación e inquietud de los bisoños, la información se recibió con alborozo.

Ese día se acortaron distancias de jinetas y presillas y se acentuó el sentimiento de camaradería.

La fiesta fué sencilla y consistió en la aglomeración sobre cubierta de la tripulación que no estaba afectada a la marcha del buque y a los servicios de comunicaciones y vigías, mientras por los altoparlantes se trasmitía un animado programa de música ligera y canciones melódicas. Alguien dijo un monólogo cómico y no fueron pocos los que bailaron adoptando actitudes picarescas. El número fuerte fué un improvisado disfraz de Neptuno con luenga barba y puntiagudo tridente, que dicho sea de paso hicimos en menos que canta un gallo en el taller de carpintería. Cuando el soberano de las aguas nos divertía con sus cabriolas y pinchazos, sorpresivamente apareció la dotación de bomberos y munidos de sus hinchadas mangueras nos dió un remojón, con lo que se cumplió el rito pagano de nuestro bautismo ecuatorial.

La ceremonia terminó allí. Después se anunció que estaban abiertas las puertas de la cantina y hacia allí nos lanzamos entre empellones, gritos y risotadas. El gasto corría por cuenta del comandante y hasta medianoche brindamos por su salud, hasta que se agotaron los barriles de cerveza.

Esa noche dormí como un tronco. Se desdibujó el rostro de Margarita en mis recuerdos y me olvidé que estaba a bordo de un barco beligerante.

El capitán Hans Langsdorff era un hombre comprensivo. Más de una vez se nos presentó como un verdadero camarada y amigo, que suavizó las asperezas de la férrea disciplina militar, sin que por ello se amenguara el respeto, casi religioso, que sentíamos por él, como símbolo de jerarquía y representante del führer en esa fortaleza flotante que izaba al tope la enseña patria.

Fué un rasgo de generosidad el haber autorizado la fiesta del trópico, precisamente en la víspera de uno de los días más memorables de la trayectoria cumplida por el Graf Spee, pues durante la revista de la tarde volvió a usar de la palabra, desde la plataforma levantada en la toldilla, anunciándonos que había llegado la hora de cumplir con nuestro deber.

En definitiva, se había confirmado la noticia del ayudante telegrafista y los rumores y sospechas que Federico Stark recogiera entre los marineros veteranos y que predispuso nuestro ánimo para que el anuncio oficial no nos tomara de sorpresa.

Mientras pronunciaba su arenga el vejo lobo de mar, observé un gesto adusto desacostumbrado y que parecía más profunda su arruga en la frente.

Hans Langsdorff fué lacónico. Dijo que habíamos entrado en el radio de operaciones y que el Graf Spee, orgullo de la ingeniería naval alemana, recibiría su bautismo de fuego con la dignidad y el valor tradicional de la marina alemana. Había que mantener el ánimo sereno y estar atentos a las instrucciones de los jefes de escuadras para que se cumplieran los objetivos militares sin impedimentos, pues el éxito dependía en gran parte de la exactitud y rapidez de nuestros movimientos. Tal fué, en síntesis, el discurso de nuestro comandante, que terminó con los hurras consabidos, mientras se ordenaba romper filas para el recreo de la tarde.

Estábamos en las postrimerías del mes de setiembre y los días, a la sazón, en la zona del ecuador, eran más largos. El sol estaba aún alto en un cielo despejado y a través de la diáfana atmósfera sus rayos carían casi verticales.

Busqué la protección de la sombra que proyectaba la torre principal sobre estribor y allí me recosté un rato, aguardando por momentos el toque de campana que anunciara la primera acometida. Sin embargo, el panorama a bordo no se había modificado, a no ser el refuerzo de las guardias y el rostro sombrío de los marineros bisoños, que se secaban el sudor con la manga de la blusa.

Mientras miraba al cielo, apenas surcado de tarde en tarde por alguna nube fugitiva, y uno que otro albatros planeando graciosamente hasta posarse en la arboladura, vibró en mis oídos la estridencia de un prolongado y potente silbato. Varios marineros corrieron sobre popa. De pronto atronó el espacio el grito de un contramaestre, al que sucedieron nuevas corridas, silbatos, campanilleos y posteriormente una violenta sacudida de nuestra fortaleza de acero, que disminuyó notablemente su marcha.

Todo eso había ocurrido en el espacio de un minuto y cuando creía que había llegado nuestra última hora por mi inexperiencia de entonces en los trajines de la guerra naval, el angustioso panorama fué aclarado por una exclamación familiar entre los lobos de mar:

—¡Hombre al agua!...

¿Qué había ocurrido? Sencillamente que un furtivo pescador, provisto de improvisada línea, se había inclinado más de la cuenta sobre la borda, perdiendo el equilibrio.

Afortunadamente el hombre sabía nadar y pudo mantenerse a flote, mientras se le arrojaba un salvavidas con amarras.

El salvamento se cumplió sin otras alternativas que el remojón y el castigo del imprudente, cuya aventura había alterado el ritmo de la marcha en tiempo de guerra.

CAPITULO VII

UNA VIOLENTA TEMPESTAD

Federico Stark había sido destinado al compartimento de maquinarias, de manera que poco tiempo disponíamos para cambiar impresiones y mi otro amigo, Hans Gutenberg, poco interés demostraba por mis confidencias, acaso porque no conocía a Margarita o porque estaba muy entusiasmado por sus adelantos técnicos en el gabinete de comunicaciones, donde contaba con la confianza y el estímulo de sus superiores.

Yo quedé solo con mis recuerdos, alimentando la vaga esperanza de volver algún día al puerto de Kiel y reanudar el interrumpido romance. Quizás podría hasta disponer de un jornal para alquilar un cuarto y dar un nombre al fruto de aquel primer encuentro con el amor. En realidad eso era lo que más me inquietaba, pues poco a poco fuí olvidando el sabor de los besos ardientes y la dulce y acariciadora voz de la muchacha del ballet.

Todos los días eran iguales. No regía para nosotros ningún santoral ni disponíamos de otro calendario que la cuenta de los turnos y las guardias. Por eso no recuerdo con exactitud la fecha de nuestro primer encuentro con el "Altmark", el barco destinado para nuestro periódico abastecimiento en la inmensidad sin horizontes de la superficie líquida.

Federico Stark me había dado una noticia alarmante.

—Se nos agota el combustible —dijo—. Apenas si disponemos petróleo para una semana —agregó.

—No te preocupes. Hoy, a más tardar a las 15, nos vamos a encontrar con el Altmark...

—¿Y eso qué significa? —me atreví a preguntar.

—Sencillamente que nos van a abastecer de combustible y de víveres en pleno océano. Son operaciones frecuentes, que responden a planes preconcebidos. En una coordenada de latitud y longitud, previamente fijada, ambas naves deben encontrarse para cumplir ese objetivo. Y luego añadió con cierta suficiencia:

—¿Acaso se os ocurre que nos vamos a dejar arrastrar por el viento y la corriente y a nutrirnos de la pesca?

Claro estaba que mil hombres voraces habrían de agotar las provisiones en un tiempo determinado, pero no había caído en la cuenta que un barco fuera abastecido en alta mar sin arribar a puerto.

El vaticinio del ayudante telegrafista se cumplió con exactitud. El barco de conserva fué avistado por los telescopios, previo el cambio de señales radioeléctricas, que fijaban la posición. En esos momentos había sido destinado sobre cubierta, donde alijaba algunas puertas hinchadas por la humedad del trópico y estaba atento al acontecimiento, que iba a romper la monotonía de aquella fatigosa sucesión de guardias y adiestramientos, apenas alternados con fugaces y bulliciosos recreos.

Por otra parte, sentíamos la gente de tierra la tortura de un paisaje sin variantes: el agua a los cuatro rumbos con el matiz lechoso de la espuma, sobre el inmenso fondo verde o azul, según el ángulo visual o la intensidad de la luz.

La proximidad de un barco amigo, si bien no tenía el encanto de la ribera o el puerto, iba en cambio a modificar la línea del horizonte con una nueva y flotante expresión de humanidad, de soldados veteranos o bisoños como nosotros, que compartían nuestros deberes, inquietudes y esperanzas.

Así fué, en efecto. A las exclamaciones de los vigías, sucedieron las señales luminosas producidas por el centelleo de focos potentes, que reproducían nuestra sigla telegráfica: G S — —./... Casi simultáneamente comenzó a perfilarse en lontananza la silueta de nuestro compañero de aventuras en alta mar. La gente de a bordo parecía habernos reconocido. Hubo una señal de respuesta y ambas naves enfilaron las popas hacia el encuentro. Instantes más tarde estábamos frente a frente y por los megáfonos los capitanes se intercambiaban saludos, que fueron subrayados por los tripulantes con el brazo en alto y renovados hurras.

De inmediato fué accionada la grúa de estribor y como una mano gigantesca posó sobre la superficie uno de nuestros botes, en que había tomado ubicación el capitán con un séquito reducido, integrado por oficiales y asistentes que conducían hinchados portafolios y algunas piezas de los instrumentos de precisión, que era urgente reemplazar.

Me di cuenta que la mar estaba demasiado picada porque el bote daba furiosos brincos sobre las olas, como un potro embravecido. Aunque la distancia era reducida —calculo un par de cuadras a ojo de buen cubero— tardó el débil vástago de nuestro acorazado en aproximarse a la escalerilla del Altmark. Después ocurrió una escena, que se repitió con frecuencia en distintas latitudes de todos los mares que frecuentamos: el abastecimiento de petróleo, a través de largas mangueras que succionaban el combustible en en el vientre del barco-cisterna y se introducían en las más recónditas profundidades de nuestro casco de acero.

Pensé entonces en Federico Stark y lo imaginé en el fondo del compartimiento de máquinas, mirando gozoso cómo oscilaban las agujas del instrumental que indicaba las reservas de combustible.

Simultáneamente a aquella operación vital para la marcha del buque observé que una verdadera caravana de botes iba y venía, a través del improvisado y profundo canal que nos separaba de nuestro aliado, trasportando hacia nosotros todo género de vituallas, pues a través de la apariencia de los sacos era dado saber si se trataba de patatas, arroz, azúcar, harina, fideos, porotos, latas de conserva y, en fin, todos aquellos productos que alimentan la caldera humana como el petróleo destinado a los motores Diesel.

La operación duró hasta el anochecer. La vida a bordo había cobrado inusitada animación, que se prolongó en los obligados comentarios en los comedores y dormitorios de tropa, a tal punto que fué necesario ordenar silencio con órdenes imperativas.

Al amanecer se reanudó la labor, en la que me cupo tener participación. Ahora se trataba de una tarea grata, el transporte de barriles de cerveza, cuya provisión se había agotado durante la bulliciosa fiesta del ecuador. Entonces comprendí

que el führer estaba en todos los detalles y que desde la patria lejana atendía a todas nuestras necesidades.

Mientras proseguía el abastecimeinto en alta mar observé que los vigías permanecían alerta desde las altas torres de observación con sus largos telescopios, que horadaban el horizonte, mientras aumentaba el trajín en la sala de trasmisiones radiotelegráficas. Era indudable que Langsdorff no se dejaba llevar por nuestro entusiasmo. Su instinto de viejo lobo de mar le recomendaba prudencia y había agotado todas las precauciones, temeroso de ser sorprendido en plena faena.

Poco después el sol amenguó sus calorías, el cielo comenzó a encapotarse y acrecieron las sombras como si anocheciera en pleno mediodía. Hubo algunos relámpagos y truenos lejanos y cayeron las primeras gotas. Entonces nuestro jefe impartió las órdenes consiguientes para retirar los cables de acero y la línea telefónica, que nos unía al Altmark como un cordón umbilical. Se recogieron los botes y en contados minutos ambos buques hicieron mutuas señales de despedida. Sonaron silbatos, sirenas y campanas. Se oyó el interrumpido trepidar de los motores y ambas naves comenzaron a andar, abriéndose en abanico, rumbo a Occidente, mientras se descargaba el aguacero.

Se encendieron los faroles de proa, accionaron los faros rotativos, iluminando la ruta del mar ennegrecido y en medio de la ventisca el Graf Spee fué cortando las olas, que iban poco a poco cobrando mayor altura.

Como yo aún debía cumplir algunos menesteres sobre cubierta, pude observar cómo se originaba el temporal. Al principio el oleaje, de natural ondulado comenzó a cobrar formas caprichosas, que parecían repercutir en el movimiento de nuestro casco, porque ya el cabeceo o el vaivén se hicieron más notables. Llegó un momento en que la fuerza de aquella convulsionada masa líquida parecía anular la potencia de nuestros 36.000 H P, porque el acorazado daba la impresión de no avanzar. Hubo un momento en que cesó la lluvia y el viento bramaba, haciendo vibrar las antenas y la arboladura, como si todo el barco se convirtiera en un fantástico instrumento que ejecutara una infernal sinfonía. Después acrecieron los relámpagos, que estallaban a diestra y siniestra y se desencadenó la lluvia en verdaderos chaparrones, como si de pronto se abrieran todos los grifos del cielo. El viento y el oleaje redoblaron

sus ímpetus, de tal manera que el agua comenzó a entrar a baldazos, haciendo trastabillar a los tripulantes como bolos de madera.

El Graf Spee tenía un objetivo que cumplir y no podía disminuir la velocidad ni modificar el rumbo. Por eso se empeñó el capitán Langsdorff en capear el temporal, manteniendo el barco de proa contra el viento y el oleaje.

Nos inclinamos en forma impresionante con relación a la línea del horizonte y como yo no estaba aún avezado en estos dramáticos ajetreos, supuse que el barco iba a zozobrar, porque en ese momento observé que se desgagajaba parte de la arboladura y un maretazo arrasaba con todo lo que halló sobre cubierta.

El agua había penetrado al fondo de algunas bodegas, se desgarró el cobertizo del hidroavión de reconocimiento y uno de los botes, quizás mal amarrado voló por los aires en el ámbito de sombras.

Fué entonces cuando se agigantó ante mis ojos la figura de nuestro jefe, convertido en el héroe de aquella desesperada resistencia, pues de pronto se hallaba en la cabina de trasmisiones partiendo órdenes telefónicas al compartimento de máquinas o bien junto al timonel, exhortándole a mantener el rumbo a todo trance, cuando no ordenando el refuerzo de los tensores y audaces maniobras en el velamen, sin que en ningún momento perdiera la sereidad. La tempestad se había desencadenado, pero el barco mantenía su posición sobre los pliegues del abismo sin dimensión.

¿Cuánto tiempo duró aquella lucha sin cuartel? No lo sé a ciencia cierta y sólo recuerdo que estábamos empapados por los manojos de lluvia, ciñendo el agua, las livianas ropas sobre las carnes frías.

Entre el bramido del viento y el crujir de los aparejos, se oyeron maldiciones y rogativas.

—¡Virgen del Mar, protégenos!, fué la invocación más perceptible en aquel verdadero pandemonium de gritos y voces de mando que apagaba la furia de los elementos.

Pero estaba escrito que ese no sería nuestro fin, porque la fuerza del temporal comenzó a amainar y si bien se mantuvo la ventisca húmeda, el barco recobró su estabilidad.

Poco después nos enteramos que durante lo más recio de

aquella fatigosa batalla de la técnica contra la naturaleza embravecida, un marinero de servicio había dado un salto mortal desde una de las altas crucetas.

Al día siguiente, durante la revista de la tarde, se guardó un minuto de silencio en su homenaje.

En los registros de la tripulación se borró su nombre. Fué el primer tributo del Graf Spee en su dramático galopar sobre el lomo encrespado de los mares.

CAPITULO VIII

EL PRIMER ENCUENTRO EN ALTAMAR

Al día siguiente apareció tardíamente el sol, rompiendo la barrera de la niebla. La actividad sobre cubierta fué inusitada. La marca del temporal es observada por doquier y hubo mucho que reparar, pero tuvimos tiempo de lamentar la desaparición de aquel anónimo camarada muerto en el cumplimiento de su deber.

El pronóstico del tiempo recibido por radio anunciaba cielo descubierto a mediodía, vientos moderados y aumento de temperatura. La carta meteorológica era promisora pero aquel episodio intrascendente a la magnitud de la contienda, nos había impresionado tanto que no teníamos ánimo siquiera para escudriñar el horizonte, cambiar impresiones en la hora de recreo o ir a la cantina a jugar a los dados y beber un vaso de cerveza.

Una intuición indefinida nos embargaba. No sabíamos de qué se trataba, pero incidía sobre el espíritu de todos.

Habíamos comenzado a almorzar en silencio, cuando de pronto en todos los compartimentos del barco vibraron con prolongada insistencia las campanas.

—¡A formar en cubierta! —fué la orden impartida por los altoparlantes. Volaron jarros y platos de aluminio y atragantándonos con el último bocado ascendimos presurosos, casi en tropel, por las escalerillas, por más que se nos había recomendado, durante los ejercicios observar serenidad en esas emergencias.

El panorama no había cambiado. Siempre la misma atmós-

fera gris, húmeda y pesada entre la bóveda del cielo y la agitada superficie del mar.

Sobre cubierta formamos filas y ya no fué el comandante Hans Langsdorff, quien permanecía en el puente de mando observando a estribor con sus prismáticos, quien nos dirigió la palabra, sino uno de los oficiales de la plana mayor.

—Es el momento —nos dijo— de entrar en acción. Que cada uno permanezca en su puesto, atento a las instrucciones de los superiores. Ha sido avistado un barco enemigo.

Debieron ser muy potentes los lentes de los largavistas para advertir la silueta de otro barco en aquella cerrazón. Poco después la incógnita se despejaba y fué dado observar una mancha alargada, como un islote, en el horizonte. Se izó al tope una bandera flamante, en reemplazo de la raída por el temporal de la víspera. La gente corrió a sus puestos y hubo una verdadera formación de batalla alrededor de las piezas de artillería.

Era el 30 de setiembre. Nuestra proa señalaba el noroeste. Nos hallábamos en presencia de un barco mercante, que más tarde supimos se trataba del Clement, una nave con más de 5000 toneladas de registro bruto, que, con precedencia del Brasil, se dirigía hacia Gran Bretaña.

Yo actuaba en un pelotón de reserva para el transporte de torpedos, con la vista al frente de nuestro objetivo, de manera que pude observar sin distraerme todos los movimientos.

Nuestro barco había ordenado por radiotelegrafía detener su marcha al Clement, que no tuvo más remedio que obedecer al reparar en el impresionante aspecto de nuestros cañones. Con todo se ordenó hacer un disparo de advertencia, tan matemáticamente calculado que el proyectil fué a caer a escasa distancia de la proa, como si quisiera persuadirle nuestro comandante de que no se trataba de una broma.

Así fué, en efecto. De las chimeneas del Clement salían abundantes chorros de vapor que denunciaban la sobrepresión de la caldera. El barco enemigo había sido obediente a nuestro requerimiento, pues mediante el código internacional de banderines nos hizo saber que se rendía. Después vimos como descendían los botes salvavidas, colmados de tripulantes con sus bolsos de ropa y enseres elementales, contemplándonos, por cierto, con poca simpatía. Simultáneamente la grúa despegó uno de

nuestros botes, en el que había tomado ubicación el comando de presa, que poco después ascendía a bordo del carguero. Por intermedio del intérprete respondió el capitán británico a las preguntas de estilo, se verificaron ciertos documentos que se introdujeron en un portafolios y el bote emprendió el regreso con todos los hombres a bordo, más el capitán y el primer maquinista.

Yo tuve oportunidad de observarlos con detención. El primero era un hombre maduro, con la vieja apariencia de los lobos de mar, de cutis rosado y barba canosa. Yo tenía la creencia de que, de acuerdo con la tradición, en esos casos, el comandante de un buque apresado debía levantarse la tapa de los sesos en un gesto espectacular. Tal me pareció cuando introdujo su mano derecha en un bolsillo, pero sentí una mezcla de desilusión y de alivio cuando comprobé de que se trataba de una pipa. Uno de nuestros oficiales le alcanzó las cerillas. Esa simple actitud de cortesía me impresionó a punto de remontar mi espíritu de soldado bisoño a los lejanos tiempos de la caballería andante.

En cuanto al primer maquinista, era un hombre joven, huesudo e inquieto, de tez trigueña e incipiente calvicie. Mientras nuestros remeros luchaban contra la corriente y en sincrónicos movimientos hacían avanzar el bote con tan preciada carga de prisioneros, observé que hablaba animadamente, al capitán, que apenas respondía, sumergido en profundas cavilaciones.

Momentos más tarde ambos ascendían por la escalerilla de emergencia y nuestro capitán acudía a su encuentro para presentarle su saludo. La escena fué breve, pero emocionante, por lo menos para mí que lejos estaba de conocer estos pormenores del protocolo en alta mar. Por eso me pareció que temblaba la voz de nuestro comandante y que una lágrima humedecía los ojos del capitán inglés.

Parecía que el tiempo apremiaba, porque los movimientos se cumplieron con matemática precisión. Después supe que estábamos próximos a la costa brasileña y que debíamos cuanto antes abandonar nuestra posición para no ser descubiertos.

Cuando los diez botes del carguero apresado se perdían de vista con rumbo al oeste, demandando la costa, se dispuso lo necesario para el hundimiento del Clement, operación que

fué presenciada por los cautivos desde el puente de mando, como si asistieran a sus propios funerales.

Fué entonces, por primera vez, como vi funcionar los tubos de lanzatorpedos. El oficial encargado del trabajo tomó la puntería, comprobando que el blanco se hallaba exactamente dentro de la retícula. Después, en medio de un angustioso y expectante silencio se accionó el disparador y zumbaron los torpedos, casi a ras del agua. Habían caído sobre la obra muerta y se advirtieron algunos destrozos, pero no en la proporción necesaria para echarlo a pique.

Después se hizo accionar la artillería pesada y bastaron tres certeros y simultáneos disparos con las consiguientes explosiones, para que el pesado casco tambaleara. Se echó sobre proa, como un pato zambullidor que metiera la cabeza dentro del agua, se levantó una montaña de aguas espumosas y el blanco desapareció como por arte de magia.

La operación se había cumplido en tiempo récord, poniendo a prueba la eficiencia de nuestro instrumental de precisión, sistema de cálculos y potencia de la artillería. Lo más importante era que no había costado ninguna vida porque, si bien los ingleses eran enemigos de mi patria, el odio no había anidado en mi corazón. Y hasta lamenté la suerte de los tripulantes que, en medio de la neblina, remaban desesperadamente en demanda de la costa.

Debimos habernos acercado imprudentemente, porque el Graf Spee enseguida rectificó el rumbo y avanzamos con la máxima potencia de nuestros siete motores Diesel, en tanto reapareció el luminoso sol del trópico que debió también haber iluminado la ruta de los náufragos.

CAPITULO IX

LA AVENTURA DEL HIDROAVION

A partir de aquel nuestro primer hundimiento de un carguero enemigo, todos los tripulantes, cualquiera sea su fajina a bordo, instintivamente, alargábamos nuestra mirada a los cuatro rumbos del horizonte circular, en previsión de otro encuentro fortuito.

Durante uno de los recreos tuve oportunidad de conversar con el ayudante telegrafista, quien me informó que se había comunicado con la estación radioeléctrica más próxima, acerca de la aventura que protagonizaban los marineros del Clement. La operación se había cumplido, pues, con todas las de la ley y ya no había que temer acerca de la suerte de aquellos apretados racimos humanos que, como nosotros, tenían su patria y sus hogares.

—Con todo —pensé— era preferible el remojón a que volaran por el espacio, pulverizados por una granada, porque eso estaba ocurriendo, en esos precisos momentos, en los ensangrentados campos de la vieja Europa.

A través de los informativos oficiales transmitidos desde la patria lejana y por la gaceta de a bordo, que redactaba la brigada de telegrafistas con la supervisión de la plana mayor, nos enterábamos del rumbo de la guerra, por lo menos desde el punto de vista alemán. Y sabíamos que se combatía con ferocidad en todos los frentes y que hasta ese momento la suerte de las armas nos era favorable. Se relataban episodios heróicos originados en el pueblo, que respaldaba con su fe y capacidad de sacrificio el avance de nuestros ejércitos. Pensé, entonces, en

Margarita e imaginé que ya habría sido incorporada a algún servicio de sanidad.

Federico Stark, por su parte, tuvo también un amable recuerdo para Cora, y con una sonrisa me dijo que le iba a brindar el primer barco que avistara.

—Siempre que no lo confundas con una ballena...

Nuestra primera acción de guerra había alejado las inquietudes de la víspera. Una contagiosa sensación de alivio se dibujaba en todos los rostros. Además, el suceso se había festejado con copiosas raciones de cerveza. Por otra parte, ese día, el transparente café de la merienda fué substituído por una tonificante taza de chocolate.

Como lo cortés no quita lo valiente, aún en un acorazado cubierto de impresionantes cañones, cuya misión en alta mar era bloquear la línea de abastecimientos del enemigo, los prisioneros fueron tratados a cuerpo de rey. Se les alojó en un confortable camarote y tenían libertad de acción sobre cubierta, donde les observábamos como a bichos raros.

Transcurrieron algunos días sin alternativas fundamentales, hasta que una mañana cálida y luminosa se notó febril actividad a bordo. Entonces nos fué dado observar que se quitaba el cobertizo plegable de nuestro hidroavión y que sus dos motores comenzaron a zumbar. El piloto, el radiotelegrafista y un par de combatientes expertos en el manejo de las ametralladoras, ascendieron al pájaro mecánico, que aún mantenía sus alas plegadas. Hubo algunos ensayos de transmisión con nuestra cabina de comunicaciones, el hidroavión abrió sus alas como una gaviota en actitud de remontarse y entró en acción el engranaje de la catapulta que habría de lanzarlo al espacio.

La operación se cumplió matemáticamente, en presencia del capitán y el primer maquinista del Clement, como si se tratara de invitados oficiales a unas maniobras de rutina.

—Yo observé —siguió diciendo Rudolf Muller— una sonrisa de satisfacción en nuestro comandante y que el asombro se pintaba en el rostro de nuestros cautivos. Por mi parte, tardé unos instantes en reponerme de aquella sensación de maravilla. Nuestro hidroavión enfiló hacia adelante y cobrando altura en posición oblícua, giró en redondo sobre nuestro acorazado, rozando casi la punta del palo mayor, mientras parecía perforar nuestros oídos el ensordecedor ruido de unos motores. Su silueta se fué

achicando hasta semejar un albatros más en el rebaño de las nubes, perderse de vista con su estela de humo y de zumbidos.

Supimos, entonces, que había partido a cumplir una misión de reconocimiento y que el ejercicio se cumplía a entera satisfacción de la plana mayor, pues el sistema de comunicaciones inalámbricas funcionaba a las mil maravillas. Todo esto ocurría en horas de la mañana, mientras el Graf Spee navegaba velozmente a un promedio de veinticuatro nudos, con proa hacia el sudeste. Entonces nos dimos cuenta de que abandonábamos la zona tórrida, porque la temperatura se mostraba más benigna y porque disminuía la humedad atmosférica.

Había transcurrido ya el almuerzo y nos hallábamos de nuevo sobre cubierta, cuando el ayudante telegrafista, el tocayo de nuestro comandante, Hans Gutenberg, llegó con una noticia alarmante.

—Hemos perdido contacto con el hidroavión —nos dijo.

—¿No se perciben sus señales?

—Así es, en efecto. Los telegrafistas están haciendo esfuerzos desesperados para tratar de localizarlo. Lo más grave es que su reserva de gasolina apenas le permitirá mantener una hora más de vuelo, si es que no ha sido abatido por la artillería antiaérea de un barco beligerante...

—¿Quiere decir que podríamos toparnos no con un simple carguero de la flota mercante, sino con un casco de acero, erizado de cañones?

—O con una verdadera escuadra, que ya ha advertido nuestra presencia, después del episodio del Clement y que está patrullando las rutas del mar.

No tardó en trascender el peligroso distanciamiento de nuestro apéndice alado. La noticia había cundido hasta los más recónditos rincones de nuestra fortaleza flotante, donde palpitaba un millar de corazones.

Al promediar la tarde, notamos que la intensidad de la marcha iba disminuyendo sensiblemente, hasta parecer que nuestro barco apenas se mantenía a flote sobre el abismo. Simultáneamente observamos un inusitado trajín entre los jefes y oficiales, que consultaban cartas geográficas o se colocaban los auriculares de recepción, tratando en vano de pescar la más remota señal que acusara la presencia de nuestro hidroavión.

No se podía permanecer mucho tiempo en esa posición de angustiosa expectativa e incertidumbre y si bien no estábamos dentro del pensamiento y los planes del comando, suponíamos que el Graf Spee debía proseguir su ruta, recuperando el tiempo perdido. De otra manera, se echaría todo a perder con el consiguiente riesgo de esta verdadera obra maestra de la ingeniería naval y de sus mil tripulantes, llamados a un destino trascendental en el curso de la guerra. Por eso ya nos íbamos resignando a la idea de perder el hidroavión y su preciosa carga de cuatro camaradas, cuya suerte ignorábamos.

Mientras tanto, la tarde declinaba y acrecía las sombras, El áureo disco del sol se introducía en la inmensa ranura de la alcancía del poniente, cuando nuestro capitán ordenó reanudar la marcha. Habían comenzado ya a accionar nuestros potentes Diesel, cuando Federico Stark lanzó un grito que estremeció el ámbito como un sirenazo:

—¡Barco a la vista!... ¡Barco a la vista!...

Uno de los contramaestres acudió al rincón de popa, donde mi amigo, recostado sobre la barandilla, extendía el brazo y el índice señalando un lejano punto en el horizonte.

—Bien puede ser, se limitó a decir y accionó su potente silbato.

Cundió el alboroto y aparecieron algunos oficiales con sus prismáticos.

Yo me acordé de su promesa de brindar al recuerdo de Cora el primer barco que avistara, pero no tuve tiempo de felicitarle porque se ordenó que cada uno ocupara su sitio de combate y así lo hice, integrando el pelotón que servía una sección de lanzatorpedos.

Si se tratara de algún barco enemigo era indudable que no había reparado en nuestra presencia, pues nuestros radiotelegrafistas no captaron ninguna transmisión en inglés.

Se hicieron algunas señales luminosas sin respuesta y se modificó el rumbo hacia el encuentro del objetivo. Poco después la incógnita se despejaba.

—¡Es nuestro hidroavión que ha amarizado!... —dijo a voz en cuello el contramaestre, alcanzando su largavista a uno de los oficiales.

A todo esto se hizo presente el comandante, quien ordenó romper filas, cuando ya aparecía ante nuestros ojos, nítidamente, la silueta del hidroavión.

El Graf Spee detuvo su marcha a escasa distancia y la grúa posó sobre la superficie líquida uno de nuestros botes salvavidas. Poco después se supo lo ocurrido. Nuestro pájaro mecánico había sido avistado por un crucero enemigo. Se le hizo fuego mientras volaba en posición oblícua y uno de los proyectiles hizo añicos la antena, inutilizando el sistema de transmisión.

Al piloto se le ocurrió, en ese trance, una ingeniosa y temeraria maniobra, guardando la distancia necesaria para no ser alcanzado por nuevos impactos, pues simuló haber perdido el control y precipitarse al mar. Por otra parte, el combustible de que disponía no le permitía acudir a nuestro encuentro, alternativa que hubiera denunciado la presencia del Graf Spee.

Todo esto se supo cuando regresó el bote con el radiotelegrafista, pues el piloto y los combatientes permanecían a bordo, aguardando instrucciones.

El capitán Hans Langsdorff se hizo cargo de la situación y ordenó atracar junto al hidroavión, que fué enganchado por la potente grúa de a bordo y subido sobre cubierta como un enorme pájaro herido.

Instantes más tarde, el capitán y los combatientes abandonaban la cabina y nosotros los contemplábamos como auténticos héroes de una peligrosa y romántica aventura, de sorpresivo y feliz epílogo. Y pese a la rígida disciplina militar, no pudimos contener nuestro entusiasmo, prorrumpiendo en ¡hurras! y cálidos vítores. Hans Langsdorff, por su parte, abrazó al piloto y estrechó la mano de los combatientes.

Yo no sé si este episodio está consignado en la crónica de la guerra, pero sí que a la inspiración y a la serenidad del piloto debíamos no haber sido sorprendidos por la escuadra enemiga, que ya tenía conocimiento de nuestras audaces incursiones.

Pero, también caí en la cuenta de que el hallazgo fué providencial y determinado por el ojo avizor de Federico Stark, que acaso en ese momento de indescriptible emoción habría pensado en los ojos azules y las mejillas lozanas de la muchacha de Kiel.

CAPITULO X

¡BARCO A LA VISTA!...

Al día siguiente hubo mucha actividad a bordo del hidroavión. Se trataba de reparar la antena y como hubo que hacer algunos trabajos de carpintería fuimos destinados Federico y yo.

—Lo que menos mereces es un ascenso —le dije.

—Lo importante es que nuestros camaradas se hayan salvado. ¿No te parece?

Los ensayos de transmisión estaban a cargo de Gutenberg, de modo que la faena me resultó placentera y hubiera deseado que se prolongara, pues, mientras se ajustaba uno u otro tornillo, teníamos oportunidad de cambiar impresiones.

—Esto va para largo... —insinué.

—Podemos permanecer en el mar por tiempo indefinido. Todo depende del periódico abastecimiento de combustible y víveres.

—Y que el enemigo se convenza de nuestro poderío y capitule cuanto antes.

—Inglaterra y Francia confían, ahora, en la ayuda norteamericana.

—Pero no olvidemos que un alemán vale por diez.

—Somos más sobrios y disciplinados.

—El Fhürer no puede equivocarse. Esta es la hora de la raza germana, llamada a conducir al mundo.

Estas y otras conjeturas se formulaban mientras de tarde en tarde, por no perder la costumbre, avizorábamos el horizonte atentos a proferir el consabido grito de "¡Barco a la vista!" Durante la formación vespertina se hizo una expresa exhortación en el sentido de que cualquier novedad observada en lon-

tananza debía ser comunicada con la celeridad del rayo. Y se mencionó el nombre de Federico Stark. Yo le dirigí una mirada de congratulación y él me respondió con una sonrisa, trasunto de gozo y emoción.

El hidroavión experimentó un verdadero calafateo, que se prolongó durante un par de días más, hasta que pudo despegar de nuevo y realizar una breve escolta a nuestro navío.

Cuando se cumplió ese trabajo, que interrumpió la monotonía de las fajinas y los servicios, Federico se reintegró a su anterior destino en el compartimento de máquinas y yo volví al taller de carpintería, donde me encontré con una novedad.

—El barco va a ser camouflageado y debemos trabajar a todo vapor —me dijo el jefe de la sección. Sobre su mesa ya estaban los planos de las piezas que íbamos a construir, simulando un castillo de popa, otra chimenea y un tercer puente, destinados a engañar al enemigo acerca de nuestras características que ya habrían sido divulgadas por los tripulantes del Clement.

Trabajamos aún de madrugada, rendidos por el sueño y la fatiga, que fueron contenidos con somníferos y enormes tazas de café. Con todo, el cansancio fué superior a nuestra voluntad y a los efectos de la droga porque se hubo de suspender la jornada para reanudarse con renovados bríos. Recién al anochecer del día siguiente dimos término a la tarea, que se complementó con toques de pintura y el camouflage fué instalado muy avanzada la noche. Hubo momentos en que yo mismo desconocí mi propio habitat por el extraño aspecto que presentaba.

A la mañana siguiente se observó un inusitado movimiento a bordo, semejante al que precedió al hundimiento del carguero británico. La jornada fué de los vigías y de los operadores radioeléctricos y cuando se dió la orden de formación, apareció sobre la línea del horizonte un enorme transatlántico con dos humeantes chimeneas, otros tantos mástiles y tres puentes centrales. Enseguida se advirtió que no se trataba de un navío de guerra, sino de un vapor mixto de carga y pasajeros.

El barco se hallaba con todas las luces encendidas, lo que quería decir que no procuraba ocultar su existencia por aquella ruta.

Nos hallábamos a unas cien millas del Cabo de Buena Esperanza y esa ruta era frecuentada por los cargueros británi-

cos procedentes de los puertos sudamericanos, con las bodegas colmadas de productos alimenticios. Allí se abastecían de combustible y reanudaban la marcha en demanda de los puertos de destino.

Creíamos que se trataba de una de esas unidades, pero la sospecha fué pronto desvanecida cuando el vigía anunció que era un barco neutral.

Al tope flameaba la bandera de Grecia, país que se había mantenido alejado del conflicto.

En cierto modo sufrimos una desilusión, porque nuestro crucero no era de turismo y debíamos cumplir un objetivo militar, que ya se iba dilatando, pues en nuestro haber sólo consignábamos el único hundimiento del Clement, aunque fué, en realidad, una operación riesgosa pues entonces nos habíamos aproximado hasta cincuenta millas de Pernambuco.

Ambos barcos detuvieron su marcha. Se lanzó un bote liviano y una patrulla de reconocimiento ascendió a bordo del transatlántico griego, donde hizo las verificaciones de estilo.

Mientras tanto, el pasaje y gran parte de la tripulación de nuestro vecino se había agolpado sobre la barandilla de estribor contemplando la escena con curiosa ansiedad.

Se indicó al capitán que no debía telegrafiar la incidencia, porque el mensaje podría ser captado por el enemigo y nosotros lo interpretaríamos como un gesto inamistoso.

Poco después se pusieron en acción los émbolos y las bielas de su maquinaria de vapor, afloraron sendas columnas de humo al tope sus chimeneas y con tres toques de sirena prosiguió el carguero la marcha.

Observamos que en el pasaje había algunas mujeres que agitaban el pañuelo, como si nos desearan buena suerte.

Desde la partida del puerto de Kiel era la primera vez que habíamos visto, siquiera a la distancia, un rostro de mujer. Pero, ¡qué distintas eran a la dulce y ardiente Margarita, que tan intensamente hiciera vibrar las cuerdas de mi corazón!

Habían transcurrido apenas siete semanas, pero todo aquello me parecía tan distante en la dimensión del tiempo y del espacio como recuerdo sobreviviente de un naufragio.

CAPITULO XI

¡DEJE DE TELEGRAFIAR O LO HUNDIMOS!...

Nuestros telegrafistas oían todas las transmisiones de los barcos enemigos, que eran traducidas e interpretadas, de tal modo que no navegábamos a ciegas. Sabíamos dónde podrían hallarse las naves blindadas y los barcos mercantes. Tratábamos de eludir a aquéllos y salir al encuentro de estos últimos, pues nuestro objetivo era cortar la línea de abastecimientos .

En un luminoso amanecer, de transparente atmósfera y primaveral temperatura, nos enteramos de la proximidad de un barco, cuya silueta aún no se perfilaba en el horizonte. Sonaron las campanas de alarma y todo el mundo subió a bordo para entablar el combate en caso de que dicha unidad fuera escoltada. Tomaron posición los sirvientes de las piezas de artillería y las brigadas de tubos lanzatorpedos, amén de todos los servicios auxiliares de transportes, sanidad y reconocimiento.

El blanco comenzó a insinuarse con una espesa nube de humo que nos impedía advertir si la nave estaba artillada, pues teníamos noticias que muchos mercantes habían sido dotados de cañones de largo alcance. Pero nuestro acorazado avanzó aún más, hasta que tuvimos la certeza de que se trataba de un carguero. No se intimidó su capitán por nuestra impresionante presencia, pues desde el barco se radiotelegrafiaba denunciando el peligro.

A través de los auriculares nuestros receptores captaron el angustioso llamado:

.—. .—. .—.

Se trataba de la letra inicial de Raider, que equivale a corsario.

Ni corto ni perezoso, nuestro capitán trató de impedir que el carguero añadiera la coordenada de longitud y latitud y sus propias características. Por eso ordenó avanzar a toda máquina y que accionara el cañón delantero de 3,7 centímetros, lanzando un disparo de advertencia e intimidación a escasa distancia de la proa, en tanto nuestros telegrafistas, aferrados al manipulador transmitían este contundente mensaje: ... — ——— .——. —.— .. .—. . .—.. . ... ——— .——. . —. ..—. .. .—. ., es decir, "¡Deje de telegrafiar o lo hundimos sin contemplaciones!"...

Simultáneamente se hizo un nuevo disparo sobre la línea de flotación, arrancándole de cuajo el botalón. Recién entonces el comandante adversario entró en razones. Cesó la transmisión, detuvo la marcha y quedó librado a nuestra merced.

Se trataba del Newton Beach, matriculado en Newcastle, con 7.000 toneladas de registro y una tripulación de cuarenta hombres.

Lo demás, fué el trabajo de rutina: el reconocimiento por nuestro comando de presas, la incautación de la papelería, que el sorprendido capitán inglés no tuvo tiempo de destruir, y el apresamiento de la tripulación.

El cargamento consistía en maíz a granel, procedente de puertos sudamericanos, y como ese producto no nos interesaba, preferimos obsequiárselo a la fauna marítima.

La legión de los cautivos fué encabezada por el capitán, el primer maquinista y la oficialidad, que se mostraban resignados a su triste destino. Recién cuando hubo ascendido el último tripulante, el Newton Beach fué echado a pique. Pero se ensayó otro sistema: las cargas explosivas. En los sitios neurálgicos se instalaron las bombas de tiempo y desde uno de nuestros botes, a prudente distancia, se encendieron las mechas. Instantes más tarde se oyó una terrible explosión, seguida como por una descarga de cohetes.

La escena era observada por todos nosotros, que no abandonábamos nuestra posición de combate, en previsión de una sorpresa, pues no debían estar muy lejos las naves blindadas británicas. También participaron del espectáculo nuestros cautivos, que permanecían agolpados sobre la barandilla. Volaron por los aires la arboladura, el velamen, parte del castillo de proa y de la cubierta, pero el barco no se hundió.

¿Qué había ocurrido? Sencillamente que la carga de maíz, por ser flotante, retardaba la caída vertical a las profundidades del abismo. Era indudable que las explosiones habían abierto algunos boquetes por donde penetraba el agua a raudales y que, con la acción del tiempo, estaba destinado a echarse a pique. Pero nuestro capitán no quería dejar rastros de la trayectoria del Graf Spee y ordenó que la artillería pesada disparara a discreción. Algunos impactos cayeron debajo de la línea de flotación; el barco tambaleó y se echó sobre estribor. Instantes más tarde, sobre la superficie desplazada quedó una capa espesa, con matices amarillentos. Flotaba el grano nutritivo, denunciando la carga del Newton Beach.

—Las gaviotas tendrán alimento para rato... —insinuó uno de los suboficiales, mientras se daba orden de romper filas y el acorazado de bolsillo emprendía velozmente la marcha, enfilando la proa al Sur.

Se previno guardar distancia con el grupo de prisioneros, que todavía permanecían sobre uno de los ángulos de popa, contemplando con ojos nostálgicos el sitio que sirvió de sepultura a su casa flotante. La medida era prudente, pues debían ser sometidos a la revisación médica de rigor. Uno a uno fueron examinados por nuestro equipo sanitario. Algunos exhibían sus documentos para evitar la vacunación contra la fiebre amarilla y el tracoma, pero la orden fué terminante y nadie eludió el pinchazo. Mientras se practicaba la revisación, a uno de nuestros enfermeros llamó la atención algo que se movía debajo de la blusa de uno de los marineros ingleses. El hombre procuraba disimularlo con los brazos cruzados. Pero vano fué su esfuerzo, porque la incógnita no tardó en despejarse. Se trataba de un gato gris de sedosa pelambre y abultada cola, que de pronto dió un salto, como accionado por un resorte, y se encaramó sobre uno de los tensores del palo mayor.

—Es la mascota de nuestro barco —dijo uno de los ingleses.

—¿De qué nos habrá servido el micifuz? —agregó otro, en cuyas mangas era dado advertir su jerarquía de cabo.

Confieso que el episodio me enterneció y máxime cuando el felino nos miraba con mirada desafiante, como si se diera cuenta del drama que atormentaba el espíritu de sus amigos.

Pero no pudo eludir el examen médico y se le autorizó a

permanecer a bordo. La bestezuela poco a poco entró en razones y se fué aclimatando. Fué el único prisionero que gozó de absoluta libertad y hasta contó con la protección de nuestro capitán, en cuyo camarote saboreaba suculentas raciones de leche condensada y hasta alguna rodaja de jamón.

El Graf Spee era un verdadero alarde de la ingeniería naval. Estaba hasta previsto el espacio destinado a los prisioneros, de modo que en ese sentido no hubo problemas. Salvo el capitán y los oficiales, que tenían asignados camarotes, el resto de la tripulación fué alojado en un espacioso compartimento de proa.

Como es de suponer, los soldados rasos no teníamos contacto con los cautivos, pero por los marineros destinados a suministrarles las vituallas nos enteramos que la pérdida de su barco no les había menguado el apetito.

Cuando avanzaba la mañana se les hacía abandonar aquel recinto y en bullicioso tropel subían a la cubierta. Las órdenes eran impartidas por intermedio de uno de sus oficiales, que oficiaba de intérprete. Allí los marineros del Newton Beach estiraban los músculos, respiraban a todo pulmón y recibían los rayos del sol primaveral. Después de lavar su ropa y entretenerse en otros menesteres, conversaban animadamente encendiendo sus pipas y cigarrillos. Como era gente del oficio les bastó una simple mirada para calcular nuestro poderío bélico, nuestras toneladas de desplazamiento, el rumbo y la velocidad del Graf Spee.

Hacía tiempo que habíamos abandonado la línea del Ecuador y el trópico de Capricornio. Lo sabían muy bien nuestros forzosos huéspedes porque el hundimiento del carguero había ocurrido a la altura del paralelo 22 y enfilábamos hacia el sur, con ligera variación hacia el este. Y sabían también que no podríamos permanecer mucho tiempo flotando sin abastecimientos de víveres y combustibles. Por eso se advirtió en sus rostros cierta sensación de confianza acerca de un eventual apresamiento del acorazado de bolsillo, si persistíamos en aproximarnos temerariamente a las costas africanas.

En ese caso abandonarían su condición de prisioneros y se convertirían automáticamente en héroes.

Por eso se oyeron algunas expresiones jactanciosas como estas:

—En poco tiempo le dará caza la escuadra de Gran Bretaña...

—Se están metiendo en la boca del lobo...

Navegábamos ya a la altura de la punta africana donde desembocan las aguas del río Orange, cuando amaneció el día 3 de octubre, pródigo en novedades.

Cuando sonó la campana de alarma ordenando ocupar posiciones, ya uno de los vigías, a través del megáfono, había exclamado:

—¡Barco a la vista!...

—Habrá jaleo otra vez —dijo el ayudante telegrafista, mientras acudía presuroso a la cabina de provisiones.

—¿Qué ocurre, Hans?

—Pronto lo vamos a saber. Ahora hay que prepararse para lo peor.

—¿Es que vamos a entrar en combate?

—Todo es posible...

Instantes más tarde observamos sobre el horizonte la silueta de un casco y tres mástiles, que apenas se perfilaban.

El barco no transmitía, pero bien pudo ser la carnada para que nos acercáramos y aparecer de pronto la flota de guerra, erizada de bocas de fuego.

Nuestros faros hicieron algunos destellos que no hallaron respuesta, pero nuestro capitán quiso saber a ciencia cierta de qué se trataba y enfiló la proa para darle alcance.

Cuando estuvimos a una distancia prudencial, se hizo un disparo de prevención y el transatlántico detuvo la marcha, como si se hubiera paralizado de golpe. Entonces, a través de los prismáticos, se advirtió que al tope del mástil flameaba la bandera japonesa. Aunque los nipones permanecían aún neutrales, eran virtualmente nuestros amigos, de manera que nos dimos un chasco, tanto la gente de a bordo como los cautivos, aunque las impresiones fueron muy diferentes, por cierto.

Poco después se lanzó una chalupa y no tardaron algunos de nuestros oficiales en ascender a la cubierta del mercante del Lejano Oriente, que navegaba en procura del mar Indico buscando la ruta de su patria.

Los japoneses son gente amables y cordiales. Su odio tradicional a los hombres de la Rubia Albion y su recelo hacia Norteamérica nos acercaba, aunque fueran muy distintos nuestra ra-

za, nuestro idioma y nuestra psicología. Por eso la visita de nuestros emisarios fué de cortesía y con significativos ademanes de buena voluntad nos intercambiamos saludos ambas dotaciones de tripulantes. Poco después regresaron nuestros enviados, portando algunas cajas de whisky y cigarrillos. Era un presente simbólico del capitán amarillo a nuestro camarada y amigo, el comandante Hans Langsdorff. Después se hicieron algunas señales de inteligencia y ambas naves reanudaron la marcha, mientras en un deficiente alemán alcanzamos a traducir dos palabras a coro, que inundaron de emoción la cubierta:

—¡Buena suerte!...

CAPITULO XII

ESPIRITU DEL PUEBLO ALEMAN

A esta altura del relato Rudolf Muller mostró señales de cansancio. Después del almuerzo criollo en su rancho de Villa Brochero habíamos consumido docenas de mates amargos.

Hombre ducho en no hacer cansar la yerba ni hacer hervir el agua para que se prolongara el placer de la infusión, mostraba, sin embargo, señales de fatiga por el movimiento sincronizado de sus brazos y la forzada posición sobre una silla de paja. Yo le invité a estirar las piernas. Lavó la calabaza y la bombilla y nos echamos a andar hacia el camino real, donde trajinaban sulkys, jinetes solitarios y algunos burritos con las árganas cargadas. Era una tarde luminosa y tibia, de atmósfera transparente, que hacía acercar las cosas a los ojos y al corazón.

Embargado por el embrujo cósmico y telúrico, hubiera querido no abandonar nunca ese rincón, tan propicio a la meditación y al ensueño.

—Todo esto atrae y ejerce una extraña sugestión, le dije.

—Es la fuerza de la tierra, que penetra por los sentidos y se arraiga en el espíritu. Ya me ve a mí —agregó— cuando finalizó la guerra y se dió término a nuestra condición de confinados, me hallaba en libertad de acción para repatriarme y, sin embargo, se me hizo cuesta arriba la idea de cruzar otra vez el mar.

Además —siguió diciendo el tripulante del Graf Spee—. ¿Qué iba a encontrar allí, si no desolación y miseria?

—¿No pensó, en el primer momento, ir al encuentro de Margarita?

—Le escribí varias cartas sin obtener respuesta. Otro tanto

hice con su tía, hasta que, por fin, me dirigí a la señora Stark. Al cabo de dos meses supe la terrible verdad: durante uno de los bombardeos de Kiel ardió la casa de pensión donde se alojaban y ambas perecieron en la catástrofe.

El bombardeo de las ciudades abiertas es un crimen de lesa humanidad.

—Como Ud. ve, la retaguardia es tan peligrosa como el frente de batalla.

—Y será aún más con el empleo de las armas atómicas.

—Como se imaginará, mi buen amigo, la noticia fué el postrer impacto en mi corazón, como esos proyectiles de acción retardada que estallan removiendo escombros. Más de una vez pensé en el rostro de aquella tierna y animosa muchacha que hubiera querido traer a mi lado para compartir los bienes de esta tierra fecunda y generosa, que no sabe de los estragos de la guerra y que contemplan como un oasis de paz y de trabajo todos los ojos del mundo...

—Así es, estimado Muller. La Argentina es un país privilegiado por sus riquezas naturales y la exhuberancia de sus sentimientos, que lejos están del odio, el resentimiento y la sed de venganza que todavía roe el corazón de los hombres en otras latitudes...

—En Alemania, por ejemplo, que ha sido virtualmente suprimida del mapa por la avidez de los vencedores. La división en dos estados títeres es artificial e injusta. Allí se está gestando un movimiento de liberación que algún día habrá de hacer crisis, por que el espíritu de la vieja Prusia es inmortal.

—Ya se están observando los primeros síntomas...

—El choque va a ser ahora entre los llamados países del mundo libre y ese mundo enigmático que se esconde detrás de la Cortina de Hierro.

—¿Qué partido tomará el pueblo alemán?

—Con los dos bandos en pugna, que tratan de imponer su hegemonía al mundo, el pueblo alemán tiene cuentas pendientes, por que así nomás no se olvidan los bombardeos, el hambre, la miseria, los fusilamientos en masa después del armisticio, con el pretexto de castigar a los culpables de la guerra, y la legión de esclavos blancos condenados a trabajos forzados en las estepas de Siberia...

Más adelante agregó con cierto tono profético:

—Las experiencias del nazismo, con la persecución racial y la sed de conquistas, que trajeron la guerra, ha sido dolorosa, pero algo hemos sacado en limpio, que nada se puede construir sin la voluntad soberana del pueblo, que ya no se deja seducir por el fanatismo y los cánticos de sirena.

—Alemania resurgirá como el Ave Fénix...

—Acaso recortada por los concilios internacionales que hacen a su antojo los planisferios, sin poderío bélico, ni económico, pero más vigorosa que nunca por sus potencias espirituales.

Como reparé que se hacía tarde y que mi amigo algo tendría que hacer, me dispuse a partir cubriendo a pie las diez cuadras escasas que separaban su rancho desde mi ocasional alojamiento en la fonda "El Pensador".

En ese momento advertí que se acercaba el Ford del jefe de la oficina de correos y telégrafos. Llamaba la atención aquel doble faetón de antiguo modelo por su chillona pintura roja y el característico ratear de sus bielas gastadas.

Poco después el señor Pérez frenaba frente a nosotros con el motor en marcha. Supuse que se trataría de algún asunto de servicio y que habría recibido algún telegrama dando término a mi licencia apenas comenzada. Pero no era eso.

—Don Venancio se siente mal.

—¿Cómo lo sabe?

—Ha llamado al confesor. El padre Antonio ya está en su casa...

—¿Y el médico?

—Dijo que mientras viva no lo recibirá si no de visita, como amigo. Ud. sabe como es el viejo de porfiado.

—En ese caso no estaría de más intentar algo. Debiéramos ir en su busca.

—Me parece muy bien. Hoy sábado... debe estar en la cancha de bochas.

Pues vayamos allí.

—Yo iré a caballo. Dentro de un rato nos encontraremos en la casa de don Venancio, dijo Muller.

Instantes más tarde hacíamos nuestra entrada a la finca del veterano de las Guardias Nacionales, el señor Pérez, el médico y yo.

Debimos permanecer algunos minutos debajo del rugoso parral por que el sacerdote aún permanecía dentro del cuarto.

—Con tantos años a cuestas no han de ser menudos los pecados, dijo el desaprensivo médico por romper el silencio, lamentando quizás la interrumpida partida de bochas.

De pronto se abrió la puerta y apareció el sacerdote con un maletín en el que portaba sus bártulos. Un gato barcino que había permanecido en la habitación, huyó como alma que se lleva el diablo y se encaramó en el añoso naranjo que el viejo dueño de casa había plantado con sus propias manos.

El padre Antonio era también un hombre de la tierra, con ese inconfundible tinte trigueño que templa el sol y la intemperie. Usaba chambergo de castor, en vez de la clásica galerita y sobre la sotana un fino poncho de vicuña. Nos saludó con palabras de circunstancias, pero yo advertí en su ligera sonrisa un reflejo de su gozo interior.

Penetramos a aquel sobrio dormitorio donde permanecía don Venancio como ensimismado son sus recuerdos y cavilaciones. Aún apretaba el rosario con sus dedos sarmentosos y al advertir nuestra presencia abrió los ojos, hizo la señal de la cruz, dando término a su oración y nos regaló una mirada y una sonrisa plena de serenidad.

—Como ustedes ven —nos dijo— he querido arreglar las cosas con Dios...

—No ha de ser para tanto, mi amigo, insinuó el facultativo.

—Siento que anda rondando la guadaña...

—A nadie le llega la muerte si no ha sonado la hora, y usted tiene cuerda para rato, dijo el señor Pérez.

El médico se aproximó y le tomó el pulso.

—Hágase el gusto, mi amigo, que poco tendrá que hacer con mi osamenta.

El médico lo auscultó. Balanceó la cabeza para ambos lados, haciendo un gesto de desagrado que no fué advertido por el paciente y le preguntó si se hallaba dispuesto a que le diera un pinchazo.

—Si es que encuentra sitio, respondió. Tengo el cuero curtido de cicatrices...

Aunque la vida había decretado su sentencia, el facultativo entendió cumplir con su deber y se encaminó a la farmacia.

El señor Pérez dijo que debía regresar y yo le encomendé que avisara al guardahilos acerca del estado del venerable anciano, aquel verdadero patriarca que se iba consumiendo como un candil de aceite.

Poco después oí los cascos del tobiano de Muller, que repiqueteaban sobre la tierra reseca. Instantes más tarde el tripulante del Graf Spee estrechaba la mano del amigo de todos.

La vieja criada, que parecía más temblorosa y agobiada que nunca, andaba como ánima en pena sigilosamente cumpliendo los menesteres domésticos. Nos sirvió una copa de ginebra y así transcurrió el tiempo hasta que volvió el médico con la caja de inyecciones y las ampollas.

Don Venancio no quiso que le ayudáramos y sacando fuerzas de flaqueza se volcó sobre un costado para que el médico introdujera la aguja en la nalga.

—No vale la pena, mi amigo, dijo cuando el facultativo finalizó la sencilla operación. Y luego agregó:

—¿Qué le hace un tajito más al poncho desflecado?

El médico pueblerino se despidió con un no muy optimista "hasta mañana" y quedamos solos en la habitación, acompañando al anciano, el carpintero de Kiel y yo.

—¿Como van esos amores?, le inquirió con una sonrisa entre paternal y picaresca.

—Con la muchacha nos carteamos, pero el señor Fuentes se mantiene en sus treces...

—Háganlo venir, que no va a ser liviana la andanada de retos. Le voy a dejar mormoso, como mancarrón domado a talerazos...

Su rostro hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa y luego agregó:

—Alcánceme el cofrecito que está sobre la alacena. Tengo algo para Ud., gringo...

El viejo extrajo una sortija, la contempló un rato y la depositó en las manos del gaucho rubio.

—Me la regaló una cautiva que yo liberé, allá por el ochenta...

Era una mujer joven, gringa como Ud., rubia como los trigales, blanca como la leche y con los ojos azules, color de glicina. Yo le dije que era el oficio de soldados rescatar cristianos, pero ella insistió. Andando el tiempo me casé por estos pagos, se lo regalé a la finada y como no tengo descendencia... Pues, es ahora suyo. Es mi regalo de bodas.

Todos los chirimbolos que andan por ahí y la finca, pertenecen desde hoy a la Iglesia. Así lo acabo de testar, con la condición de que se dé albergue a algún desheredado y no se abandone a la pobre vieja y a mi overo de silla, que está más bichoco que yo...

En ese momento apareció el guardahilos. Muller y yo cambiamos una mirada de inteligencia y ambos dejamos al viejo en compañía del nuevo visitante.

Ya en la calle, si es que así se podría llamar, ese pedazo de campo cercado por casas, tapiales y alambrados, Muller cuyos ojos humedecidos acusaban todavía la emoción del singular gesto de nuestro amigo, me invitó a pasar en su rancho el día siguiente.

—Mañana es domingo. Como buen católico debo ir a misa. Voy a rogar por el alma de don Venancio. Es lo menos que puedo hacer por el amigo que se nos va...

—Yo lo haré por primera vez en su compañía, si Ud. no tiene inconveniente.

En el corazón del gaucho rubio la fe había abierto sus pétalos, como una rosa regada por las lágrimas de una auténtica emoción masculina.

Era otro sencillo milagro de la tierra en gracia de Dios.

Esa noche dormí placenteramente. A través de la alta ventana penetró la noche de plenilunio como una bendición.

CAPITULO XIII

UNA ADVERTENCIA CONTUNDENTE

Al día siguiente Rudolf Muller prosiguió su relato.

—Lástima que debo confiar todo a la memoria y que, a veces, mis recuerdos se confunden.

—¿Qué ocurrió después del encuentro con el trasatlántico japonés?

—Nos hallábamos en la zona más peligrosa. Lo sabían muy bien los prisioneros del Newton Beach por que no cejaban en sus pullas y sus gestos amenazantes.

—¡Navegad hacia el Africa!... Allí tendréis vuestro merecido, decían en su idioma.

Se les había prevenido que debían abstenerse de hacer cualquier género de exclamaciones, so pena de ser encerrados en los calabozos.

Aquella insolente actitud, que así la interpretamos desde nuestro punto de vista, no amenguó la moral de la tropa, que ya se había hecho a la idea de que era inminente un combate de envergadura y que debíamos luchar hasta el fin, con nuestra máxima capacidad de valor y sacrificio.

Por aquellos días se reforzaron todos los servicios, tanto en los vigías como en las dotaciones de artilleros, donde se establecieron guardias permanentes. Notamos también que se habían reducidos los recreos y las raciones, en previsión de una eventual pérdida de contacto con el Altmark.

En esa situación de permanente expectativa y ansiedad llegó el 7 de octubre, cuando de pronto sonó la campana de alarma, casi simultáneamente con la consabida expresión de:

—¡Barco a la vista!...

¿Era nuestro buque-cisterna, un crucero de guerra o simplemente un carguero que navegaba desprevenido ignorando nuestra presencia? Todas estas preguntas nos formulamos mientras acudíamos presurosos a los sitios que previamente cada uno tenía destinado.

De pronto se aclaró el panorama. Se trataba de un vapor de carga procedente de la Colonia del Cabo. Se supo por las características inconfundibles de esas naves de transportes y una sensación de alivio se pintó en todos los rostros.

—Bah... me dije con fastidio subconsciente, pues la operación de echar a pique barcos de ese tipo me resultaba rutinaria, por más que no hubiera preferido que nuestro acorazado se encontrara con la escuadra enemiga.

El capitán británico no quiso entrar en razones, acaso por que se hallaba muy próximo al Cabo de Buena Esperanza, desde donde no tardarían en acudir los auxilios o bien por temeridad o inconsciencia, pues el radiotelegrafista lanzó un dramático S. O. S., indicando que el Ashly —tal era el nombre de nuestra presa— había sido sorprendido por un acorazado enemigo. Por su parte nuestro equipo técnico de radiocomunicaciones hizo esfuerzos desesperados para interferir el mensaje. Con todo nuestro comandante interpretó que no era el momento de cabildeos y vacilaciones. Por eso ordenó que las ametralladoras hicieran fuego a discreción sobre el puente de aquel blanco tentador.

Pero el comandante era porfiado, pues el Ashly seguía trasmitiendo como si no le hiciera mella el aluvión de proyectiles. Por eso hubo que hacerle una advertencia más contundente: un certero cañonazo de la artillería liviana, que hizo volar parte del mástil y la antena.

Bien es cierto que no era una lucha muy caballeresca, teniendo en cuenta que no era una nave artillada, pero fué obligada por la terquedad del capitán mercante.

Recién, entonces, el hombre se avino a un entendimiento e hizo señal de rendición.

De inmediato se cumplieron las maniobras de rutina y cuando hubo ascendido a bordo del carguero nuestra brigada de presa, se supo que solo había un herido: el telegrafista.

—No había hecho más que cumplir con su deber...

—Así lo entendimos —prosiguió diciendo Rudolf Muller— y tan es así que lo miramos con simpatía cuando poco después se hallaba sobre nuestra cubierta con el brazo ensangrentado. De inmediato se le prestaron los auxilios del caso en nuestra enfermería. Felizmente el proyectil apenas le había astillado el húmero. Su figura se agigantó cuando se supo que el operador, aún herido, había seguido trasmitiendo con la mano izquierda...

—La verdad es que, de uno u otro bando, hubo derroche de heroismo.

Desde nuestra posición de combate observamos el efecto de los impactos y como la tripulación apresada subía a nuestra cubierta, a través del ir y venir de las chalupas, con sus maletines y bolsos. A medida que se iban embarcando era examinado su equipaje, en previsión de un gesto suicida que hubiera significado una bomba de tiempo. Después de la desesperada actitud del telegrafista todo nos pareció posible.

Cuando hubo regresado el último pelotón y nuestro comando de presas con un abultado portafolios de documentos y algunos instrumentos de precisión que nos podrían ser útiles, se accionaron las palancas y una verdadera andanada de artillería dió cuenta de la obra muerta del Ashly. El barco tambaleó. Volaron astillas y piezas de acero, cayó el palo mayor y desaparecieron las chimeneas, pero el casco se mantenía a flote.

Como aquel coloso aún daba señales de vida se lanzaron torpedos debajo de la línea de flotación, que abrieron profundos boquetes. Después una espesa nube de humo dió cuenta de que la sentencia de muerte se había cumplido.

En esos momentos atronó, de nuevo, el espacio el grito de los vigías:

—¡Barco a la vista!

Del contingente de prisioneros, que estaban siendo sometidos al examen médico de rigor, partió una calurosa y simultánea exclamación:

—¡Seremos vengados!...

Se explicaba ahora la resistencia del capitán. Era indudable que estaba en antecedentes de la maniobra de la escuadra de su país, pues en esos momentos ya se perfilaba la silueta de un barco de guerra.

Pánico no es la cabal expresión del sentimiento que nos dominó, por lo menos a los soldados rasos que permanecíamos rodeando los engranajes que accionaban nuestras bocas de fuego, atentos a la orden de disparar contra nuestros enemigos.

Pero nuestro comandante unía la prudencia, a la inspiración y al coraje. Por eso eludió la batalla, confiando en un rápido desplazamiento y en la potencia de nuestros motores. La maniobra fué perfecta. Giramos en redondo y enfilamos con proa al mar Indico, guardando prudente distancia. En ese momento culminante tuve oportunidad de observar que sobre las olas flotaba el maderamen del Ashly y parte del palo mayor con su estela de cables y trozos de lienzo.

—Olvidé decirle —prosiguió el tripulante del Graf Spee— que nuestra presa conducía un cargamento de 7.400 toneladas de azúcar, que no hubo tiempo de transportar a nuestras bodegas, donde aquel producto había comenzado a escasear, a punto de que bebíamos el café amargo.

De seguir mucho tiempo en esa situación hubiéramos perecido, pués también se suprimieron las patatas y los embutidos, artículos primarios de la cocina alemana. Pero el hombre a todo se aclimata, aún a costa del escorbuto que había comenzado a insinuarse.

Mientras se aceleraba la marcha, que ya alcanzaba el máximo de 28 nudos, hicimos una cortina de humo hasta que el barco se perdió de vista.

Después supimos que se trataba de un porta-aviones británico. La presa era codiciable, pero peligrosa la zona a escasas millas del continente negro, donde la armada británica tenía sus bases de abastecimiento. Por otra parte, poco podríamos hacer en el supuesto de que aquel hangar flotante lanzara una veintena de bombarderos y acudieran otras unidades artilladas a cortarnos la retirada.

Como era cuestión de ganar distancia y mantener el ritmo de nuestra máxima velocidad, en tanto avanzábamos velozmente, el comandante Lagsdorff ordenó el alijamiento de nuestro acorazado. Había comenzado a caer la tarde, lo que dificultaba la visibilidad del enemigo y en medio de la penumbra de esa hora incierta, en que no es de noche ni de día, se arrojó sobre la borda todo cuanto no nos era imprescindible para la navegación. Lo primero que desapareció fué el camouflage, que previamente fué hecho astillas con presurosos hachazos .Después le tocó el turno al cobertizo de nuestro hidroavión, a los barriles de cerveza, a las bolsas de arena destinadas a parapetos y hasta a una pieza de artillería, que no fué posible reparar a bordo, sin contar una buena carga de cables de acero, el botalón de popa y un bote averiado.

Aunque había sido extraordinario el esfuerzo físico requerido a la tripulación, esa noche nadie pudo dormir. Las impresiones del día eran más fuertes que la fatiga. Tanto es así que, al amanecer, ya estábamos en pie, Stark, Gutenberg y yo haciendo en voz baja comentarios sobre las contingencias de la víspera.

Como no podíamos permanecer mucho tiempo en aquella desenfrenada regata sobre las olas, pregunté si algo se sabía de nuestro barco de aprovisionamiento.

—Hemos perdido contacto con el Altmark, respondió el ayudante telegrafista, que había permanecido de servicio hasta muy avanzada la noche.

No cabía duda que la situación se complicaba y que solo un milagro podría impedir el epílogo de nuestra aventura en alta mar.

CAPITULO XIV

HORAS DE ANGUSTIA E INQUIETUD

El día 8 de octubre no fué menos pródigo en emociones y sobresaltos por que durante el almuerzo cundió la noticia de que había un desperfecto en nuestro receptor. Gutenberg se había revelado como un técnico empírico. Tenía el instinto del sistema radioeléctrico, una especie de sexto sentido, como el ojo clínico de ciertos mecánicos que hallan la falla de un motor sin prolijos análisis.

—Se da ese caso, le respondí. Como algunos curanderos de provincias, que ignoran la anatomía y componen los huesos quebrados.

—Lo cierto es que durante todo ese día —prosiguió Muller en su relato— no funcionó el receptor principal y se debió apelar a otro de emergencia que captaba débilmente los mensajes del éter.

Fueron muchas las horas de angustia y de inquietud, acrecentadas cuando el Graf Spee comenzó a disminuir sensiblemente su marcha y el capitán descendió presurosamente las escalerillas hasta el compartimento de máquinas. Después se supo que dos de nuestros motores habían comenzado a fallar.

Nos habíamos alejado del campo visual del enemigo, pero ¿qué ocurriría después? Porque nuestras provisiones de víveres y combustibles estaban destinadas a agotarse en un plazo cierto. ¿Hoy? ¿Mañana? ¿Hasta cuándo podríamos permanecer flotando sobre las aguas sin que nos avistara la flota de guerra británica?

Además, se había dejado de editar la gaceta de a bordo. Siempre era un aliciente saber como iba la guerra, aunque las noticias eran tamizadas por el alto mando. Para colmo ese día

se suspendió la revista y se clausuró la cantina, donde solía encontrarme con Hans y Federico y recordar los sueños y esperanzas truncas que habían quedado sumergidos en la niebla de retaguardia.

Para colmo, la temperatura anormal y el aumento de la graduación de humedad presagiaron la tormenta, que comenzó a insinuarse con un cielo encapotado y una ventisca de origen polar.

—Pese a todos aquellos sombríos presagios —siguió diciendo el gaucho rubio— nuestro ánimo se mantenía levantado, pues confiábamos ciegamente en la pericia y la buena estrella de nuestro comandante.

Cuando se desencadenó el temporal cada uno sabía cual debía ser su cometido. De manera que no nos tomaron de sorpresa ráfagas heladas, los golpes de agua que rebasaban el casco inundando la cubierta, y los cimbronazos de la obra muerta. El viento comenzó a azotar con furia las aguas, que cobraban gran altura, cerrando la línea del horizonte.

Como ya teníamos experiencia a raíz del huracán anterior, resistimos el vértigo del cabeceo, aferrados a la faena encomendada, mientras el señor Langsdorff con adusto gesto ordenaba telefónicamente las maniobras.

Cuando ya creíamos que el Graf Spee iba a soportar otra dramática acometida del viento, que alcanzaba más de cincuenta kilómetros de velocidad horaria, y del oleaje embravecido, calculado en quince metros de altura media, nuestro jefe, que había abandonado la toldilla del comando y se hallaba sobre cubierta empapado como nosotros, echó un vistazo a su alrededor y modificó sus planes. Ya no íbamos a ir al encuentro de la tormenta, que no podría abatirse con el fuego de nuestra artillería, si no con pericia de lobo de mar. Por eso cambiamos de rumbo y sin que en ningún momento dejaran de accionar los cinco motores que aun nos respondían, comenzamos a poner distancia con el temporal que quedó atrás. Aunque la lluvia persistió había disminuído la intensidad del viento y ahora navegábamos, rumbo otra vez a los costas del Nuevo Mundo, cuando ya la noche estaba alta. Al día siguiente se había aclarado el panorama físico y espiritual por que si bien el viento persistía, ya no tenía la fuerza del huracán. El sol, aunque tenue, alumbraba otra vez la ruta del mar y la lluvia de la víspera se había transformado en débiles y esporádicos chaparrones.

Por otra parte, el maravilloso instinto de Hans Gutenberg en que tanto confiáramos, se tradujo en el hallazgo de la falla. El cuadro magnético se había modificado por los contínuos cambios de rumbo, los temporales y cimbronazos de los disparos, según me dió a entender, aunque en realidad no creo que estuviera muy seguro de esa teoría tan personal. Lo cierto es que el receptor comenzó a andar y que ese mismo día tuvimos noticias del Altmark. No andaba muy lejos. Nos trasmitió su posición y fué enfilada la proa hacia su encuentro.

—Como es de suponer —prosiguió Rudolf Muller— cuando esta noticia trascendió por todos los rincones del barco experimentaron los tripulantes una no disimulada sensación de alivio.

—Pronto tendremos combustible.

—¡Y cerveza!...

—Hasta patatas...

—Y nos quitaremos de encima el lastre de los prisioneros.

—Son más voraces que los tiburones.

Exclamaciones como éstas se sucedían mientras el Graf Spee iba cortando las olas encrespadas y acrecía la actividad de a bordo, pues nos hallábamos entregados febrilmente a la tarea de un nuevo camouflage. Esta vez la faena se extendió hasta el casco, que fue pintado de negro con estrías blancas. La operación era bien riesgosa, por cierto, pues los marineros debían hacer juego malabares para mantener el equilibrio en los andamios improvisados con cuerdas.

Los pronósticos, que anunciaban cambio favorable de las condiciones climatológicas, se cumplieron por la tarde. El viento se transformó en suave brisa y el sol se mostró más cordial.

Durante la formación de la tarde notamos que había cambiado el rostro de nuestro camarada y amigo, el capitán Hans Langsdorff. Aunque no se mostraba tan animoso como a poco de partir del puerto de Kiel, tampoco apretaba los labios ni arrugaba la frente como cuando fué avistado el porta-aviones británico. Nos dijo que en tierra firme se estaba luchando reciamente y que la patria aguardaba de nosotros nuevos sacrificios y actos de heroísmo, pues se acercaba la hora de un combate de envergadura ya que, por mucho tiempo no podríamos eludir a nuestros perseguidos ávidos de venganza.

—El Graf Spee —terminó diciendo— no arriará jamás su bandera, que flameará en su palo mayor hasta que haya caído el último de sus hombres.

Su voz vibró con emoción y penetró en nuestros corazones con resonancia de clarín.

Los hurras por Hitler y la patria fueron esa tarde más claros, vigorosos y unánimes. Eramos un haz obediente de voluntades al servicio de otra voluntad superior, la de nuestro jefe en quien confiábamos ciegamente.

Pero después, durante la hora del recreo, reflexionamos. Cada día estábamos más lejos de nuestros hogares y ya comenzabamos a sentir la ansiedad del puerto. Por otra parte nadie estaba liberado de volar por los aires y ser pasto de los tiburones.

Nos dominaba una extraña sensación de fatalismo y resignación, que se alteró recién cuando uno de los vigías anunció la proximidad de nuestro barco-cisterna. Precisamente por aquel clima de enervamiento espiritual no fueron muy entusiastas las exclamaciones de los soldados rasos como yo.

Notamos que en ese momento el Altmark daba la sensación de querer emprender la fuga, como si de pronto hubiera advertido un peligro inminente, por lo que hubo de llamársele con insistencia a través del sistema radioeléctrico:

.— —— —.— A. M. K.

Era la señal convenida por el alfabeto Morse y para ser más claros y categóricos, añadimos nuestra sigla:

——. ... G. S.

Simultáneamente nuestros focos hicieron las señales luminosas convenidas durante el último encuentro y recién detuvo su marcha la proveeduría flotante, respondiendo que había entendido.

Todos los prisioneros, sin distinción de jerarquía, permanecieron a bordo con sus sumarios equipajes, los más afortunados con un bolsón y el resto con alguna blusa doblada sobre el brazo. Langsdorff había ordenado que fueran trasportado a bordo del Altmark, por razones de seguridad y de aprovisionamiento.

Lo hicieron silenciosamente en nuestros botes, dando a entender que les era indiferente permanecer alojados en uno u otro barco.

El amo del gato lo había rescatado, por que el felino, al

notar su presencia, arqueó el espinazo, dió dos a tres saltos elásticos y le clavó las uñas en la blusa.

—Déjelo, le dijo uno de los contramaestres.

—Les va a traer mala suerte.

Como el hombre no era superticioso, el gato se quedó, contemplando desde una de las cofas de artillería como se embarcaban los prisioneros.

Lo demás rutinario, la maniobras de abastecimiento de petróleo y el ir y venir de chalupas transportando vituallas y piezas de repuesto.

La noche estaba muy avanzada y se encendieron los focos rasantes para iluminar el tramo entre estribor y babor de uno y otro barco, pues era muy riesgoso que en esa posición nos sorprendieran.

Cuando nuestra grúa levantó el último bote y abandonábamos aquel punto imaginario en la carta del océano, la luz de la luna inundó la cubierta.

CAPITULO XV

CAPTURA DEL HUNTSMAN

El desperfecto de nuestros motores había sido reparado y ahora navegábamos con abundante provisión de combustible y un traje nuevo: el camouflage. Nos hallábamos en condiciones de permanecer por largo tiempo más flotando en aquellas aguas encrespadas, donde el enemigo acechaba.

Pero estaba escrito que aún debíamos cumplir nuestro destino de corsarios, abatiendo otros transportes de carga, pues algunos días más tarde, cuando cumplíamos resignadamente y sin alternativas las fajinas de a bordo, fueron avistados cuatro mástiles. Fué el 10 de octubre, alrededor de mediodía.

Los vigías dieron la voz de alerta y la campana de alarma penetró a través de todos los intersticios y se expandió por los pasillos interiores, las cabinas y las bodegas. Me sorprendió en el taller de carpintería. Arrojé sobre el banco las herramientas, me calcé el gorro y la blusa y me sumé al tropel de marineros rasos, que iba a ocupar su posición en los sectores de combate, intrigado por saber si había llegado la hora de una auténtica acción de guerra.

Poco después el panorama se aclaraba. Era, en efecto, un mercante enemigo, pero no sabíamos a ciencia cierta si estaba artillado. Nuestro camouflage le tomó de sorpresa, por que desde lejos no se advertía que fuéramos una fortaleza flotante. Su capitán fué muy prudente y no se envalentonó, pues en cuanto a poca distancia de proa cayó el torpedo de advertencia clavó en punto muerto la palanca de velocidad. Después supimos que se trataba del Huntsman, con cerca de 10.000 toneladas de registro bruto, procedente del Asia y que iba en busca del puerto

de Dakar, hasta donde calculaba su provisión de carbón. Allí cobraría aliento y emprendería la marcha a las costas británicas. Pero la decisión de nuestro jefe desbarató tan lisonjero plan.

Cuando largó amarras el bote de nuestro comando de presa, que por cierto iba empuñando sendas pistolas, se advirtió a bordo del carguero sensación de pánico.

La mayoría de su tripulación era gente de color, contratada y poco sabía de disciplina militar, de manera que se echó a correr sobre cubierta en busca de refugio, como si en realidad se tratara de un abordaje de piratas. Pero el capitán del barco y los oficiales ingleses permanecieron de pie, contemplando nuestros movimientos desde la barandilla, resignados a su inminente condición de prisioneros de guerra.

Nuestra brigada cumplió sin tropiezos su cometido. Dócilmente se prestó el comandante al interrogatorio y entregó la documentación de a bordo. Allí permanecieron nuestros hombres y mediante señales con banderines se reclamó la presencia del capitán Hans Lagsdorff, que poco después ascendía también sobre cubierta con una escolta de oficiales y marineros armados, que tomaron ubicación en sitios estratégicos.

Luego se supo que el cargamento era valioso. Se trataba de té, especias, sedas, alfombras y otros productos de las Indias Británicas.

Los despavoridos tripulantes eran alrededor de sesenta hindúes, embarcados en Calcuta, que lejos estaban de imaginar esta aventura de alta mar y que, acaso, no se enteraron de la iniciación de las hostilidades. Algo les dijo un intérprete inglés en su idioma, pues poco a poco comenzaron abandonar sus escondites y se trocó su pavor en gesto de resignación.

Yo les miraba desde mi posición junto a la cajas de municiones de emergencia y observé que algunos se ponían en cuclillas sobre pequeños trozos de alfombra y oraban en silencio.... Parlamentaron ambos capitanes y se convino que el Hunstman fuera remolcado. La sentencia de muerte se había suspendido, quizás por razones de tiempo o por que el sitio era peligroso. Lo cierto es que las calderas del carguero levantaron presión y todos los hombres ocuparon su puesto, vigilados por los nuestros y partió el convoy con rumbo al noroeste.

¿Hacia dónde nos dirigíamos? ¿Cuál iba a ser el destino de nuestra presa?

Hubo quien supuso que íbamos hacia la patria, haciendo un largo rodeo por el Atlántico Norte y el mar Báltico. Entonces renació mi esperanza de ser licenciado y acudir a los brazos de Margarita. Pero Federico Stark fué menos optimista por que pensó en el problema del combustible.

Durante varios días cambiamos constantemente de ruta, como si tratáramos de desorientar al enemigo. ¿Qué haríamos con el barco que conducíamos amarrado con vigorosos cables de acero por la popa? Lo supimos un día domingo por la tarde, en que avistamos otra vez al Altmark. Nos aguardaba. Era indudable que funcionaba perfectamente nuestro sistema de comunicaciones radioeléctricas y que se había enterado de nuestra codiciada presa.

Los tres barcos juntos, apenas separados por las amarras, daban la sensación de una ciudad flotante y cundió entre los marineros bisoños una contagiosa sensación de seguridad. No era, pues, muy fácil que allí nos sorprendiera el enemigo, a no ser que se tratara de una flota, pues nuestro barco conserva también estaba artillado y disponía de potentes cañones antiaéreos.

La actividad fué dinámica y febril, pues mientras éramos abastecidos de petróleo, hasta el tope, se trasladaban los prisioneros al Altmark, de donde se transportaban a nuestra cubierta todo género de provisiones. Gran parte del cargamento de té pasó a nuestros almacenes y el resto a los depósitos de nuestro aliado.

Cuando el Huntsman se hubo aligerado de su preciosa carga, que incluía también azúcar, whisky y hasta algunas docenas de botellas de espumante, que compartimos con nuestros amigos del buque-cisterna, ascendió un equipo de dinamiteros, nos alejamos prudentemente y se cumplió su sentencia de muerte.

El espectáculo fué en realidad impresionante por que a las explosiones sucedieron fuertes llamaradas que como largas lenguas de fuego, ascendieron a la altura de los cuatro mástiles, que no tardaron en convertirse en gigantescas teas. En ese claroscuro de fondo que proporcionaba el caer de la tarde, semejaban fuegos artificiales y acudió a mi memoria una de las escasas fiestas de cohetes luminosos, en la plazoleta del asilo de huérfanos, que tanto impresionó mi infancia desvalida.

Pocos minutos más tarde, mientras crujían los maderos y caían sobre el agua algunos trozos encendidos, se dió al casco

el tiro de gracia, representado por una potente descarga de artillería pesada.

Antes de que se diera la orden de que cada hombre volviera a su sitio, tuve oportunidad de observar cómo lo que quedaba del Huntsman se inclinaba sobre babor, como si lo diera vuelta una gigantesca mano invisible. Después se sepultó para siempre en la tumba líquida del Atlántico, en tanto el Altmark ya desaparecía de vista y nosotros avanzábamos entre las sombras.

¿Sería esta nuestra postrer aventura o nuevas hazañas nos aguardaban en los anchos caminos del mar?

La verdad es —prosiguió diciendo mi amigo Muller— que hubo varios días de bonanza. Estaba avanzando el mes de octubre y el clima se presentaba benigno, tanto por el sol tibio como por el ambiente despejado de esos nubarrones sombríos que presagian la tormenta en el horizonte a los ojos de los marineros veteranos. Yo ya podría contarme entre ellos, por que el adiestramiento había sido intensivo.

Al día siguiente hubo novedades, que abrieron un paréntesis fugaz a la rutina del servicio. Fué durante la revista de la tarde, cuando se leyó la nómina de los ascensos, que había sido trasmitida por radio, desde el alto mando terrestre. Una vez más había sido justo nuestro capitán por que durante aquella emotiva ceremonia se colocaron las presillas de cabo a mis amigos Federico Stark y Hans Gutenberg. Yo continuaba como simple soldado raso, pero a la verdad no aspiraba más que a sobrevivir y refugiarme en cualquier rincón de la tierra, donde pudiera reconstruír mi precaria existencia de artesano.

A esta altura del relato, que había transcurrido en la abrigada cocina de la rústica vivienda, enhebrando un verdadero rosario de mates amargos, Rudolf Muller se levantó para espumar el puchero.

—Ya está listo. Cuando guste, señor inspector...

Confieso que devoré aquella cabeza de cordero, limpiándola de sus adherencias.

Se había enterado que era mi plato preferido durante el almuerzo en la fonda del pueblo y quiso darme esa sorpresa, como una sencilla expresión de buena voluntad.

Entre charla y charla, vaciamos el contenido de una botella de vino de Colonia Caroya, otra verdadera fiesta del paladar

con que solía regalarme durante mis visitas de inspección a la serranía cordobesa.

—Y ahora otros mates, como bajativo, dijo el gaucho rubio, mientras se disponía a cebarlo. En ese instante se oyeron los cascos de una cabalgadura sobre el camino real y el ladrido del perro ovejero, que montaba guardia en la puerta de la cocina, esperando pacientemente su ración de huesos.

—Alguien se acerca, observó el tripulante del Graf Spee. Es raro, siendo domingo...

Poco después hacía su presencia en el patio un muchacho, que no se animaba a desmontar temeroso del perro.

—Buenas... y con su licencia.

Muller y yo respondimos al saludo y el mandadero agregó:

—Traigo malas noticias del pueblo...

—Desembuchá, ordenó el dueño de casa.

Hasta en su lenguaje, mi amigo se había arraigado a la tierra.

—Don Venancio —respondió sin rodeos— ha entregado su alma a Dios. Ya están en las casas el padre cura, el juez de paz, el comisario y otros amigos disponiendo lo necesario para el velatorio. Yo, por mi parte, estoy pregonando la noticia por el vecindario...

—Está bien, solo atinó a responder Rudolf Muller en cuyo rostro, de pronto entristecido, asomó la emoción.

En ese momento lanzó su lúgubre canto una furtiva torcaz, que se posó en el alero del rancho.

CAPITULO XVI

OTRO BARCO HUNDIDO: EL TREVIANON

Al atardecer yo cumplí con mi deber de visitar la finca del veterano de la conquista del desierto.

Como el día de su último cumpleaños la casa era una romería y no daba abasto el palenque para tanto cabestro. Había allí caballos de todo pelaje, sulkys y hasta automóviles de último modelo.

Me costó abrirme paso entre la gente de toda condición social, que permanecía en el patio, debajo del parral, sentada en rústicos bancos y sillas de paja, o sencillamente de pie, ponderando las prendas morales del finado.

Me encontré con el señor Pérez, que me dió la mano, temblorosamente, ensayando una frase de circustancias pero sólo atinó a decir.

—No somos nada, que tantas veces había oído decir en otros tantos velatorios.

Cuando penetré al dormitorio, donde se levantaba una modesta capilla ardiente, observé que había varias mujeres rezando el rosario. Guardé un instante de religioso silencio y me acerqué al féretro de pino recién barnizado. El gato barcino contemplaba el cuadro sombrío, acurrucado en la alta alacena.

Manos piadosas habían cubierto el cuerpo yacente del viejo Venancio con un hábito franciscano, acaso cumpliendo su última voluntad de católico militante en aquella orden muy generalizada en la provincia mediterránea. Sus manos entrelazadas apretaban un crucifijo de plata y más daba la sensación de un sueño beatífico que la de estar muerto.

Permanecí aún algunos minutos, pensando que el veterano

municada radiotelegráficamente por los trasmisores del hidroavión que había realizado un alto vuelo de reconocimiento.

—Aceleren la marcha, recomendó el piloto. El mercante navega solo y a todo vapor.

La presencia de nuestro pájaro mecánico había sido advertida como un peligro inminente y el barco comenzó a telegrafiar lanzando al éter los acusadores puntos y rayas.

.—. .—. .—.

Era la señal de la presencia de un corsario. Tratamos de interferir su mensaje, pero fué en vano. El Trevanión disponía de un trasmisor potente, que ya estaba señalando su latitud en la carta marítima del Atlántico. Por eso aceleramos la marcha, y en cuanto estuvo a nuestro alcance, se le disparó un proyectil de artillería liviana como primera advertencia.

Aún así —prosiguió dicendo el tripulante del Graf Spee—, el barco avanzaba y seguía telegrafiando. Entonces no hubo más remedio que hacer puntería y convertido en añicos saltó el mascarón de proa.

Ante lenguaje tan contundente entró en razones el obstnado capitán, interrumpiendo su fuga.

En seguida, como era de práctica, partió velozmente nuestro comando de presas, que no anduvo con muchas contemplaciones, pues salieron a relucir las pistolas e imperativamente se dió la voz de:

—¡Arriba las manos!...

En esos momentos apareció el capitán, quien dió a entender que se rendía. Entonces se les hizo bajar las manos a toda la tripulación, que se resignó a su suerte confiando en las caballerescas leyes del mar.

—Si se mantienen quietos no ocurrirá nada. Vuestras vidas serán respetadas —dijo en tono persuasivo el jefe del pelotón.

Poco después, a través de una verdadera caravana de botes, se trasportaron hasta nuestra cubierta algunas vitualles y enseres que nos eran indispensables, pero lo que más interesó al comandante Hans Lagsdorff fué aquel endiablado trasmisor, que más parecía una broadcasting que un equipo portátil.

En el desmontaje intervino mi amigo Gutemberg, que ya actuaba como técnico titular y lucía orgullosamente su jineta de cabo. Después supe por él, que se trataba de una verdadera

joya, que no respondía a los clásicos modelos conocidos y que operaba con maravillosa nitidez en todas las frecuencias.

—Parece —me dijo—, que en materia de radio nos están tomando la delantera...

—Siempre —le respondí— que no ocurra otro tanto con la ingeniería naval y nos hundan por onda ultra-corta...

El comandante inglés fué traído a presencia de nuestro jefe, que permanecía dirigiendo la maniobra desde el entrepuente.

Se le ofreció la alternativa de dejarles a bordo de sus botes para que por sus propios medios alcanzaran las costas africanas o quedar prisioneros del Graf Spee. No vaciló el lobo de mar, que ya había quedado bien con su conciencia tratando de eludir el apresamiento, pues prefirió el triste destino de los cautivos a enfrentar las contingencias de la navegación a remo en aquellas latitudes...

La pérdida del flamante trasatlántico se compensaría con la sensación de alivio que habrían de experimentar los tripulantes. Como era poco el tiempo de que disponíamos para borrar de los registros marítimos al Trevanión, se aceleraron las maniobras del traspaso de prisioneros, quienes ya habían recibido órdenes, trasmitidas desde un megáfono por su capitán, de formar fila sobre cubierta con sus efectos más imprescindibles. La operación se hizo, mientras nuevas remesas de nuestros hombres examinaba el cargamento consistente en mineral de estaño, zinc y plomo de buena ley, destinado a las fábricas de municiones británicas. Procedía de Bolivia. Había sido embarcado en el puerto chileno de Arica y tras casi una inverosímil trayectoria, a lo largo del Pacífico y a través del estrecho de Magallanes, había llegado hasta aquel punto imaginario del Atlántico, muy próximo al continente negro. En los sacos de arpillera, con caracteres bien visibles, se hallaba impresa la leyenda:

—Patiño Mines.

—El amo de Bolivia.

El apresamiento de aquel abundante material estratégico —prosiguió diciendo mi amigo— fué de alto valor militar, pues se restaba al enemigo millones de balas en potencia.

Ahora nos explicábamos el asombro y la resignación del capitán y el intento de su fuga desesperada cuando advirtió la silueta del acorazado de bolsillo.

Durante el traslado de los prisioneros se registró un escena

impresionante, cuyo recuerdo todavía hace latir con fuerza mi corazón.

Fué un grito de horror, cuando perdió el equilibrio uno de los prisioneros y cayó al agua. La fuerza del oleaje lo llevaba mar afuera. Aunque nuestros hombres estaban sometidos a férrea desciplina alguien, que más tarde supe era un ayudante de cocina apellidado Hartmann, tuvo la inspiración de arrojarse al agua, sin medir la distancia entre un camarada y un enemigo.

Aunque su gesto fué imitado por dos ingleses, aquel episodio me reconcilió con la especie humana, a la sazón entregada a la satánica empresa de pulverizarse.

Lo más grave fué que el mar estaba infectado de tiburones y que uno de esos verdaderos tigres del agua había alcanzado al infeliz marinero, que trataba de mantenerse a flote desesperadamente. Como no había tiempo que perder, desde a bordo de uno de los botes un oficial hizo certera puntería con su pistola y el tiburón cedió.

Poco después, el marinero británico, en unas angarillas fué transportado al hospital de a bordo con la pierna destrozada por la feroz dentellada.

Su grito desgarrante aún perdura en mis oídos.

CAPITULO XVII

DRAMA A BORDO DE UN YATE

Como había comenzado a caer el rocío, preferimos guarecernos en la cocina, junto al fogón, donde se hallaban el médico y el jefe de la oficina de correos y telégrafos, que hablablan del difunto.

—Era un viejo porfiado. Mire, que no consultar a un médico...

—Cuando yo lo revisé ya era tarde. Fué una pulmonía fulminante. Todavía hay mucha ignorancia por estos pagos, agregó.

—La conciencia sanitaria debe crearse desde la escuela — dije por mi parte.

—Ya se está haciendo con las nuevas generaciones de changuitos, que serán los paisanos del futuro.

Como el médico reparara en la presencia del gaucho rubio, cuya historia conocía, le preguntó cómo pudo permanecer tanto tiempo navegando el Graf Spee sin que se produjera una epidemia a bordo.

—Fué nuestra buena estrella o acaso la rigurosa higiene que se observaba.

—Tenían un adelantado equipo de sanidad —agregué por mi parte.

—Disponíamos de una dotación de médicos, cirujanos en su mayoría, practicantes y enfermeros, un hospital, una sala de primeros auxilios, rayos X y todos los equipos de un verdadero policlínico.

—Precisamente —añadí— me estaba relatando el caso de

un marinero que estuvo a punto de ser devorado por los tiburones.

—Disponíamos de una buena reserva de plasma sanguíneo; se le hizo una transfusión y pocos días después, aunque cojeando, el hombre apareció sobre cubierta a tomar el sol.

Muller prosiguió entonces la narración interrumpida sin reservas.

Después del hundimiento del Trevanión —siguió diciendo— nuestro barco enfiló hacia las costas americanas.

Pocos días después, en uno de esos amaneceres tibios y luminosos del subtrópico, uno de los vigías observó que algo interrumpía la línea del horizonte, como si se tratara de una embarcación a la deriva o de un islote que no figuraba en las cartas marítimas. Luego se supo que era un pequeño yate, que había arriado su vela. Por radio se trasmitió la advertencia de que debía detener la marcha, pero luego se constató que aquella cáscara de nuez carecía de trasmisor. Entonces se hizo descender nuestra lancha a motor, donde tomaron ubicación varios oficiales y soldados armados, con el propósito de indagar de qué se trataba, mientras nuestro barco proseguía moderadamente la imaginaria ruta que se había trazado.

Después supimos que al tope del mástil flameaba una bandera neutral. Eran las franjas blanca y roja de la divisa chilena, con la estrella blanca sobre el fondo azul. Felizmente el jefe de la brigada era un poliglota y entre sus idiomas contaba el español. Por eso tuvo oportunidad de interrogar sin inconvenientes a sus dos únicos tripulantes. Era una pareja de recién casados, que habían partido de Punta Arenas, en excursión de turismo y deporte náutico. Sus cálculos habían fallado, por desconocimiento de las corrientes marítimas y ya debían haber arribado al Cabo de Buena Esperanza. Fueron sorprendidos por un fuerte temporal y desviaron la ruta. Ya comenzaban a arrepentirse de su temeraria aventura, porque apenas si disponían de agua potable para pocas horas más. Por otra parte, durante la lucha contra los elementos desencadenados en pleno océano la mujer había sufrido una herida desgarrante provocada por un garfio. Al principio no se le dió importancia. La hemorragia fué contenida con el botiquín de a bordo, pero luego comenzó a sentir fiebre y terribles dolores.

Mediante el sistema de señales se requirió la presencia del médico, que poco después hacía su aparición provisto de un maletín.

El ojo clínico del facultativo examinó la herida y llegó a la conclusión de que no había que perder tiempo. Sobre la tarima de la cubierta, bajo el toldo de un cielo luminoso, se improvisó la sala de operaciones. La joven desposada fué anestesiada y el bisturí, certeramente, hizo dos tajos concéntricos. Contuvo la hemorragia, espolvoreó la incisión con sulfamida e hizo un vendaje.

La mujer despertó, abrió los ojos y dijo algunas palabras de reconocimiento.

—Ya no hay nada que temer, expresó el médico. Ahora un poco de reposo y estos comprimidos...

Un raro ejemplar de perro ovejero, diminuto, rabón y con pelambre ensortijada, que había presenciado la operación desde el trinquete del palo mayor dió un salto sobre cubierta y lamió la mano del médico.

Nuestra dotación de reconocimiento les había dejado abundante acopio de provisiones y agua potable.

Poco después el yate emprendió la marcha sin prisa, prosiguiendo su aventura en las quietas aguas del providencial encuentro, no sin antes haber comprometido su palabra de honor aquella extraña pareja de enamorados, de que guardaría silencio acerca de nuestra ruta...

—Nada se sacó en limpio —prosiguió Muller— del largo interrogatorio a que fueron sometidos los tripulantes del Trevanión, encerrados en un hermetismo absoluto acerca de ciertos detalles de interés estratégico que quería conocer nuestro capitán. La papelería secuestrada a bordo fué analizada minuciosamente, hasta que uno de los oficiales gritó: "¡Eureka!", parodiando a Arquímedes y con un pliego en la mano acudió al camarote del señor Langsdorff.

Había dado con la clave de las trasmisiones inglesas. Desde ese instante, como si leyéramos en un periódico de la fecha, nos enteramos de todo lo que ocurría a cien millas a la la redonda: la presencia de algunos submarinos compatriotas, que habían comenzado a aflorar desde las profundidades del

océano, haciendo verdaderos estragos en la flota enemiga, así como la ruta de los mercantes y el desplazamiento de nuevas unidades de guerra empeñadas en darnos caza, pues ya había trascendido el episodio del Trevanión.

A partir de ese momento la navegación nos fué más propicia. Ya no íbamos a ciegas, expuestos a ser sorprendidos en cualquier momento, porque sabíamos dónde el enemigo nos buscaba. La diáfana atmósfera de aquellos apacibles días de octubre parecía bordada por un verdadero laberinto de puntos y rayas del sistema Morse que trasmitía la posición de nuestros perseguidores, al propio tiempo que nos atribuían algún sitio imaginario del océano.

De otra manera no hubiéramos podido sobrevivir tanto tiempo. En aquel juego a las escondidas llevábamos la mejor parte y conocíamos dónde se encontraba el enemigo. Pero esta situación no podría prolongarse por mucho tiempo, pues el comando británico no tardaría en enterarse del último hundimiento.

En esas circunstancias fué cuando se acordó cambiar de rumbo. Enfilamos la proa hacia el Sur, guardando prudente distancia con la ruta trajinada por la flota mercante. Hacía tiempo que habíamos abandonado la zona tórrida de la línea ecuatorial y ya se comenzaban a sentir los efectos de las ráfagas polares. Fué en las postrimerías del mes de octubre cuando dejábamos atrás las aguas del Atlántico y penetrábamos a la zona del océano Artico, muy por debajo de la punta de Africa, que señala el Cabo de Buena Esperanza.

Aunque nos hallábamos muy lejos de la zona frecuentada por los barcos artillados, se mantuvieron todos los servicios de vigilancia, tanto por parte de los vigías como por el sistema de recepciones inalámbricas. El descenso de la columna mercurial era cada vez más pronunciado y nos dimos cuenta de que el Polo Sur no debía hallarse muy distante, sobre todo por la presencia de algunas manadas de focas y lobos marinos, que se avistaron a través de los prismáticos.

En los primeros días de noviembre comenzaron a advertirse bloques de hielos flotantes, navegando a la deriva con algunos gallardos pingüinos a bordo, que nos contemplaban asombrados. Por algunos momentos tuvimos la sensación que no estábamos en un barco de guerra, si no realizando un placentero viaje de

turismo, pues nuestro acorazado navegaba a marcha económica y se permitieron ciertas liberalidades a bordo. Para contrarrestar los efectos del frío, cada vez más intenso, no nos bastaban las ropas de abrigo, por lo que se practicaban sobre cubierta algunos violentos ejercicios en las horas de recreo. Durante todos aquellos días estuvo abierta la cantina y hasta experimentamos las calorías del buen whisky incautado en los barcos ingleses.

Una mañana nos fué dado observar, a simple vista, tres ballenas navegando en fila india. Sus colas levantadas daban la sensación de mástiles y parecían otros tantos navíos, complementando la semejanza con sus altos chorros de vapor de agua.

Pero aquel espectáculo imprevisto de extraña belleza no duró mucho, cuando de nuevo enfilamos hacia el norte, en busca de las aguas del mar Indico.

Entonces se reforzaron los servicios de vigilancia, fué reanudada la severa disciplina de los primeros tiempos y permanecimos atentos a toda contingencia.

CAPITULO XVIII

RUMBO AL ESTRECHO DE MOZAMBIQUE

—Durante todo ese tiempo —prosiguió diciendo Rudolf Muller—, nuestro barco había sufrido una nueva transformación, que fué integral, tanto en su pintura exterior como el aditamento de fingidas chimeneas, castillos, puentes de mástiles de camouflage. Y para que el cambio fuera total, hasta se borró el nombre del Graf Spee, siendo substituído por el de Admiral Scheer.

Mientras navegábamos al encuentro del estrecho de Mozambique, situado entre las costas del Africa Oriental Portuguesa y la isla de Madagascar, hubimos de soportar un nuevo temporal, que nos hizo algunos impactos, entre ellos la inundación de una bodega que fué desagotada con las bombas de achique. Como estábamos familiarizados con la lucha contra los elementos no nos hizo mucha mella el remojón y seguimos avanzando mientras el sol se mostraba más benigno y sobraba la coloración de las aguas un matiz más verdoso.

Mientras tanto, suponíamos que el enemigo nos buscaría desesperadamente por el Atlántico y con la sangre en el ojo, ansioso de vengar los barcos echados a pique. Por nuestra parte, navegábamos a marcha moderada, sin premura, como si tratáramos de orientarnos y tomar de pronto una determinación. Habían transcurrido cuatro meses desde nuestra partida del puerto de Kiel y la patria nos parecía cada vez más lejana, como un recuerdo esfumado en la profundidad del tiempo. Fué en esas circunstancias cuando tuvimos una agradable sorpresa y nos acordamos de Rodrigo de Triana cuando avistó tierra, durante la temeraria aventura colombina.

Allí no más, frente a nuestros ojos, se presentaba la costa

de la colonia portuguesa, pero no hubo mucho tiempo de gozar el espectáculo de las altas palmeras, que desde la borda parecían buques en miniatura porque se reforzaron los servicios de vigilancia y debíamos permanecer atentos en nuestras posiciones de combate. Si bien es cierto que Portugal se mantenía neutral, aquella era una ruta abierta, frecuentada por los transportes procedentes de Ceilán y las Indias Occidentales.

Aquella franja del continente negro era, como ahora, una región semi salvaje, de aldeas indígenas recostadas a prudente distancia de las playas, donde su ubicaban las primitivas embarcaciones pesqueras. De modo, pues, que no corríamos el riesgo de ser denunciada nuestra presencia y el comando británico se diera cuenta que le habíamos burlado una vez más. Por eso no tuvimos reparos en proporcionar a los aldeanos un espectáculo imprevisto. Fué cuando advertimos la presencia del Africa Shell, un carguero británico de escaso calado y cuyo registro bruto fué estimado en 750 toneladas. La escena se desarrolló a escasas millas de la costa, de manera que pudo ser observada por los indígenas, encaramados como monos en las altas palmeras. Por cierto que la nave no nos dió mucho trabajo, pues su capitán entró en razones y arrojó el ancla.

Casi no valía la pena perder tiempo y hacerse mala sangre con un barco de ese tipo, que más parecía una chata de cabotaje que un verdadero trasatlántico. Por eso el trabajo se hizo con cierta displicencia sin el alarde de fuego ni la tensión nerviosa que experimentábamos los soldados rasos en esas circunstancias.

El comando de presas hizo el reconocimiento de estilo y se verificó que el barco navegaba con las bodegas vacías. Nada había a bordo que nos pudiera interesar, a no ser la bandera inglesa para añadir al cofre de nuestros trofeos y la caja de caudales con muy pocas libras y papeles manuscritos. En un par de chalupas tomó ubicación el reducido número de tripulantes, que se alejó como una exhalación remando hasta la costa, pero el capitán se convirtió en nuestro prisionero.

Poco después una brigada de marineros expertos en la faena, taladró algunas de las partes vitales del casco, abrió las válvulas y el Africa Shell se hundió sin pena ni gloria, mientras los negros permanecían apiñados como racimos humanos en la copa de los árboles.

Avanzamos algunas horas más, dando la impresión de que

íbamos con rumbo a Madagascar, para confundir a los marineros ingleses, que de algún modo se ingeniarían para hacer conocer nuestra presencia en aquellas aguas. Poco a poco se fué alejando de nuestra visual la costa portuguesa hasta que, de nuevo, nos encontramos en alta mar.

Durante el trayecto tropezamos con algunas embarcaciones extrañas, que nos remontaban a las épocas de la prehistoria marítima. Se trataba de juncos hindúes, que acaso procedían de la isla de Ceilán, capeando las inclemencias del mar Arábico. Nuestro capitán aguardó que se alejaran y en seguida rectificó el rumbo a toda marcha. Ahora desandábamos el camino y procurábamos introducirnos en la superficie del Atlántico, donde habíamos despistado a nuestros perseguidores. Parece que su intención era aumentar el número de presas, porque se hizo una exhortación en el sentido de avisorar constantemente el horizonte. De esa manera, frente a las costas del Africa Sud Occidental, nos estábamos metiendo otra vez en la boca del lobo.

La actividad de la telegrafía sin hilos fué por aquellos días inusitada. Los servicios estaban reforzados y poco tiempo tuve para cambiar impresiones con mi amigo Gutenberg, quien en uno de los cortos recreos me dijo que el verdadero Admiral Scheer operaba en ese sector y había comenzado a hacer verdaderos estragos en la flota mercante enemiga, por lo que no nos debíamos sentir tan solos. Además operaba una flotilla de submarinos germanos, con los cuales habríamos entrado en comunicación radioeléctrica. Por eso, en caso de ser sorprendidos por la escuadra británica, se produciría una verdadera batalla. A todo esto, el capitán del Africa Shell, nuestro único prisionero, que gozaba de cierta libertad, solía permanecer largas horas tomando el sol sobre cubierta, sumergido en profundas meditaciones. Con sus manos ásperas acariciaba la sedosa piel del gato gris, que se había convertido en nuestra mascota, y parecía dialogar con él, como si ambos comprendieran su triste situación.

De tarde en tarde nuestro capitán, como gentil dueño de casa, le invitaba a su cabina, donde aquel marino en desgracia alternaba la larga monotonía de su cautiverio.

Un día se supo que el hombre estaba hospitalizado. Con una hoja de afeitar había intentado quitarse la vida. Es gesto no nos pareció romántico, pero tuvimos lástima de aquel rudo lobo

marino que añoraba su barco y acaso su lejano hogar en vaya a saber qué puerto.

Fueron prolongadas horas de angustia y de incertidumbre, pero al cabo el médico anunció que nuestro prisionero estaba fuera de peligro y una contagiosa sensación de alivio se difundió entre los tripulantes que ya no tendrían ningún remordimiento.

Al promediar el mes de noviembre, en un amanecer brumoso, que acortaba el radio de visibilidad, la campana de alarma, cuyo vibrante sonido habíamos olvidado, nos anunció que había sido avistado un barco.

—¡Comienza el baile!... —me dijo al tropezar con él en uno de los corredores el cabo Federico Stark—, que iba a buscar su posición sobre cubierta.

—Buena suerte —fué mi respuesta.

Pero todo no fué más que una falsa alarma. Nos hallábamos frente a un barco neutral. Se trataba del Mapis, de bandera holandesa, país que, por cierto, no nos era muy simpático. Por eso, desde nuestra lancha a motor los ojos expertos de nuestra brigada de reconocimiento lo observaron detenidamente, de babor a estribor.

El comandante de la nave, a través de magáfonos, dió las informaciones requeridas y prosiguió su marcha, no sin antes hacernos la tripulación señales de buen augurio, que respondimos cortésmente.

Por aquellos días tuvimos oportunidad de presenciar una tormenta eléctrica, que comenzó por alterar nuestros nervios y se reflejó en la aguja de marear y en otros instrumentos de precisión, con la consiguiente contrariedad de los técnicos. Por otra parte, hubo interferencias en el sistema Morse, que reclamaron la presencia de Gutenberg. El gato parecía electrizado. Daba la sensación de haber acumulado las energías de la atmósfera y daba saltos mortales entre las cofas y los fanales.

Yo me acordé de la prevención del marinero inglés:

—Les va a traer mala suerte.

Felizmente no fué si no una impresión óptica la llamarada que creíamos advertir en el palo mayor. Se trataba del fenómeno atmosférico llamado fuego de San Telmo. Pero la tormenta se desató, anunciándose con una larga sucesión de rayos

y truenos, como si una legión de demonios batiera el parche de gigantescos tambores.

Con todo —prosiguió diciendo el tripulante del Graf Spee— fué una de las clásicas tormentas de verano, que se convirtió más tarde en un prolongado aguacero...

Durante algún tiempo estuvimos bailoteando, a merced del tiempo, entre el Cabo de Buena Esperanza y la desembocadura del río Orange, ruta que nos era familiar y cuyas corrientes marítimas conocíamos.

El sombrío paisaje se aclaró cuando con los primeros rayos del sol avistamos algunos albatros y una perfecta formación de golondrinas, que dibujaban en el cielo una gigantesca V.

CAPITULO XIX

UNA BOMBA DE PROFUNDIDAD

A esta altura de la narración, que transcurría en la cocina de la finca de don Venancio, apareció el guardahilos, que cumplía su promesa de participar en el asado.

Rudolf Muller con gesto respetuoso se puso de pie. Don Taciturno lo saludó si no cordialmente, por lo menos sin frialdad por lo que experimenté una sensación de sosiego espiritual.

En ese momento el médico y el señor Pérez se levantaron.

—Vamos a ver — dijo este último — cómo van las cosas por el fondo, pensando en los chivitos que ya estarían a punto.

Cuando nos quedamos solos, tratando de predisponer el ánimo de don Taciturno, hablé acerca del finado y no se me ocurrió más, por ese momento, que la consabida frase:

—No somos nada...

Y luego agregué:

—Tengo entendido que era su padrino...

—Era un pedazo de pan — dijo por toda respuesta, y se hizo un silencio profundo, apenas alterado por el hervor de la pava en el fogón.

Estaban allí, frente a frente, dos fuerzas psíquicas irreconciliables, que gravitaban en el corazón de una linda muchacha pueblerina. Algo tendrían que hablar aquellos hombres, que contemplaban a Eleodora con ojos diferentes. Por eso me pareció prudente alejarme.

El comisario, el juez de paz, el boticario, el médico y el jefe de correos y telégrafos estaban ya gozando las primicias del asado, cuando yo me incorporé a la rueda.

—¿Qué se hicieron el gringo y don Taciturno? —preguntó alguien.

—Están conversando...

Hubo algunas miradas y sonrisas de inteligencia, porque todo el mundo estaba al tanto de aquellos románticos amores, y poco después ambos aparecían charlando animadamente. La entrevista fué fugaz, pero la sangre no había llegado al río.

¿Qué se dirían dentro de aquellas cuatro paredes ennegrecidas de hollín? Confieso que me intrigó, pero debía ser discreto conteniendo mi impaciencia, acaso por no echar las cosas a perder o porque era un funcionario de jerarquía y estaban allí, junto a los asadores, como cumpliendo un rito, las máximas autoridades de la villa.

El médico, a quien tanto le había interesado el relato de las hazañas del Graf Spee, reanudó la conversación:

—¿Qué ocurrió, amigo, después de la tormenta eléctrica?

Yo sugerí que nos refugiáramos en la cocina y la idea se acogió con entusiasmo .

—Yo siempre estuve intrigado por conocer las aventuras del Graf Spee —dijo el comisario mientras se arremolinaba en un viejo sillón de baqueta con respaldar de tientos trenzados.

Por su parte, el juez de paz, como queriendo congratularse con el gaucho gringo, agregó:

—Durante la guerra, yo era partidario de Alemania, aunque no estuve muy de acuerdo con Hitler...

Y el boticario acotó:

—A mi me comprenden las generales de la ley, como que mi padre era oriundo de Berlín.

Nada dijo el guardahilos por no comprometerse y guardó silencio el señor Pérez, cuyos sentimientos aliadófilos eran conocidos.

—Después de aquella tormenta eléctrica —prosiguió Muller, recogiendo el hilo de su relato— fuimos al encuentro del Altmark, nuestro barco de abastecimiento.

Debíamos hallarnos en una coordenada geográfica, a una hora determinada sin que fuera avistado en el horizonte.

Como era imprudente irradiar un mensaje telegráfico, pues la zona estaba infectada de barcos enemigos, nos limitábamos a mirar en redondo hasta donde alcanzaba el campo visual de los prismáticos, sin que la más leve señal nos permitiera localizarlo. Nuestro capitán impartió, entonces, instrucciones para que el hidroavión hiciera un vuelo de reconocimiento. Mediante un sistema neumático se accionó la catapulta y el pájaro mecánico, que ya había desplegado sus alas, como un cóndor gigantesco, se mantuvo en el aire, cobró altura e hizo algunas evoluciones hasta perderse de vista.

El Graf Spee, mietras tanto, describía sobre la superficie líquida enormes círculos a marcha moderada para hacer tiempo y mantener su ubicación.

Como no convenía accionar la radiotelegrafía, en previsión de que alguna nave próxima estuviera en acecho, no se hizo el intercambio de señales con nuestro apéndice alado, que quedó librado a su instinto de orientación y a su buena estrella. Como al cabo de una hora el hidroavión no había regresado, comenzaron a advertirse algunas muestras de inquietud, temerosos de que hubiera sido sorprendido por algún certero disparo de artillería antiaérea.

A medida que transcurrían los minutos, se acentuaba la angustiosa expectativa, acrecentada por la falta de noticias del Altmark, que ha tiempo debía haber dado con nuestro paradero.

Nos hallábamos en una verdadera encrucijada, máxime cuando ya comenzaba a caer la tarde, levantándose un viento de los mil demonios, precursor de uno de los temibles tifones del trópico. Cuando ya comenzábamos a desesperarnos, máxime observando el gesto adusto del capitán Langsdorff, que escudriñaba el horizonte, haciendo más visibles las arrugas de la frente, advertimos en lontananza, hacia las costas africanas, la silueta de nuestro hidroavión. En ese mismo instante, arrojaba una de sus bombas de profundidad. El eco de la explosión retumbó en nuestros tímpanos y nos disponíamos a enfrentar al enemigo invisible, creyendo que había llegado la hora de la acción. Pero el hidroavión prosiguió su vuelo y amerizaba a escasa distancia del acorazado.

El capitán y los oficiales del estado mayor se lanzaron sobre la borda, ansiosos de saber qué había ocurrido.

—Nada, capitán —dijo el piloto—. Se aflojó uno de los tensores y cayó la bomba...

—¿Qué se sabe del Altmark?

—Como si se lo hubiera tragado el mar...

Ya nos comenzaba a dar fastidio aquel montón de aceros y aparejos, que no nos había prestado ningún servicio valedero, cuando uno de los vigías, con vista de águila, dió la noticia:

—¡El "Altmark" a barlovento!...

El afortunado marinero había ganado los veinticinco marcos, que el capitán había fijado como premio.

Era Otto Hartmann, el ayudante de cocina, cuyo nombre me había quedado grabado a raíz del episodio de los tiburones.

Pero nos debía aguardar una sorpresa más. El barco-cistterna, en vez de acudir a nuestro encuentro emprendía veloz fuga, galopando sobre las olas como un potro desbocado. Y no hubo más remedio, aún exponiéndonos a todas las contingencias, que irradiar un mensaje telegráfico, llamándole la atención.

.— —— —.— A. M. K., según el alfabeto Morse, la señal convenida con las letras fundamentales del Altmark.

En ese instante observé que el señor Pérez, jefe de la oficina de correos y telégrafos, con un movimiento instintivo, como si mantuviera la perilla de un manipulador con el pulgar, el índice y el dedo mayor, transmitía sobre su rodilla aquellos signos ininteligibles para los demás...

—Después hubo que agregar:

—¿Qué ocurre?

Pero no tuvimos respuesta, prosiguó diciendo Rudolf Muller, en tanto le tocaba el turno del mate que el guardahilos había comenzado a cebar para hacer más placentera la velada.

—Después —siguió diciendo entre sorbo y sorbo— se añadió esta: "Vamos en vuestra ayuda"... Y simultáneamente el capitán transmitió al compartimiento de máquinas la orden de acelerar la marcha, mientras emprendíamos la persecusión de nuestro propio aliado. Pero todo se aclaró poco después con señales luminosas, mientras el viento arreciaba y caía la noche. Nuestro camouflage y el estallido de la bomba los había desorientado...

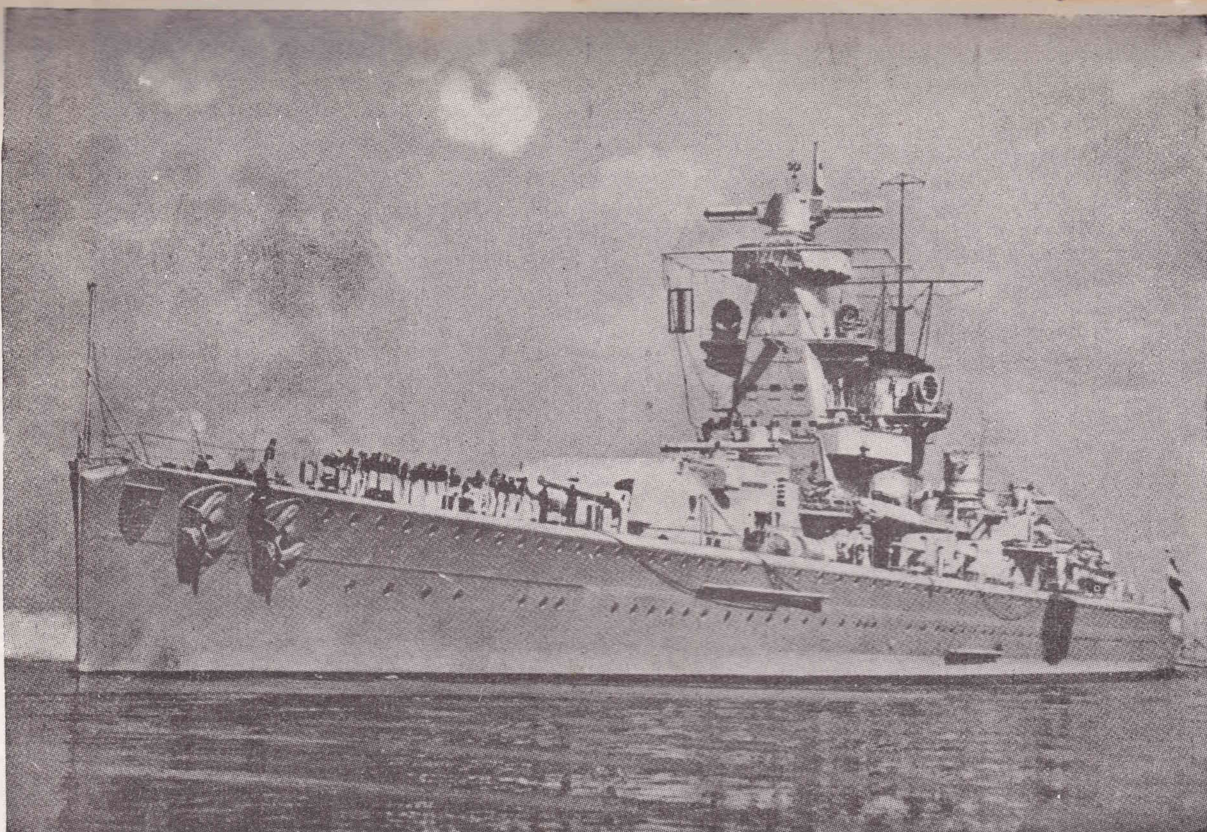
La jornada había sido de hondas emociones, pero aun así no tuvimos un instante de respiro hasta el día siguiente, porque durante toda la noche, cuando los barcos se reconocieron, se prolongó la rutinaria fajina de proveernos de combustibles y vituallas.

En el incesante ir y venir de embarcaciones menores se observó una novedad: el trasbordo de los prisioneros; que habían

permanecido tantos días alojados en las bodegas del Altmark. Pero esta vez se hizo una selección, nos quedamos con capitanes y oficiales.

Ya no podía sentir nostalgia el capitán del Africa Shell, que en un rapto de desesperación había intentado quitarse la vida. Presintió el felino el encuentro con sus primitivos amos, porque abandonó su habitual refugio en la toldilla para instalarse junto a los prisioneros, cuyos rostros nos eran, por otra parte, familiares.

Se les reconoció de nuevo y se les destinó la cabina de popa, donde se alojaron anteriormente. Había algunos enfermos, de manera que algo tenían que hacer los médicos y practicantes, que se habrían mostrado inactivos durante casi toda la travesía. Pero estaba escrito que bien pronto habrían de revelar su capacidad de sacrificio y abnegación.

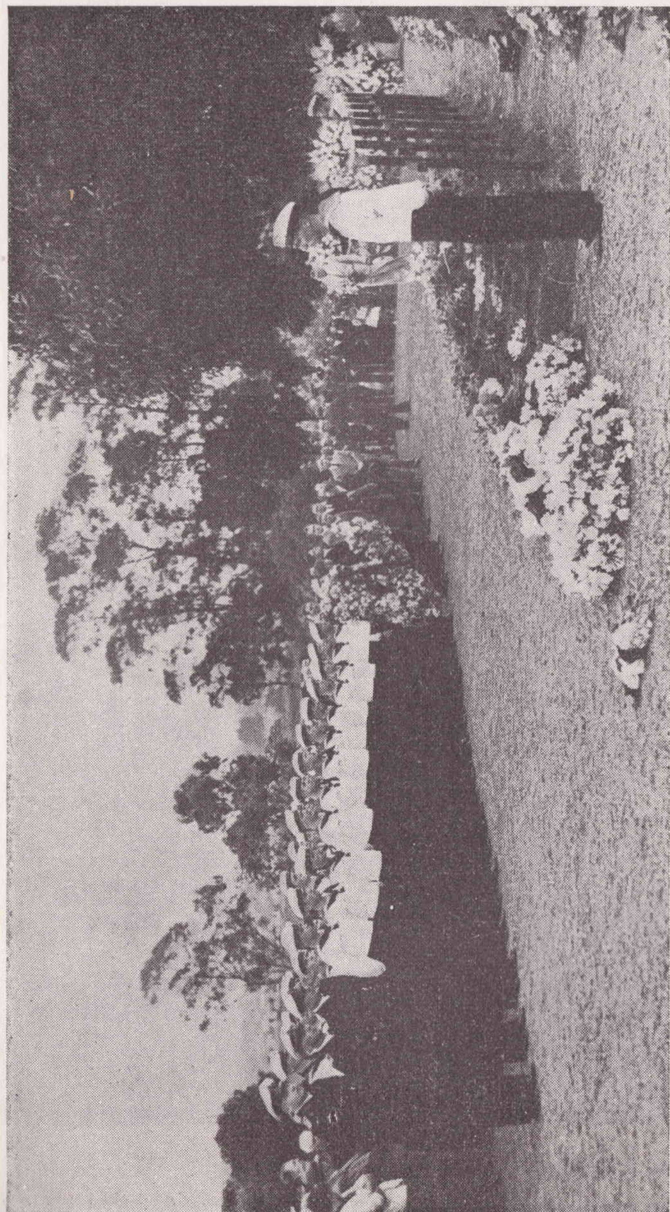


El "Admiral Graf Spee", gemelo del "Admiral Von Scheer", puesto en servicio en el año 1936, poseía el siguiente material de ataque y defensa: 6 cañones de 280 mm en 2 torres triples, 8 piezas de 150 mm, 6 piezas de 105 mm especiales contra aviones, 8 cañones de 37 pulgadas y 10 ametralladoras para la defensa contra aviones. Contaba con 8 motores Diesel de 54.000 caballos de fuerza desarrollando una velocidad de 28 nudos. Tenía un desplazamiento de 10.000 toneladas. Su coraza de cintura era de 100 mm, otra más blanda de 80 mm y otra común de 40 mm.



UNA VISION DANTESCA DEL ACORAZADO ALEMAN HUNDIENDOSE ENTRE LLAMAS

Esta magnífica fotografía ofrece una impresionante sensación de los últimos momentos de la poderosa unidad de la escuadra de guerra alemana hundiéndose a la vista de Montevideo, después de las formidables explosiones que hicieron saltar materialmente, las planchas de acero que formaban su estructura, de extraordinario poder de resistencia. En medio de densas y altas columnas de humo, el "Admiral Graf Spee", partido casi en dos, comienza a hundirse, mientras a su alrededor las aguas semejaban un lago de fuego.



Marinos del acorazado "Graf Spee", hundido frente a Montevideo y que en esos momentos fueron internados en la vecina república, concurrieron en formación al cementerio del Uruguay, donde dieron sepultura a sus compañeros caídos en la batalla de Punta del Este.

CAPITULO XX

CRUCEROS ENEMIGOS POR BARLOVENTO

—El último día de noviembre —prosiguió diciendo el tripulante del Graf Spee — habíamos cobrado nuestros haberes y recompensas por las acciones notables del servicio. En realidad, el dinero no nos hacía falta y nadie sabía cómo gastarlo, a no ser en la cantina, donde, por otra parte, había racionamiento de cerveza y se habían agotado las provisiones de chocolate. Pero ese día era el cumpleaños de Otto Hartmann, el grumete que expuso su vida para salvar a un prisionero inglés de las dentelladas de un tiburón y como el muchacho había originado un espontáneo sentimiento de simpatía, el cantinero hizo la vista gorda y hasta le sorprendió con una improvisada torta de bizcochuelo y diecisiete largos fósforos de madera que simulaban otras tantas velitas.

Federico Stark y Gutenberg, que ya eran suboficiales, y un reducido grupo de soldados rasos, entre quienes me contaba yo, participábamos de la fiesta.

Confieso que me emocioné cuando aquel pichón de marinero, de rostro imberbe y ojos de niño, levantó el recipiente de metal y brindó por su madre.

—A su salud... —dijimos a coro, poniéndonos de pie.

—Gracias, mis amigos.

Cada uno de los contertulios, e incluso el mofetudo y bonachón cantinero, debieron haber evocado su hogar en la patria lejana, porque hubo un instante de silencio y de íntima comunión mientras el barco se balanceaba suavemente, arrullado por el monótono trepidar de los motores.

Yo tuve un tierno recuerdo para la muchacha de Kiel y

empuñando el asa del jarro desbordante de cerveza, hice un brindis sin palabras. Después quedamente susurré al oído de Federico:

—Por la señora Stark...

La voz se anudó en la garganta de mi amigo y sólo atinó a responder apretándome el brazo con su mano temblorosa.

Era alrededor de las 21, hora en que terminaba la fugaz licencia para aquella pequeña expansión del espíritu, cuando vibró la campana de alarma. Era la primera vez que eso sucedía de noche, mientras el resto de la tripulación, rendido por la fatiga, descansaba en sus coys. Algo grave debía ocurrir porque ya se sentía el tropel de la gente, que ascendía las escalerillas hasta cubierta.

Como accionados por un resorte, arrojamos los recipientes y no tardamos en encontrarnos en los sitios de combate que teníamos asignados.

Navegábamos frente a las costas del Congo Belga, entre el trópico de Capricornio y la línea del Ecuador y la noche se presentaba clara y calurosa, con una enorme luna en cuarto creciente sobre el fondo negro de la noche cuajada de estrellas.

El capitán ya se encontraba sobre el puente de mando con los oficiales de su estado mayor, pero nada extraño observábamos que hubiera obligado al brusco despertar de la tripulación.

Después nos enteramos que se había advertido una escuadrilla de bombarderos, que pasó como exhalación, volando a gran altura con rumbo al continente europeo.

Felizmente nuestra presencia en aquellas aguas no había sido advertida porque navegábamos cautelosamente con las luces apagadas.

Habíamos entrado, al día siguiente, en el mes de diciembre y la temperatura de la zona tórrida comenzaba a hacerse sentir. Ibamos navegando en dirección al golfo de Guinea, que se halla, precisamente, en la línea del Ecuador y como toda la gente de a bordo había rendido culto a Neptuno, nadie pensó en una próxima celebración. Sin embargo, comenzó a rumorearse que la Navidad no pasaría inadvertida, pues ya teníamos acumulada buena provisión de pavos congelados, whisky y hasta espumante incautado a bordo de los barcos mercantes. Pero faltaban aún veinticinco días y eran aún muchas las aventuras que habrían de jalonar la dramática travesía del Graf Spee. Ese

día volvió a partir el hidroavión, cumpliendo una excursión de reconocimiento, que se prolongó durante cerca de dos horas, mientras nuestro barco describía gigantescos círculos sobre las aguas tranquilas del océano, que en la mañana estival cobraban una atrayente coloración azul.

Todo el mundo se hallaba sobre cubierta, listo para entrar en acción en cuanto se impartiera la orden.

El avión volvió en el tiempo convenido y no abandonamos nuestra posición militar porque el piloto trajo una novedad de bulto. Había avistado un barco de alto bordo.

Pero recién al día siguiente, el 2 de diciembre, le dimos alcance. Fué un cálido amanecer, que presagiaba una jornada de canícula. Se trataba del Doric Star, un carguero de 10.000 toneladas, al que no dimos tiempo de emprender la fuga ni telegrafiar, porque le salimos al paso con una contundente advertencia de artillería. El disparo de prevención, como de costumbre, no dió en el blanco y la presa detuvo la marcha sin que fuera necesario insistir en las amenazas.

Mientras el potente brazo de la grúa depositaba sobre la superficie líquida nuestra chalupa de reconocimiento, despegó de nuevo el hidroavión, cuyo piloto debía permanecer observando a discreta distancia los cuatro puntos cardinales, en previsión de un sorpresivo ataque porque, según los mensajes radiales captados, la zona era frecuentada por barcos de guerra.

Después se supo que la tripulación estaba integrada por ochenta marineros y había cinco mujeres a bordo, en calidad de pasajeros. Se trataba de un elenco de cantantes y bailarinas españolas, que se habían aventurado a viajar en un barco beligerante, confiadas en su buena estrella y condición de neutrales.

En el curso de los días nos enteramos que aquellas mujeres integraban un conjunto que había ido de mal en peor a través de un largo itinerario por el litoral Pacífico y que, finalmente, se embarcaron en el puerto de Buenos Aires, ansiosas de retornar a la patria, exponiéndose a todas las contingencias de la guerra.

Claro está que en sus cálculos no estaba ser testigos de una acción bélica en alta mar, ni siquiera la hipótesis de un cautiverio eventual.

—Una verdadera imprudencia —insinuó alguien.

—Y una irresponsabilidad imperdonable del comandante del

Doric Star —siguió diciendo Rudolf Muller, tratando de reconstruir el episodio con los retazos de su memoria.

Como es de suponer, —prosiguió diciendo— la noticia provocó a bordo del Graf Spee un verdadero revuelo, porque venía a alterar los gestos adustos y los rostros sombríos.

Las muchachas, con quienes se había hecho la excepción de que trajeran consigo sus maletas, bolsónes y otros chirimbolos multicolores, tomaron ubicación en uno de los botes, en compañía de algunos de nuestros oficiales, y el capitán y el jefe de máquinas del barco apresado, mientras se cumplían las maniobras de rutina, consistentes en la verificación de la carga, el secuestro de la documentación y el desmontaje del transmisor y los instrumentos de precisión, que debían substituír a los nuestros gastados por el uso permanente.

La nueva presa transportaba en sus bodegas nada menos que trigo a granel, carne fría de vacuno y frutas en conserva.

—Tendremos con qué festejar la Nochebuena —me dijo Otto Hartmann, que había sido destinado conmigo a la tarea de alijamiento, pues esta vez aquel casco no se iría al fondo del mar con su preciosa carga.

—Al trigo lo dejaremos para nutrir el vientre de los peces.

—Y de las chicas... ¿qué opinas?

—Por lo pronto, que están asustadas y nos miran como a bichos raros...

—Cuando se hubieron transportado todos los prisioneros —prosiguió diciendo el gaucho rubio— volvió el avión y se mantuvo en el aire Había recibido orden de ensayar sus bombas de profundidad. El aparato hizo varias evoluciones concéntricas y, a la señal convenida, hizo certera puntería y dejó caer su carga explosiva.

Fué un espectáculo impresionante, que lejos estuvieron de imaginar las bailarinas y cantantes hispanas. Y, por supuesto, nosotros, que nos convencimos, por fin, que para algo nos servía el hidroavión...

La bomba cayó en el centro del blanco y penetró como un taladro hasta perforar el fondo del casco. Se hizo un nuevo disparo, que cayó desviado, rosando el matelón de proa.

—Le falló la puntería —insinuó alguien.

—El Graf Spee estaba muy cerca y un error de cálculo hubiera sido fatal...

—Así fué en efecto —prosiguió diciendo Rudolf Muller, reanudando el relato interrumpido con aquellas observaciones. Y agregó:

—Un trozo de hierro desprendido del Doric Star, como una estirla afilada, se incrustó en la cubierta, próximo a uno de los reductos blindados, ocasionando el consiguiente pánico entre las mujeres, que aún permanecían recostadas sobre la barandilla de estribor presenciando el siniestro.

Por eso hubo que poner en acción los torpedos y la artillería pesada y se añadió una bandera más al mástil de los pabellones enemigos, cuando las aguas del Atlántico borraron el rastro del mercante británico.

—¿Y qué ocurrió con las muchachas? —inquirió el comisario, que había permanecido muy atento al relato, en tanto se retorcía la punta de los bigotes.

—Después de la revisación médica de rigor, se les destinó un camarote de la oficialidad y como no eran en realidad prisioneras, si no huéspedes forzosos, se les concedieron ciertas libertades que no fueron incompatibles con la disciplina militar.

Al día siguiente ya estaban aclimatadas. Tanto es así que aparecieron sobre cubierta, con elegantes sombrillas y llamativa vestimenta deportiva. El sol arreciaba y las muchachas no querían estropear el cutis.

Esa misma tarde apareció sobre cubierta una ardilla. Y hubo el consiguiente revuelo a bordo.

—El vivaz roedor tomaba tranquilamente el sol, luciendo su brillante pelaje y una soberbia cola, al borde de una de las escotillas.

—¿Cómo había ocurrido eso?

—El misterio se aclaró cuando una de las muchachas corrió al encuentro del bicho, que había fugado de su escondite en el camarote, donde fué introducido, dentro de una maleta, burlando nuestra severa vigilancia.

El caso debió ser sometido a consulta de la oficialidad y apareció un alférez con la respuesta.

—La ardillita puede permanecer a bordo, siempre que no altere la disciplina —dijo sonriente a las muchachas, en un español no muy castizo por cierto.

—No sabemos cómo agradecer ese señalado favor —insinuó la más animosa del equipo.

—Con una canción...

—Cuando usted lo disponga.

Poco después se improvisó el recital en el casino de oficiales.

CAPITULO XXI

ACTOS DE HEROISMO

Después de la aventura del Doric Star —prosiguió diciendo nuestro amigo Rudolf Muller— acreció la temperatura y la atmósfera sofocante, sucediéndose en forma interminable las tormentas eléctricas y los aguaceros, que intensificaron la faena de los soldados rasos y produjeron sensibles variantes en los instrumentos de precisión. Tanto fué así que comenzaron a fallar los receptores y no nos fué posible percibir con claridad las señales de los barcos enemigos. Fué en esas circunstancias, un día en que el cielo apareció descubierto, que partió el hidroavión para hacer un nuevo vuelo de observación por los alrededores.

Nuestra nave cambió de rumbo y se encaminó hacia las costas americanas, en procura de nuevas presas, haciendo tiempo para otra cita con el "Altmark".

Había transcurrido apenas una hora cuando uno de los radiotelegrafistas de turno captó un insistente mensaje:

——. ... ——. ... ——. ... G. S.

Era el transmisor de nuestro hidro que llamaba y añadía su característica:

——. .——. —.— Z. P. K.

Algo nos tendría que decir el piloto porque, de acuerdo con sus instrucciones, sólo debía transmitir en caso de urgencia. Mientras se aclaraba el misterio sonó la campana de alarma, en previsión de cualquier emergencia. Pero la transmisión quedó interrumpida y se acrecentó la angustia y la expectativa...

Nuestro receptor había fallado y se apeló a uno de los dis-

positivos de emergencia, que captó un mensaje cifrado, pues en idioma alemán nada significaba aquel rosario de letras dispersas. El mensaje fué sometido a los expertos en descifrar claves, que lo tradujeron a su modo:

"Atención: cruceros enemigos por barlovento..."

—¿De qué unidades se trataba? ¿Quién trasmitía?

Lo más curioso del caso era que se utilizaba la misma frecuencia que nuestro hidroavión y éste no daba señales de vida en el éter.

El momento era crucial, sin noticias de nuestro pájaro mecánico y sabedores de que navegaban barcos de guerra por barlovento. Bien podría ser que se tratara de barcos alemanes, pero esa presunción no resistía al más ligero análisis pues debíamos ser informados con mucho tiempo por el alto mando terrestre. La ansiedad se prolongó a bordo por una hora más, como una enorme bola ignea, se hacía sentir camino al cenit, lacerando nuestras carnes a través de las ropas ligeras.

Se prohibió a nuestras amables huéspedes asomar sobre cubierta y sólo apareció con los ojos inquietos e inquisidores la ardillita...

—Por cierto que no habría sido menudo el susto —insinuó alguien.

—Se lo pasaron rezando, dentro del frágil camarote...

—¿Y qué ocurrió, en definitiva?

—Los cruceros eran británicos. Lo supimos más tarde cuando regresó el hidroavión. El piloto había confiado en nuestra brigada de claves y no se equivocó...

Si el mensaje fué captado por el enemigo, se habría devanado los sesos tanto como nosotros.

Al día siguiente hubo otra novedad digna de mención. Fué antes del almuerzo, cuando nos encaminábamos al comedor de tropa. Se comenzó a percibir un olor acre y poco después una espesa nube de humo inundaba las instalaciones interiores, haciendo la atmósfera irrespirable.

—¡Fuego en la bodega auxiliar número dos!...

El instinto de conservación nos hizo abandonar el recinto y precipitarnos sobre cubierta.

—¡Que nadie se mueva! —fué la orden imperativa del suboficial de servicio, que añadió una maldición y nos enrostró, como un latigazo:

—Parecéis unas gallinas...

El espíritu de disciplina se anidó de nuevo en todos nosotros y como tocados por una corriente eléctrica nos paralizamos, mientras la campana de alarma vibraba en todos los ámbitos del Graf Spee. Otto Hartmann rompió el silencio:

—Señor —dijo al suboficial— disponga de nosotros.

—Debemos aguardar órdenes, fué su respuesta.

Después sentimos una explosión que nos hizo extremecer, como si hubiera estallado algo debajo de la línea de flotación. Y no tardó la orden de que entráramos en acción.

Con tres líneas de manguera se atacó el fuego, que se había originado en una turriles de aceite, próximos al compartimento de máquinas, pues los matafuegos automáticos y los baldes de arena no pudieron contener la voracidad de las llamas.

Aunque breve, la lucha fué intensa, porque hubo que aislar los barriles lamidos por el fuego con el consiguiente riesgo para los marineros bisoños, que no se portaron por cierto como gallinas...

Cuando hubo desaparecido todo peligro, apareció carbonizado el gato del Newton Beach.

—Con razón nos previno el marinero inglés que nos iba a traer mala suerte —observó mi amigo Stark, con la manga de su blusa chamuscada y apretando fuertemente con la muñeca su mano derecha...

—¡Gato maldito!... —exclamó otro marinero con la huella de las quemaduras en el rostro.

No se supo cómo fué originado el fuego. Aunque la comisión de peritaje lo atribuyó a un corto circuito, culpamos a aquella endiablada bestezuela que nos miraba con ojos de rencor, aún a través de las pupilas apagadas.

El cabo Stark y el marinero fueron trasladados a la enfermería, donde el facultativo de guardia diagnosticó quemaduras de tercer grado y recomendó un injerto.

Yo cumplí con un deber elemental de solidaridad con el amigo de Kiel, que me había abierto las puertas de su casa y de su corazón.

Cuando acudí a la enfermería, dispuesto a someterme a la extracción de piel, encontré a Otto Hartmann que, por su parte, espontáneamente, hacía otro tanto.

La figura del adolescente se me agigantó.

—¡Era todo un hombre!... —exclamó el médico de Villa Brochero, que no había perdido ningún pormenor del relato.

—Mientras todo esto ocurría —siguió diciendo el tripulante del Graf Spee retomando el hilo del relato— intrigaba a la plana mayor la presencia de los cruceros enemigos. El piloto, desde prudente distancia había observado sus características y desorientó a los vigías antes de que dieran la voz de alarma, describiendo verdaderos arabescos en el cielo.

Como no podríamos entablar batalla contra un convoy artillado, por más que confiáramos en la potencia de nuestras bocas de fuego, cambiamos la ruta y nos acercamos más prudencialmente hacia las costas de Sudamérica, a la altura del Brasil, no sin reforzar los servicios de vigilancia en previsión de una sorpresa en forma de torpedo. El peligro, además, se cernía en el firmamento, que ya había comenzado a ser frecuentado por los bombarderos norteamericanos.

No podíamos permanecer mucho tiempo sin capturar una nueva presa siquiera para romper la monotonía de las guardias permanentes y los adiestramientos de combate, pues al cabo de dos días se observó en el horizonte una columna de humo, que cada vez fué cobrando mayor altura y espesor. La dirección del viento señalaba su rumbo. Iba en dirección a las costas africanas.

Mientras se formulaban esas conjeturas, el vigía insistía dando la voz de alarma:

—¡Barco a la vista!...

—¿Qué sucedía? ¿Por qué no funcionaba la campana eléctrica? Luego se supo que había ocurrido un desperfecto en la instalación porque la advertencia se hizo por estridentes silbatos. Simultáneamente se oyó la voz de uno de los oficiales:

—¡A ver los electricistas!... ¿Qué pasa con la campana de alarma?

Esta vez era la ardillita que había quedado aprisionada entre los cables eléctricos y había cortado un cable tratando de desenredarse. El desperfecto se reparó y el animalucho corrió como una exhalación hasta el camarote de las cantantes hispanas...

—Las mujeres clamaron. Se apagó la furia del oficial y se conmutó la pena de muerte de la traviesa ardilla con un encierro riguroso.

—Con todos estos incidentes —observó el jefe de correos y

telégrafos— matizaban los penosos trabajos de a bordo...

—Así fué, pero yo, Otto Hartmann, Stark y el marinero aún sufríamos las consecuencias de la travesura gatuna.

Tras esta interrupción, el tripulante del Graf Spee prosiguió su narración:

—Nuestros motores Diesel funcionaron al máximo. Eran 36.000 caballos de fuerza que condujeron raudamente nuestro acorazado de bolsillo al encuentro de aquella chimenea, despejada ya la incógnita en el sentido de que no se trataba de un barco de guerra. Poco después emergieron los mástiles y apareció nítidamente la silueta del carguero.

Entonces se hizo la severa advertencia de práctica:

—¡Si no deja de telegrafiar haremos fuego!...

Y sin otras explicaciones, para que aquella gente se diera cuenta que no gastábamos bromas, se accionó el cañón de proa y cayó el disparo a escasa distancia. Se trataba de una pieza de caza mayor, de más de 7.000 toneladas de registro bruto, a ojo de buen cubero. Después apareció su nombre con caracteres bien visibles. Era el "Tairoa", un barco de bandera inglesa, cuyo crucero interrumpíamos a poco de soltar amarras en las costas del Brasil.

Como de costumbre, cuando el comandante británico entró en razones, ordenando apagar los fuegos en las calderas, partió nuestro comando de presas y verificó que había sesenta y cinco hombres de tripulación, incluyendo a la oficialidad. El cargamento, destinado al puerto de Londres, era codiciable: nada menos que carne congelada y pavos enfriados, con que la ciudad de las brumas iba a celebrar la próxima Navidad.

Entre los marineros había algunos hindúes, cuyo rostro cobrizo y sus alfombrillas de oraciones ya nos eran familiares, por haber capturado otros prisioneros de esa raza durante los anteriores hundimientos.

—¿Por qué la marina mercante británica embarcaba tripulantes de ese color? —observó alguien.

—Ciertamente no sería por preferencia a la pigmentación. Era sencillamente una cuestión de aritmética: la baratura de la mano de obra —respondió Rudolf Muller.

—Como de costumbre —siguió diciendo— se hizo una prolija revisión a bordo, mientras el jefe de la brigada conferenciaba con el capitán.

En ese instante alguien arrojó sobre la borda una valija de cuero, pero olvidó introducirle un objeto pesado para que fuera al fondo. El movimiento fué advertido por uno de los marineros, cuyo nombre se consignó en la orden del día y que ahora recuerdo. Se llamaba Tiemann. German Tiemann... Sin aguardar instrucciones de sus superiores se arrojó al mar, intuyendo que la maleta contenía la documentación del barco. Pero no pudo mantenerse mucho tiempo a flote, acaso por haber sufrido un calambre y desapareció bajo la superficie de las aguas encrespadas. Hubo a bordo del Tairoa momentos de honda expectación y angustia y cuando el muchacho no dió señales de vida, una de nuestras lanchas a motor recorrió aquel sector del océano palmo a palmo y se rescató la valija que flotaba todavía.

Durante el parlamento con el capitán, éste rechazó el ofrecimiento de alistar las chalupas con víveres y agua potable para que la tripulación ganara a remo la costa, prefiriendo el cautiverio de sus sesenta y cinco hombres.

Como no había mucho tiempo que gastar en palabras, mientras los prisioneros eran embarcados y se hacía otro tanto con parte del cargamento, se introdujo en el compartimento de máquinas una dotación, que abrió todos los grifos y válvulas y perforó algunos sitios sensibles del casco. Por su parte, los dinamiteros también tuvieron mucho que hacer, sembrando de bombas algunas partes neurálgicas del Tairoa.

Después ocurrió lo de siempre. Se encendieron las mechas. Accionó la artillería pesada. Se hicieron algunos disparos como para probar los cañones de cofa y simultáneamente con los estampidos volaron por los aires los mástiles, chimeneas y todo cuanto momentos antes emergía sobre cubierta. El barco se hundió de proa y apareció sobre la superficie de las aguas, durante algunos instantes, la quilla de popa.

Un nuevo pabellón se añadió a nuestro mástil de presas, cuando emprendimos la retirada, mientras se cumplía a bordo el reconocimiento médico de los tripulantes.

—Algunos prisioneros de color que se resistieron, fueron conducidos a la fuerza al compartimento de duchas —terminó diciendo el carpintero de Kiel.

CAPITULO XXII

¡MOTIN A BORDO!...

Eran ya cerca de las doce de la noche. De tarde en tarde llegaban hasta la cocina el rumor de las lloronas y alguno que otro relincho de los caballos, que aguardaban a sus jinetes en el palenque, mientras se consumían las velas en la capilla ardiente. En ese momento llegó el único sargento de la escasa dotación policial de Villa Brochero.

—Con su permiso, comisario.

—¿Qué pasa sargento Maidana?

—En el almacén del portugués hubo una muerte...

—¿Entre quién fué la cosa?

—El pampa Alarcón y el mataco Sánchez...

—Tendría que ser algún día, con la ojeriza que se tenían.

—El mataco fué el finado...

—Tendría que haberle ganado de mano...

—Lo mató en buena ley, señor comisario.

—Si es así ya se presentará el pampa Alarcón.

—Es que el autor ya está en la comisaría.

—Si la pelea fué en duelo criollo, trátelo bien. Mañana lo remitiremos a Villa Dolores.

Después de esta interrupción, el sargento se retiró y prosiguió su relato el tripulante del Graf Spee.

—Después del hundimiento del Tairoa desaparecimos de aquellas aguas, tratando de eludir a los cruceros enemigos que no habrían de hallarse muy distantes. Ahora nos dirigíamos hacia el sudoeste, mientras nuestros telegrafistas captaban claros mensajes, que procedían de la flota británica.

El encuentro parecía inminente porque se había advertido

la presencia del acorazado de bolsillo y nuestros perseguidores olfateaban las rutas del mar como perros de presa. Por eso, a partir de ese instante quedaron suspendidos los recreos y todos los hombres combatientes permanecieron sobre cubierta.

Mientras tanto avanzaba la estación estival. El sol prodigaba sus rayos ardientes, recalentando la obra muerta y la atmósfera, cada vez más sofocante, se hacía insoportable, sobre todo en los copartimentos interiores. Debajo de la línea de flotación, donde se hallaban hacinados los prisioneros. Ya promediaba la tarde y nos disponíamos a emprender nuevas aventuras cuando se oyeron fuertes gritos, que desencadenaron una música infernal. Vibraron como gigantescos instrumentos de percusión las puertas y los tabiques de madera y como improvisados sonajeros hicieron otro tanto los cacharros.

Aquel ruido enloquecedor, que nos hizo crispar los nervios, haciendo más espesa la canícula, procedía del lado de popa, donde permanecían los prisioneros. En el primer momento se creyó que aquel acto de indisciplina, que ya cobraba proporciones de tumulto, iba a degenerar en motín. Y como nuestra oficialidad no estaba por cierto de buen humor, se ordenó que una brigada de combatientes provista de armas de fogueo, fuera a contenerlos. Luego se supo que se había originado una verdadera batalla campal entre dos bandos de prisioneros, los de raza blanca y los hindúes, que a bordo de nuestro acorazado se sintieron liberados de la autoridad que los hijos de la Rubia Albion pretendían seguir ejerciendo. Fué un verdadero movimiento de emancipación, que comenzó sordamente en la penumbra de aquel compartimento donde los hombres cumplían su cautiverio, mientras a pleno sol la artillería del Graf Spee destruía la leyenda de la invulnerabilidad británica en alta mar.

Los ingleses, tratando de imponer una falsa superioridad de raza, quisieron llevarlos por delante...

—Hasta que los hindúes montaron el picazo —observó el comisario.

—Y tanto fué así —dijo el gaucho rubio— que la emprendieron a puñetazo limpio, puntapiés, arañazos y mordiscos, arrojándose recíprocamente cuanto objeto era susceptible de convertir en proyectil. El centinela de guardia había dado la voz de alarma e impresionado por la batahola, prorrumpió en un estentóreo:

—¡Motín a bordo!...

Los ánimos estaban tan enardecidos, que cuando acudió el piquete, hicieron caso omiso a la descarga con balas de fogueo y hubo que apelar a las mangueras.

El incidente terminó en un remojón, que por cierto les cayó muy bien en aquella atmósfera sofocante y en la separación de los bandos irreconciliables, debiendo habilitarse una cabina de emergencia para el alojamiento de los blancos.

Los médicos y practicantes tuvieron trabajo durante todo ese día.

—Después de aquel incidente —prosiguió diciendo el tripulante del Graf Spee — notamos que nuestro barco no podía desarrollar el máximo de velocidad, a raíz de algunas fallas en los motores originadas por la mala calidad del combustible de reserva, a que habíamos apelado por el intenso consumo de los últimos días.

—¡Vaya a saber dónde diablos carga este petróleo el "Altmark"!...

—De seguir en ese trance, un día van a volar los motores...

—El esfuerzo que se exige a los Diesel es su sentencia de muerte...

Expresiones de esta índole eran frecuentes en el compartimento de máquinas. Pero nuestro barco debía mantener su promedio de velocidad para cumplir su objetivo y poner distancia con la escuadra enemiga que merodeaba aquellos parajes. Por eso, mientras el barco navegaba, debió ser alijerado de todo cuanto se consideraba inútil, amén de las algas adheridas al casco que ofrecían resistencia al desarrollo de la velocidad.

La sobrecarga de prisioneros también comenzó a inquietarnos, por lo que se acordó el alojamiento definitivo en nuestro buque conserva, que no tardaríamos en ver por última vez.

Felizmente en el sitio y en el tiempo convenido se advirtió la presencia del "Altmark", cuya silueta nos era familiar. Su sistema de señales luminosas nos advirtió que no había peligro y en poco tiempo más embarcaciones se pusieron a la par, mientras descendían los botes y se fijaban las amarras de contención. Después ocurrió lo de costumbre, el trasvasamiento de combustible, a través del oleoducto de caucho y el trasbordo de prisioneros. Todo el mundo algo tenía que hacer, pues mientras los motores eran sometidos a una prolija revisación, se repara-

ba el instrumental y la brocha y los estropajos estaban a la orden del día. Fué, en definitiva, un verdadero astillero improvisado. Las cinco muchachas españolas, que habían puesto una nota de color con sus canciones, sus sonrisas y las travesuras de la ardilla, también nos abandonaron. También iban a ser protagonistas de nuevas aventuras porque habrían de tardar mucho tiempo para desembarcar, por fin, en algún puerto neutral.

Antes de dejar nuestra cubierta, los marineros hindúes oraron una vez más arrodillados sobre sus diminutas alfombrillas multicolores, mientras alguien llevaba la voz cantante recitando una plegaria.

Como debíamos permanecer algunos días en el calafateo general de nuestro acorazado, sometido a un nuevo camouflage, cuando se hubieron recogido los botes, el "Altmark" hizo un servicio de rondín vigilando el horizonte. mientras desde el hidroavión se patrullaban las rutas del cielo.

Por aquellos días circuló una versión que nos llenó de regocijo. Se decía que la tripulación iba a ser licenciada y que regresaríamos pronto a la patria. Nadie supo a ciencia cierta de dónde había partido el rumor optimista. Acaso fué el vívido deseo de todos, que dábamos señales de agotamiento físico y cansancio espiritual porque nada se dijo durante la revista de la tarde, por más que la proa enfilaba hacia el norte.

Quizás, antes de despedirse definitivamente de aquellas aguas, el capitán Langsdorff quiso añadir una presa más al haber del Graf Spee, porque poco después se produjo el hundimiento del vapor Streonshal, una embarcación de cerca de 4.000 toneladas de registro bruto, que navegaba hacia Inglaterra, procedente del río de la Plata, con un valioso cargamento de trigo.

Fué a mediodía y próximo a la línea del Ecuador, cuando nos disponíamos a almorzar. Como no funcionaban los ventiladores, la temperatura era sofocante. Teníamos las ropas adheridas a la carne por el sudor y la atmósfera espesa, cargada de vapor de agua. Aquello era un verdadero infierno, pues para colmo andaba mal el sistema de refrigeración y el agua potable casi hervía en las cañerías...

Cuando sonó la campana de alarma, sentimos una sensación de alivio, pues debíamos permanecer sobre cubierta, aún expuestos a la metralla del enemigo. Todo era preferible, a permanecer un minuto más aspirando aquel aire caliente, que penetraba a nuestros pulmones como plomo derretido.

Al advertir nuestra presencia, el barco enemigo, como presa del pánico, emprendió la fuga. Accionaron nuestros potentes motores Diesel y en pocos momentos le dimos alcance. No tenía más remedio que entregarse o perecer y por cierto que no vaciló su comandante. Pero apeló a un recurso extremo, acaso por falta de experiencia en estos ajetreos o, sencillamente, por desesperación, pues lanzó un mensaje al éter anunciando la presencia de corsarios.

El hombre puso el grito en el cielo y comenzó a ver visiones, pues el llamado fué patético:

"¡El Streonshal atacado por un submarino alemán!..."

Entonces caímos en la cuenta que nuestro último camouflage había sido perfecto, a punto de ser confundidos con un sumergible.

Para colmo, el telegrafista había perifoneado nuestra posición. Como no había tiempo que perder el cañón de popa hizo un certero disparo, arrancándole de cuajo una de las chimeneas.

Felizmente el proyectil no causó víctimas. De haber fallado la puntería, hubiera quedado el tendal de tripulantes heridos y nuestra intención era no derramar sangre inútilmente...

Como ya habíamos acumulado mucha experiencia en nuestro oficio de corsarios, la maniobra se cumplió en tiempo récord. El parlamento con el capitán fué muy breve. Entregó la documentación y dejó a nuestro arbitrio la suerte de los tripulantes. Como nos hallábamos a muchas millas de la costa americana, aunque se trataba de gente enemiga, el capitán Langsdorff tuvo un gesto de solidaridad humana, cuando se le consultó si se les dejaba librados a sus propios medios en los botes salvavidas.

Y otra vez nuestro compartimento de popa debió almacenar otro contingente de marineros ingleses. Eran treinta y dos hombres, curtidos por la intemperie del trópico, que les había tostado la piel. Aunque eran ingleses parecían hindúes por la pigmentación del sol...

La faena del hundimiento fué rápida. Apenas bastaron un par de torpedos debajo de la línea de flotación y una granizada de artillería liviana, desde la cofa de proa. No valía la pe-

na accionar el complicado mecanismo de los cañones de largo alcance, que habíamos utilizado en otras oportunidades.

—¡Buen trabajo! —exclamó el capitán cuando el casco, como si hubiera sido seccionado por una gigantesca guadaña, se partió en dos y desapareció bajo la superficie de la pampa líquida.

CAPITULO XXIII

LA BATALLA ES INMINENTE

A esta altura del relato comenzaba a aclarar en el patio de la finca de don Venancio Jaramillo, cuyo cuerpo inanimado yacía en la habitación contigua a la cocina.

La ansiedad por conocer los pormenores de la extraordinaria aventura del acorazado de bolsillo, nos había ahuyentado las ráfagas de sueño, de manera que no denotábamos señales de cansancio.

—Dentro de una hora debo tomar servicio —dijo el guardahilos, abandonando su prolongada posición en la silla de paja. Después agregó:

—Para estirar las piernas voy a cebar otra rueda de mates.

La idea fué acogida con entusiasmo. El hombre no quería perder detalles de aquella odisea, de la que había sido actor y testigo el pretendiente de su hija, como si a través de ella se desprendieran algunos rasgos de su carácter.

Con gesto democrático, el jefe de la oficina de correos y telégrafos colaboró en la tarea, como si hubiera acortado distancia el interés común en conocer lo que ocurrió a bordo del Graf Spee después del último hundimiento.

—Después del episodio del Streonshal —prosiguió diciendo Rudolf Múller —nuestra nave cambió de rumbo. Enfilamos hacia el sur, alejándonos de la zona tórrida con el consiguiente regocijo de los hombres, que ya no soportaban más los efectos del sol abrasador.

Nuestro propósito era internarnos en el Atlántico sur y recorrer las inmediaciones de las islas Malvinas, que histórica y

jurídicamente pertenecen a este país y que detentan los ingleses por acto de piratería.

Todos estuvimos conformes con esa apreciación del narrador que, ahondándose en los recuerdos ,trataba de reconstruir el itinerario de su barco que un día partió con rumbo desconocido y sigilosamente del puerto de Kiel.

—A partir del cambio de rumbo — agregó — se alejó toda esperanza de retornar a la patria, pues se extremaron los servicios de vigilancia y una vez más, que también fué la última, hizo un vuelo de reconocimiento.

Fué a la altura de San Pablo, muchas millas adentro. El avión trató de ganar altura, pero fué en vano. En esa situación permaneció haciendo desesperados esfuerzos, y semejando un enorme pájaro herido. No hubo más remedio que retornar y la maniobra del descenso se hizo con dificultades. Los técnicos opinaron que el aparato en adelante no nos serviría nada más que de estorbo. El capitán debió haber vacilado entre desmontarlo o echarlo al agua, pero prefirió que permaneciera a bordo aguardando instrucciones del comando terrestre.

Por su parte, los equipos de recepción funcionaban con intermitencias, de tal manera que el viaje se hizo a puro rumbo consultando la rosa de los vientos, la aguja de marear y la carta geográfica.

—Como baqueano en una encrucijada... — observó alguien.

—Poco más o menos. Como no podíamos confiar mucho en las vibraciones inalámbricas, todo el mundo se convirtió automáticamente en vigía, alargando la mirada en aquel monótono horizonte circular, apenas interrumpido por los rebaños de nubes o el vuelo fugaz de algún albatros.

Una especie de sexto sentido nos dominaba, intuyendo sombras o el eco de motores en el campo visual, hasta que uno de los vigías improvisados, durante un amanecer neblinoso, rompió el isócrono trepidar de los Diesel con una vibrante exclamación:

—¡Barco a la vista!, señalando con el índice un punto imaginario en el poniente.

Pudo haber sido una alucinación, porque el presunto mástil no apareció en el campo visual de los más potentes prismáticos. Era natural que en ese estado de ánimo colectivo, se poblaran de extrañas imágenes la retina de los vigías.

La ansiedad se prolongó por cerca de una hora y ya nos encontrábamos a la altura de la desembocadura del río de la Plata, cuando se captó nítidamente un mensaje radial. ¿Era una unidad de la armada británica, un carguero enemigo o simplemente un barco neutral?

El enigma se aclaró recién a la madrugada siguiente, cuando la mayoría de la tripulación descansaba tranquilamente en sus coys, reponiendo las energías gastadas en la víspera. sin intuir que le estaba deparada una jornada de intensa actividad.

Cuando sonó la campana de alarma, como accionados por un resorte — tanto se habían identificado nuestros nervios con aquella señal — que nos arrojamos desde las hamacas y nos disponíamos a una de las consabidas maniobras originadas por la presencia de cargueros británicos.

—Pero la faena fué muy distinta, por cierto, añadió Rudolf Müller, cuyo rostro se iluminó como, si de de pronto, acudieran en tropel escenas de angustia, de espanto o de terror.

Hans Gutenberg aquella noche no durmió. Como quien se dispone a armar un rompecabezas, se animó de paciencia y más confiando en su instinto que en sus conocimientos empezó a mover cables, palancas, resortes y todo aquel complejo engranaje de piezas metálicas que integraban uno de los equipos receptores secuestrados al enemigo, hasta que dió en la tecla, como si un genio invisible guiara el instrumental entre sus manos.

Al principio fué un zumbido. Después percibió claramente la trasmisión de un mensaje ininteligible. Podría ser un simple radiograma o una trasmisión de aficionados, pero tuvo un extraño impulso y como una exhalación fué al camarote de uno de los oficiales expertos en clave. Lo llamó por su nombre, pero el feliz durmiente no despertaba. Entonces no tuvo más remedio que zamarrearlo...

—¿Qué pasa? — preguntó con sorpresa y de mal humor.

Y le entregó un papel con la transcripción de aquel enjambre de letras misteriosas.

Poco después todo quedaba en claro: el mensaje procedía de un barco de guerra, que no podía andar muy lejos...

A todo esto nosotros dormíamos plácidamente, acunados por el vaivén de las hamacas...

Por eso sonó la campana de alarma, en aquella hora incier-

ta, en que se borran los últimos vestigios de la noche, mientras el sol comienza a aparecer por el Oriente.

Aún teníamos los ojos cargados de sueño, pero también una alta noción del deber y la disciplina. Por eso una vez más, como si se tratara de uno de los tantos ejercicios de adiestramiento a que éramos sometidos, para mantener el ánimo predispuesto, acudimos presurosos a la formación sobre cubierta. Allí la actividad era inusitada. Los oficiales andaban de un lado a otro como accionados por corriente eléctrica, impartiendo órdenes a diestra y siniestra. Sin embargo, nada fué dado observar en el horizonte, aún cubierto por la niebla que comenzaba a levantarse perezosamente.

En la cofa de combate se hallaba el capitán dando instrucciones a los artilleros.

—¿Qué ocurre? — nos preguntamos a soto voce los marineros rasos, pues no era frecuente que el jefe de la nave fuera observado en esa posición. Después observamos que el señor Langsdorff con sus potentes prismáticos observaba el cielo y el horizonte, ordenando por teléfono el cambio de rumbo a la cabina del timonel.

—¿Ibamos al encuentro del enemigo o tratábamos de poner distancia? Nos formulábamos esas preguntas cuando trascendió la noticia de haber sido avistado un convoy.

—No se había, pues, equivocado el telegrafista que captó el mensaje... — observó el señor Pérez.

—Sí. Era una formación de no menos tres barcos.

—Buena presa, insinuó alguien.

—¿De qué barcos se trata? — inquirió el capitán al más experto de los espías, que se había encaramado hasta el más alto trinquete del palo mayor.

—Sólo alcanzo a percibir un crucero...

Como no había tiempo que perder, no vaciló el señor Langsdorff.

—¡Zafarrancho de combate! ¡Listos los artilleros para entrar en acción! —gritó a través del megáfono.

La orden vibró en todos los ámbitos del barco y fué repetida por los oficiales, con tono imperativo.

—¡Zafarrancho de combate!... ¡Todo el mundo a sus puestos!...

—¿Ibamos a pelear contra un enemigo invisible? ¿O sencillamente estábamos todos locos?

Me hice esas preguntas porque el horizonte permanecía tan impenetrable como antes, a pesar de que el sol ya iba ascendiendo en una inclinación de veinticinco grados.

La mañana se presentaba tibia y el viento apenas soplaba, diluyendo las cortinas de niebla, que se deshacía en finísimo rocío. Recién entonces fué dado advertir la presencia de varios mástiles.

Pero, ¿cómo era posible concebir que, a simple vista, se supiera que se trataba de naves artilladas, de una por lo menos, según la afirmación del vigía?

El combate no podía eludirse y, en el mejor de los casos, aunque fueran más potentes nuestras bocas de fuego, no podríamos acallar todos los cañones enemigos. Y si en vez de uno, ¿fueran dos o tres los cruceros? Entonces se exigiría al Graf Spee el máximo de su poder combativo y un esfuerzo extraordinario a la tripulación, que aún no había recibido su bautismo de sangre.

En tanto todas estas conjeturas nos formulábamos, el sol iba avanzando en su eterna trayectoria semicircular y en la lejanía oriental se perfiló la silueta de tres barcos. Ahora podrían decir los vigías cuántas eran las naves artilladas...

—Son un crucero y dos mercantes — anunció el hombre que todavía permanecía encaramado en lo alto del palo mayor.

—Menos mal... — se me ocurrió pensar.

Pero el capitán parecía no estar del todo conforme, porque no se limitó a dar las órdenes de práctica para entrar en acción, si no que, como motorizado por varios cerebros, impartió instrucciones simultáneas a la dotación sanitaria, al gabinete de máquinas, al timonel y a los telegrafistas.

Confieso que me impresionó la presencia de los camilleros con la cruz roja estampada en la blusa y los recipientes conteniendo yodo, algodón y alcohol para las curas de emergencia sobre cubierta.

La cosa se estaba poniendo seria porque ya comenzaban a girar las plataformas de las piezas de artillería de largo alcance, como enormes tentáculos de acero, en tanto los torpedistas clavaban lo ojos en los puntos de mira calculando la posible trayectoria de los proyectiles.

Yo había sido destinado al transporte de granadas de emer-

gencia y de tarde en tarde levantaba la cabeza, ansioso de localizar a mis amigos, y observar los movimientos de la flotilla inglesa, que tan pronto aparecía como se ocultaba en el horizonte. En ese momento apareció el cabo Federico Stark, que había sido destinado como correo de órdenes y portaba un mensaje del estado mayor para el jefe de la brigada de torpedistas. Yo no había advertido su proximidad porque en ese momento me hallaba agachado, tratando de levantar una caja de carga explosiva.

—¡Buena suerte, Múller!...

Era su voz inconfundible, que cobraba un tono más fraternal que nunca. Cuando reparé en su presencia, simultáneamente acudió a mis recuerdos el muchacho de Kiel, y la imagen de su madre, que se quejaba del servicio militar.

Me había distraído y como un latigazo me hizo reaccionar la voz de uno de los suboficiales de servicio:

—¿Está cazando moscas o es que le tiene miedo a las granadas?

Y proseguí la faena con la convicción de que se acercaba la hora defintiva. Por fin íbamos a probar nuestras fuerzas en una acción de envergadura, en un verdadero combate naval, que tal era el destino de nuestra fortaleza flotante, bautizada con el nombre de un glorioso almirante de la guerra del 14...

CAPITULO XXIV

PSICOSIS DE GUERRA

Don Taciturno Fuentes, el padre de la muchacha enamorada del tripulante del Graf Spee, fué requerido por sus obligaciones y abandonó la tibia cocina, ya inundada por la luz del nuevo día.

Otro tanto hizo el juez de paz, quien prometió regresar a la finca del viejo Venancio Jaramillo, a la hora del sepelio.

—Es nuestro deber —dijo— acompañarlo hasta su última morada...

Aunque el relato había llegado a su punto culminante, confieso que hubiera deseado quedarme solo con mi amigo Múller, para saber qué había conversado con el guarda-hilos. Pero el comisario, el médico y el señor Pérez prefirieron no abandonar la casa, hasta la hora de partir el cortejo. Por otra parte, se mostraron impacientes por conocer los pormenores del combate naval. Era una de esas típicas mañanas del inverno serrano, de sol tibio y acariciador y atmósfera transparente.

Con el canto del gallo se habían levantado los vecinos madrugadores, que afluían a la casa del viejo conquistador del desierto. Algunos de ellos, los más familiares del finado, hicieron irrupción en la cocina. Entonces el comisario exprimió su caletre y extrajo una idea, que nos pareció luminosa:

—Mientras llegue la hora del entierro podríamos ir hasta la comisaría.

Allí estaríamos seguros de que nadie nos iba a interrumpir. Por eso acogimos con entusiasmo la iniciativa y poco después nos instalamos en el modesto recinto policial, una vieja casona

de adobes que había sido posta del camino real, durante la época de la colonia.

El único oficial estaba redactando el sumario de la muerte del mataco Sánchez, y cuando apareció su superior le exhibió algunas carillas.

—Déjelo para la tarde, amigo... Y que nadie nos interrumpa hasta la hora del sepelio. ¡Ah!... y dígale al agente de guardia que caliente café y traiga algunas galletas.

El hombre estaba en todo y nos agasajaba a su manera con un tonificante desayuno.

Apenas nos instalamos rodeando una antigua mesa escritorio, manchada de tinta y con negras huellas de cigarrillos, el comisario echó una mirada a Rudolf Múller y le exhortó:

—Ahora largue el rollo, amigo...

—El comandante en todo momento estuvo a la altura de su rango y de sus antecedentes de lobo de mar, porque obró sin precipitaciones, pero también con rapidez, de tal manera que no fué omitido ningún detalle en el apresto de la acción que parecía inminente.

—El enemigo, pues — prosiguió diciendo — no nos podía tomar desprevenidos.

—Como quien dijera sin perros — observó el comisario.

Rudolf Múller pasó por alto la interrupción y añadió:

—Eramos mil corazones de acero, templados en un adiestramiento intensivo y ansiosos de probar su coraje, su abnegación y sus conocimientos militares en aras de la causa del pueblo alemán. Porque íbamos a pelear por la patria...

El capitán Langsdorff no olvidó el factor psicológico y a través de los altoparlantes, mientras daba las últimas instrucciones, dirigió a la tropa de marinería una enfática arenga.

—Marineros, camaradas y amigos — dijo poco más o menos —; ha llegado la hora que tanto ansiábamos cada uno de nosotros... La de proclamar al mundo el valor moral, el espíritu de disciplina y el empuje del soldado alemán. El éxito de la acción depende de vosotros, de vuestra lealtad al Führer y vuestro amor a la patria.

Sin embargo, aún no habíamos entrado en contacto con el enemigo y las tres naves apenas perfilaban su silueta en el horizonte de aquella tibia mañana de diciembre.

De pronto la voz de uno de los vigías llamó la atención, rompiendo el silencio que sucedió a los últimos hurras y vítores que subrayaron las palabras del capitán:

—Un crucero y dos mercantes.

La cosa pintaba mejor, porque era fácil dar cuenta del buque artillado, anulando su línea de combate con la potencia de nuestros cañones. Lo demás, sería lo de menos... El abordaje de los cargueros y su posterior hundimiento.

Hubo una sensación de alivio, que no perduró mucho tiempo, porque otro de los hombres que escudriñaban el horizonte, anunció con voz más convincente:

—Dos barcos de guerra y un mercante.

El panorama cambiaba de aspecto, porque no era tarea muy lisonjera pelear con dos naves artilladas al mismo tiempo.

Si al menos dispusiéramos de nuestro hidroavión... Pero el pájaro mecánico había quedado reducido a un montón de escombros. Por otra parte, era absurdo pensar en que el Altmark pudiera acudir a nuestro encuentro. A esas horas navegaba rumbo al viejo continente, portando su carga de prisioneros...

De pronto resonó de nuevo la campana de alarma, pero todos los combatientes estaban en su sitio, cumpliendo este o aquel menester junto a las bocas de fuego o en los servicios auxiliares. Ya se sabía la verdad. Eran tres cruceros de guerra, uno pesado y dos ligeros.

No había, pues, disyuntiva. La lucha se iba a entablar de un momento a otro. A no ser que, repentinamente, se ordenara rectificar el rumbo y se exigiera a los motores el máximo de fuerza para eludir a la flotilla...

Pero esa actitud estaba reñida con el decoro y las tradiciones de la escuadra germana y aún hubiera originado una verdadera desilusión entre aquellos mil corazones que palpitaban de emoción patriótica y de ansiedad, aunque en ello se ganara la vida, que no era poco...

El capitán echó una mirada en torno del barco, como calculando su acometividad y resistencia. El tenía fe en aquella fortaleza flotante, que era un alarde de la ingeniería naval alemana, con sus 10.000 toneladas de registro, la punta afilada de sus cañones como un erizo de acero y la resistencia de los reductos blindados. Además contaba con mil combatientes, fervorosos y disciplinados, que le respetaban y querían como a un auténtico jefe, camarada y amigo. Por eso el comandante Hans Langs-

dorff aceptó el desafío de las unidades blindadas británicas. Instantes más tarde se hizo un prolongado toque de atención. Ahora era el clarín que anunciaba la batalla inminente. Y volvió a hablar el capitán para que todos los tripulantes, oficiales y marineros, se dieran cuenta exacta de la situación:

—Tenemos en frente —dijo— a tres modernas naves de guerra enemigas: el acorazado Exeter y los cruceros Ajax y Achilles. Celosos de nuestro honor y las nobles tradiciones de la armada alemana, no vamos a rehuir el combate. El Graf Spee confía en su potencia de fuego y en el espíritu guerrero de sus hombres. Vuestro capitán sabe que cada uno de vosotros sabrá cumplir con su deber para gloria del Führer y de la patria...

—¡Heil Hitler!...

Tal fué nuestra respuesta a coro, extendiendo simultáneamente el brazo, en estática posición militar.

Llegaba, así, a su término la psicosis bélica que a todos nos embargaba, contagiados tanto por las conmovedoras palabras del capitán, que había hecho vibrar las más recónditas fibras de nuestra sensibilidad de soldados, como por la prolongada angustia de más de un centenar de días de navegación, esquivando los constantes peligros que acechaban las rutas del mar.

Había llegado el instante tantas veces temido y yo mismo me sorprendí por mi propia serenidad, a punto de que poco quedaba de mi individualidad, hasta convertirme en un autómata, como esos robots mecánicos, que tantas veces había admirado en las ilustraciones de los magazines, con la diferencia de que tenía una alma y un corazón, que ya no me respondían. Ahora mi campo emocional pertenecía a la patria, representada en aquel casco de acero y en la impotente figura del capitán...

A aquella extraña sensación de tranquilidad, sucedió un silencio interior, que apenas me permitía percibir las pulsaciones y una suave respiración acompasada. Por un momento tuve una rara visión. Parecíame que poco a poco mis carnes se iban convirtiendo en piezas de acero y que no tardaría en transformarme en un robot. Pero reaccioné de pronto, como sacudido por un fuerte y prolongado silbato. Era uno de los suboficiales de mi brigada, que nos dió la orden de transportar más cajas de granadas de emergencia. Había vuelto a la realidad. Sentía palpitar con más fuerza mi corazón y noté que la respiración era más violenta y hasta fatigosa. Una ráfaga de calor me quemaba dentro del pecho. Era el primer síntoma del enardecimiento, que más tarde dominó a todos los tripulantes del acorazado de bolsillo.

¿Era esto lo que se ha dado en llamar el coraje, el valor moral? ¿O, acaso simplemente un trauma psíquico, producto de la larga tensión nerviosa, que hacía crisis frente a los tres cruceros enemigos, como otros tantos monstruos de acero que nos mostraban los dientes y las garras afiladas?

CAPITULO XXV

EL GRAF SPEE CONFIA EN SU POTENCIA DE FUEGO

El Exeter — siguió diciendo Rudolf Múller — era un acorazado pesado de 8.390 toneladas, provisto de 6 tubos lanzatorpedos y 26 cañones de 4, 4.7, 10.2 y 20.3 centímetros.

En cuanto al Ajax y el Achilles, de 6.895 y 7.030 toneladas, eran gemelos por su potencia de ataque, representada en cada uno por 8 tubos lanzatorpedos y 20 cañones.

En cuanto al Graf Spee disponía de 8 tubos lanzatorpedos y en total 28 bocas de fuego.

Debíamos, pues, enfrentarnos con un enemigo superior, con la ventaja de que eran tres unidades móviles, que podían estar en constante movimiento, esquivando nuestras andanadas de proyectiles y accionar desde tres ángulos distintos.

No debió haber escapado esta alternativa a los planes del capitán Hans Langsdorff pues, de otra manera, no se explicaría que nos condujera a un combate tan desigual.

La verdad es que, de momento, nadie hizo estos cálculos, a no ser la plana mayor de nuestro acorazado, que expuso sus puntos de vista al capitán.

Aquel año de 1939 se hallaba próximo a finalizar. El encuentro con el convoy artillado británico tuvo efecto el 13 de diciembre, al amanecer, y cuando el señor Langsdorff hizo la última exhortación a la tropa mi reloj pulsera marcaba las 6 de la mañana.

A la sazón navegábamos a 240 millas al este del cabo Santa María cuando desde el "Ajax", barco insignia de la escuadrilla, se nos hizo la primera señal de advertencia. Era un mensaje lacónico, pero contundente:

—¿What Ship? (¿qué barco es?) —preguntaba el telegrafista...

La respuesta no se hizo esperar, porque nuestro comandante mandó izar la bandera de guerra del Reich con sus franjas negras, blanca y roja, al tope del mástil.

El momento fué de honda emoción y de entusiasmo indescriptible, como si en los vítores y hurras aflojáramos las tensas cuerdas de nuestro mundo interior.

Mientras tanto, nuestros jefes y oficiales no habían perdido el tiempo. Estaban ya cargados los cañones y ajustada la dirección de tiro de todas nuestras piezas y las municiones no habrían de escasear, pues se habían acumulado cajas de todos los calibres, a través de un incesante subir y bajar de los ascensores y aún en los depósitos quedaban toneladas de cartuchos y granadas.

Habían transcurrido exactamente dieciocho minutos de angustia y ansiedad, desde el momento en que inconscientemente tomé la hora de mi reloj, cuando el comandante dió la orden de abrir el fuego, casi simultáneamente con el izamiento de nuestro pabellón. En primer término entró en acción la artillería pesada.

—¡Fuego a discreción!...

Era la voz del capitán que resonó como una clarinada, mientras desde la punta de los cañones, que ya habían calculado la velocidad y la distancia del blanco móvil, advertí sendas columnas de humo espeso. Eran las nubes de pólvora, precursoras del estampido.

El momento fué de honda y angustiosa expectativa.

—Uno, dos, tres... cinco segundos y el primer proyectil, lanzado desde una de las torres de proa, hizo explosión arrancando el tercio superior de la chimenea del "Exeter".

La batalla se había iniciado, a una distancia aproximada de diez millas marinas, y no tardarían en entrar en acción el resto de las piezas colocadas en posición de combate.

—¡Maldición!... Apenas si les hicimos cosquillas, dijo el oficial rectificando la puntería. Y sonaron nuevos disparos de artillería pesada, que trataban de dar en aquellos tres blancos zigzagueantes. La reacción del enemigo fué casi instantánea, pues el "Exeter" respondió desde las dos torres de proa, con sus

cuatro cañones de 20 centímetros. Uno de los proyectiles hizo volar una de nuestras mangueras de ventilación.

—¡Buen impacto!... —dijo uno de los marineros veteranos, que no parecía muy amedrentado por la puntería de los ingleses.

—Con fortuna para nosotros —añadió otro de los lobos de mar, que al parecer no tomaban las cosas muy en serio...

El Exeter hizo un rápido viraje y se puso de popa, lanzando una nueva andanada, pero esta vez las balas cayeron al agua, a escasa distancia de estribor.

Las cosas pintaban bien, pues, por nuestra parte, habíamos hecho añicos un reflector, sin ocasionar víctimas, visiblemente, pues a esa distancia, sólo con el uso de largavistas, podría verificarse el efecto de los impactos. Pero la distancia se acortaba y pocos minutos más tarde ya era posible advertir la silueta, que andaban de un lado a otro como accionados por resortes.

También ellos, como nosotros, eran robots humanos, cuyos movimientos se regían por la voluntad inexorable del comando...

Un par de minutos después de aquel cambio de disparos sin mayores consecuencias, entraron en acción el Achilles y el Ajax, que se habían situado dentro del campo visual de nuestros artilleros. Lo hicieron con sendos torpedos, uno de los cuales hizo saltar parte de la cornamusa, muy próximo al sitio donde yo me encontraba. Casi simultáneamente cayó uno de nuestros hombres. Pero no se trataba más que de una herida, a la altura del omóplato. Una esquirla se le incrustó como una saeta y lo arrojó al suelo. Tenía la blusa tinta en sangre y se retorcía de dolor.

—¡Un herido cerca del estay de foque!... —gritó otro hombre, llamando la atención de los camilleros.

Instantes más tarde hicieron su presencia dos vigorosos marineros afectados a aquel servicio, que situaron al herido dentro de las angarillas, en realidad dos tirantes que sujetaban un trozo de lona...

Era nuestra primera baja y no debía ser la última porque el fuego se generalizaba, por parte de la flotilla británica, situada en un semicírculo.

Pero el Graf Spee no permanecía inactivo, redoblando sus cargas explosivas contra aquellos tres verdaderos perros de presa, que guardaban prudente distancia entre sí para dispersar

la atención de nuestros artilleros. Entonces se oyó claramente, a través del megnáfono, la voz del capitán Hans Lagsdorff:

—¡Atención la cofa de proa!... Hay que inutilizar la segunda torre del Exeter.

La orden fué cumplida al instante. Transcurrieron varios segundos y una certera granada de 28 centímetros, se estrelló contra aquel bastión. Las esquirlas volaron sobre el puente y dejaron fuera de combate al tendal de víctimas.

—¡Buena puntería!... —dijo el oficial de aquel afortunado pelotón de tiradores.

Pero no tardamos en recibir la réplica de aquel impacto, en forma de torpedo que obturó parte del casco, casi a ras de cubierta, arrastrando consigo a cerca de una docena de los nuestros Algunos fueron a estrellarse contra los reductos blindados y otros volaron por los aires como muñecos de madera.

—¡Maldición!... —vociferó uno de los oficiales.

—Estos endemoniados ingleses nos van a acribillar... —agregó otro, mientras aparecían los camilleros cargando con los cuerpos que daban señales de vida.

Fué esa la primera vez que ví miembros amputados por la acción del fuego enemigo. Un trozo de pierna y un brazo con el puño crispado rodaron sobre cubierta y se detuvieron junto a una de las escotillas por el plano inclinado que presentaba el vaivén del barco.

Confieso que esa sangrienta visión me horrorizó y que al cabo de algunos minutos me fuí familiarizando con el espectáculo.

Nuestro capitán, que de pronto aparecía en el puente de mando, como junto al timonel o simplemente recorriendo las baterías instaladas sobre cubierta, nos levantaba el ánimo con su presencia. Otro tanto hacían los oficiales enardeciendo a la tropa con sus exclamaciones:

—¡No quedará así este ultraje!...

—¡Por cada granada enemiga, responderemos con diez!

—¡El Graf Spee es invencible!...

—¡Un instante más y daremos cuenta de su osadía a los ingleses!...

—¡Adelante, muchachos!... Hay que mantener alto el espíritu de la disciplina.

—Les vamos a enseñar a estos perros quiénes son los marineros del Reich...

Nuestra artillería liviana, que a cada momento debía rectificar su campo visual, en razón de los bruscos movimientos de aquellas unidades escurridizas, se concretó a los cruceros ligeros, mientras los cañones de grueso calibre hacían puntería sobre el Exeter .De esa manera se puso cierto orden en el ataque, que al principio fué a discreción. Y se observó que la técnica había dado sus frutos.

—Dentro de poco vamos a poner fuera de combate a uno de esos botes... —dijo despectivamente el teniente de navío que comandaba mi grupo.

—No pueden resistir tanto tiempo nuestra potencia de fuego —añadió uno de los ayudantes con grado de alférez.

Pero las tres naves se mantenían a flote, arreciando el contraataque.

Si era dantesco el cuadro de los muertos amontonados en un rincón para que no estorbaran el paso de los camilleros y el rápido desplazamiento de los oficiales, que cumplían servicios de emergencia, el ruido era ensordecedor porque no solamente se trataba de las explosiones de los torpedos y las granadas, sino del zumbido de todos los engranajes eléctricos que accionaban las plataformas, donde se asentaban los cañones, a tal punto de apagar los ayes de dolor y las órdenes impartidas a gritos.

A todo esto había que añadir el olor de la pólvora y las nubes de humo que dificultaban la visibilidad.

Como las granadas pesaban trescientos kilos, se transportaban mediante mecanismos, accionados por motores eléctricos que trepidaban constantemente. Yo estaba afectado a ese servicio y debía vigilar continuamente que no se produjera ninguna falla en los engranajes. ¿Qué hubiera ocurrido en caso de que una granada enemiga hiciera añicos la cinta de acero por donde se deslizaba la carga explosiva? ¿Y si se precipitara el montacargas que traía las granadas y torpedos desde el fondo del barco?

Más de una vez pensé en esa contingencia, mientras arreciaba el fuego del enemigo y giraban nuestras torres, arrojando proyectiles a discreción.

—Pero el Graf Spee —prosiguió diciendo Rudolf Muller—

era un alarde de la ingeniería naval alemana y aunque se exigió el máximo rendimiento a todos los mecanismos, funcionaron con asombrosa regularidad.

En la pelea se ponía a prueba nuestra eficiencia en las artes mecánicas y el tradicional genio científico del pueblo alemán. Pero... ¿hasta cuándo aguantarían aquellas piezas de metal, realmente casi al rojo?

Debía saberlo el capitán Hans Langsdorff, a cuya pericia el alto comando había confiado aquella maravilla técnica con que se ufanaba la marina de guerra alemana.

Todas esas deducciones me hice en la dimensión de un minuto, mientras aquel ruido enloquecedor cobraba proporciones endemoniadas, pero alcancé a oír exclamaciones de entusiasmo, que provenían de la torre más próxima:

—¡Otros dos impactos en la proa del Exeter!...

—¡Ha caído un tendal de marineros ingleses!...

—¡Ahora se nos vienen a la carga los cruceros livianos!... —observó nerviosamente el capitán. Y luego agregó, reponiéndose de aquella momentánea impresión:

—Parece que tratan de cerrarnos el camino... Que no pierdan tiempo los artilleros... ¡Fuego alternativo sobre el Achilles y el Exeter!...

El momento era crucial porque había quedado fuera de combate una de las torres del Exeter, cuya potencia de fuego disminuía sensiblemente.

Con un poco de suerte, acaso, podríamos salir airosos de aquel encuentro desigual. Pero el capitán del crucero pesado se repuso bien pronto de la impresión y nos lanzó dos torpedos, desde una distancia aproximada a seis millas marinas. Una de las granadas cayó a muy escasa distancia de nuestro casco y levantó una columna de agua, que se arrojó con violencia sobre cubierta. Pero el otro impacto cumplió su objetivo y nos arrancó de cuajo la botavara, donde permanecían un suboficial y tres marineros, ajustando los tensores aflojados por el sacudimiento.

El suboficial, como si intuyera el peligro, se arrojó al suelo, pero los soldados rasos fueron alcanzados por el proyectil. Dos de ellos perecieron en forma casi instantánea. Las esquirlas les habían obturado el pecho y cayeron para siempre en medio de un charco de sangre.

En cuanto al tercero... El espectáculo fué sencillamente impresionante... Como si ahora fuera lo recuerdo... Tal fué la impresión de horror, que perduró mucho tiempo en mi retina. El antebrazo voló por los aires y se precipitó al agua... Pero el hombre, un muchacho que no tendría más de veinte años, permanecía de pie, trastabillando. Lanzó un grito desesperado y ciñándose el muñón que manaba sangre a torrentes, trataba de contener en vano la hemorragia...

El suboficial, que tan providencialmente había escapado a la muerte, guiado por un instinto maravilloso, acudió en su auxilio, lo cargó en sus brazos y lo depositó sobre una de las camillas.

CAPITULO XXVI

¡FUEGO A DISCRECION!...

A esta altura de la narración el comisario de Villa Brochero consultó el reloj.

—Todavía tenemos tiempo... —dijo en tono convincente, ansioso por conocer otros pormenores de aquella página de epopeya naval.

—Tenemos un deber que cumplir con el viejo Venancio Jaramillo —insinuó el señor Pérez.

—No tardará mucho en partir el cortejo —agregó el facultativo del pueblo. Pero el comisario solucionó el problema sugiriendo que fuéramos directamente al cementerio.

Como Rudolf Muller no daba señales de fatiga, le exhortamos a proseguir el relato.

—No habían transcurrido más de quince minutos desde que nos identificamos a la flotilla enemiga, izando la bandera de guerra, y ya se habían registrado algunas bajas entre nuestros hombres. Aunque la batalla se inclinaba a nuestro favor en aquella primera etapa, no podíamos permanecer indefinidamente batiéndonos con tres naves artilladas. Por eso se trató de localizar al Altmark mediante llamadas radiotelegráficas, a fin de informarle lo ocurrido y requerir su presencia en aquellas aguas.

La cosa hubiera sido diferente porque nuestro barco de aprovisionamiento contaba con una impresionante dotación de cañones de largo alcance.

En ese sentido fué intensa la labor de la brigada de radiocomunicaciones, que transmitió incesantemente en la frecuencia preestablecida. En ese momento nuestro aliado debía navegar en demanda del Atlántico Norte, rumbo a la patria, pero por más

que exigiera a sus motores, el encuentro en alta mar habría de demorar algunos días.

Costó trabajo establecer contacto con el Altmark, que transmitió en clave su posición. En el momento más culminante de la batalla fué requerida la presencia del capitán para celebrar una conferencia radiotelegráfica cifrada con su colega del buque-cisterna.

Por Hans Gutenberg supe más tarde que el señor Langsdorff hizo un gesto de desaliento...

—No vale la pena que se arriesguen —dijo—. Cuando ustedes lleguen a estas aguas ya todo habrá terminado —agregó.

—¡Buena suerte, Langsdorff!...

El diálogo inalámbrico se sostenía a centenares de millas, mientras bramaban las piezas de artillería tratando de abrir brechas en los cascos de acero.

Uno de los proyectiles enemigos había convertido en astillas dos de nuestros botes salvavidas, originando un incendio que cobraba proporciones alarmantes.

—¡Pronto!... ¡La dotación de bomberos sobre estribor!... —fué la voz imperativa de un alférez que había advertido el peligro.

Los bomberos entraron en acción con una línea de manguera, apagando el fuego, no sin exponerse a la lluvia de metrallas.

A todo esto hizo su presencia el capitán, que ya había finalizado la conferencia radiotelegráfica.

—Atención, los bomberos a cualquier insinuación de fuego.

—Estamos atentos, señor —respondió el jefe de servicio, que había tomado ubicación en una autobomba transportable.

En ese momento hubo una terrible explosión, que penetró en los tímpanos como una andanada de cohetes.

—¿Qué ocurre? —preguntó ansiosamente el capitán, cuyo certero instinto le hizo extender su mirada de águila hacia el palo de mesana, junto al cual se habían apilado las cajas conteniendo cintas de ametralladoras.

Indicó la posición y hacia allá se encaminó presurosamente la autobomba. No se había originado fuego, felizmente, pero en cambio tres de nuestros hombres habían sido acribillados por los proyectiles.

Presurosamente acudió la dotación de sanidad y las víctimas fueron recogidas en las angarillas y transportadas en el ascensor al hospital, donde los médicos y practicantes no daban abasto, tratando de salvar a los heridos más graves. Ya se habían hecho varias amputaciones y hasta una trepanación, en procura de una astilla de acero que perforó la masa encefálica de uno de los caídos.

—Aquí hay poco que hacer —dijo el cirujano mayor cuando sobre las mesas de operaciones se depositaron aquellos tres cuerpos exangües.

Apenas se reparaba en los heridos leves, que aguardaban turno recostados en unos enormes bancos o, sencillamente, sentados en el suelo.

Como la fajina en el hospital y en la sala de primeros auxilios era cada vez más intensa, el director del cuerpo médico tomó el teléfono y a través del conmutador, entabló conversación con el capitán, que fué localizado en una de las torres artilladas.

—Están llegando muchos heridos, capitán...

—No los vamos a arrojar al agua...

—Necesito más enfermeros.

—Arrégleselas como pueda...

Evidentemente, el flemático señor Langsdorff, cuya serenidad era proverbial, tenía los nervios alterados.

La noticia del distanciamiento del Altmark había hecho mella en su espíritu, cuando más se requería su presencia. Pero el hombre no se dejó llevar por la desesperación, pues reaccionó de pronto, ordenando a uno de sus ayudantes que eligiera diez hombres, entre los soldados bisoños, que en los últimos días habían hecho aprendizaje de primeros auxilios.

Lo supe porque yo fuí uno de los señalados.

Poco después nos presentamos en el hospital, situado en uno de los compartimentos de popa, debajo de la línea de flotación, desde donde provenía una atmósfera cargada de olor a desinfectante.

Ni siquiera se nos requirió identificarnos porque no había tiempo que perder. En ese momento me transformé en camillero, porque los hombres afectados a ese servicio automáticamente se convirtieron en ayudantes de cirugía...

Mientras se operaba esta metamorfosis, desde el fondo del

barco la batalla naval daba la impresión de una tormenta eléctrica, a diestra y siniestra...

Instantes más tarde me hallaba de nuevo sobre cubierta con las insignias de la cruz roja en una blusa flamante.

En esos momento la furiosa acometida de los acorazados ligeros se intensificaba. La mayoría de los proyectiles caían al mar, en tanto el resto zumbaba sobre nuestras cabezas, estrellándose contra los reductos blindados.

El Graf Spee comenzó a zigzaguear, tratando de desorientar al enemigo, en tanto los barcos ingleses describían curvas sobre la superficie de las aguas agitadas.

Avanzaba la mañana de aquel estío meridional, ensanchando el campo visual en los cuatro rumbos. El sol estaba ya alto y se agigantaba la sombra de los hombres que accionaban con celeridad sobre cubierta.

Parecía una ironía del destino que en un día tan bello, tibio y luminoso, de atmósfera clara y temperatura acogedora, los hombres provocaran truenos, rayos y espesas nubes de humo como un desafío a la naturaleza que regalaba nuestros ojos.

Mientras el fuego arreciaba, los camilleros permanecíamos atentos a acudir en auxilio de nuevas víctimas.

—No estamos exentos de ser alcanzados por la metralla — me dijo uno de mis nuevos compañeros.

Yo le iba a responder cuando desde una de las altas cofas nuestros oficiales hacían puntería sobre la segunda torre del Exeter y me distraje observando al capitán que consultaba su cronómetro. Pareció contar los segundos e hizo una señal. En ese momento se accionó el disparador y asomó una nube de humo en la punta del cañón, mientras los oficiales clavaban sus ojos en los prismáticos. Instintivamente dirigí la mirada hacia el crucero pesado. Transcurrieron unas segundos más y el proyectil dió en el blanco.

—¡La granada se ha estrellado contra la segunda torre!... —gritó con entusiasmo uno de nuestros oficiales.

Efectivamente, envuelta en una nube de humo y llamas, cayó sobre cubierta aquella plataforma de acero y rodaron sus servidores, convertidos en sangrientos despojos...

—No va a ser menuda la faena de nuestros colegas. Habrá que juntarlos con pala —observó uno de los camilleros.

—Malditos ingleses, que el diablo se los lleve —agregó otro.

¿Cómo era posible que el fanatismo llegara hasta esos extremos de burla despiadada y sangrienta ironía? ¿Era esa una expresión de odio y de fanatismo, o sencillamente la pérdida de la razón y la sensibilidad?

Me hacía estas reflexiones cuando resonó clara y potente, en un fugaz intervalo de silencio, sólo interrumpido por el zumbar de los motores, la voz de nuestro capitán:

—¡Observad el incendio en el entrepuente!... —Y luego agregó:

—¡Ahora el tiro de gracia!... Y ese endemoniado barco irá al fondo del mar...

En ese preciso instante se disparó la segunda granada de 28 centímetros, que produjo otro certero impacto en el centro de la nave, provocando la consiguiente explosión y otra nube de humo.

—¡Ahora sí le ha llegado su hora al Exeter... —exclamó preso de entusiasmo el capitán, mientras el barco comenzaba a dar señales de perder su estabilidad.

—¡Ha quedado fuera de combate!... —agregó, por su parte, uno de los ayudantes.

—No os dejéis guiar por vuestro entusiasmo —respondió el capitán, sin quitar sus ojos del largavista observando la reacción a bordo del Exeter. Y luego agregó:

—Fijáos bien. Ahora se dispone a lanzarnos un torpedo. ¡Pronto! ¡Una granada de profundidad y lo echaremos a pique!...

La orden se cumplió con la celeridad del rayo, pero ya sonaba el impacto del enemigo sobre nuestros casco de acero. Uno de nuestros observadores hizo accionar la campana de alarma.

—¡Maldición!... —vociferó uno de los oficiales del estado mayor. Y agregó con tono colérico:

—¡Se ha abierto un boquete a estribor!...

Uno de los ayudantes del capitán acudió presurosamente a verificar los efectos de aquel último proyectil del crucero británico, mientras el capitán murmuraba:

—Se defiende como un tigre...

—Parece que quiere morir peleando... —observó, por su parte, el comandante de la artillería. Y accionó de nuevo el dis-

parador lanzando otra granada de 300 kilogramos sobre el tambaleante casco de la nave británica.

En ese preciso momento arreció el hostigamiento de los acorazados ligeros y trascendió sobre cubierta una noticia alarmante:

"¡El compartimento B de popa se está inundando!..."

CAPITULO XXVII

LAS PRIMERAS VICTIMAS

—El momento era realmente dramático —prosiguió diciendo nuestro interlocutor— pues si bien habíamos dejado fuera de combate al Exeter, que se movía pesadamente, una avería de proporciones ponía a su vez en peligro a nuestro barco. atacado a derecha e izquierda por el fuego ininterrumpido del Achilles y el Ajax. A no ser por aquel boquete, la suerte de las armas se hubiera inclinado a nuestro favor, pues habíamos inutilizado nada menos que dos torres de artillería pesada...

Con un poco de suerte, el panorama habría cambiado fundamentalmente, pero antes de lanzarse a una aventura llena de riesgos, mientras el agua penetraba a raudales por el boquete abierto, nuestro capitán prefirió una retirada estratégica, para volver de nuevo al ataque con renovados bríos.

Por eso ordenó que se hiciera una densa cortina de humo y se exigió a nuestros siete motores Diesel el máximo de fuerza.

El Graf Spee viró 150 grados hacia babor, poniendo distancia con sus perseguidores, detrás de aquellas espesas nubes artificiales. Nadie se movió sobre cubierta, pues se ordenó que todo el mundo mantuviera sus posiciones de combate, mientras era requerida la presencia del capitán en el compartimento inundado.

Yo observé mi reloj en ese momento. Eran las 6 horas y 38 minutos. Por un instante se ocultó el sol, como si de pronto hubiera ocurrido un eclipse en pleno día. Tal fué el efecto de las descargas de bombas que levantaron la densa cortina de humo. Pero esa sensación fué fugaz. Poco a poco la atmósfera se

fué aclarando, mientras el acorazado de bolsillo encaminábase hacia el Oeste.

La costa de América estaba a poco más de doscientos millas. La maniobra era audaz, pero nosotros confiábamos en la pericia y genio militar de aquel verdadero lobo de mar que era nuestro jefe y amigo, el capitán Langsdorff...

La actividad ahora se había concentrado en el interior del barco donde se trataba de reparar la avería desesperadamente. El golpe de agua había arrollado a dos de los tres hombres que prestaban servicio en el compartimento B. Su muerte fué instantánea, pero el tercero, que se hallaba próximo a la escalerilla, accionó el timbre de alarma. Aquello era una verdadera catarata. El agua caía con una violencia de torrente, arrasando con todo.

En pocos minutos se hicieron presentes los bomberos con sus bombas de achique, tratando de desagotar aquel depósito, convertido ya en un estanque.

La maniobra fué dirigida personalmente por el capitán, hasta que el boquete fué momentáneamente taponado con una gruesa lámina de acero, mientras acudían los mecánicos con sus sopletes.

La acción costó un par de víctimas más. Fueron dos bomberos encaramados sobre una viga de hierro, que se arqueó de improviso precipitándose al agua, que ya alcanzaba a cerca de dos metros de altura. Hubo necesidad de practicarles respiración artificial, pero uno de ellos no dió señales de vida. Se le trasladó a la sala de primeros auxilios, por inspiración de un practicante que recordó la existencia del pulmotor. La aplicación se prolongó por espacio de quince minutos, al cabo de los cuales el marinero comenzó a reaccionar. Mediante aquellos métodos, la ciencia había puesto fuera de peligro a dos hombres, que quedaron internados en la enfermería.

La avería, mientras tanto, había sido reparada. La reparación provisoria impedía que el barco se fuera a pique, pero no podía prolongarse mucho tiempo. Con todo renació la tranquilidad en el comando y una sensación de alivio cundió en todos los rincones de la nave.

Cuando el capitán ascendió a cubierta habían transcurrido alrededor de veinte minutos.

Nos hallábamos a buen recaudo de la artillería de largo alcance y desde los altos puntos de observación se pudo advertir la silueta del Exeter. Había disminuído visiblemente su velocidad, dando la sensación de navegar sin brújula. Tal había sido el efecto de la granizada de proyectiles... Por otra parte, una espesa nube de humo ascendía desde el puente convertido en un montón de escombros. Pero el barco se mantenía a flote, inclinándose de proa con una variante de siete grados.

Era evidente que aquel monstruo de acero que se mantenía pesadamente sobre la superficie líquida, como un enorme cetáceo gris, había sido alcanzado por nuestros proyectiles en los puntos neurálgicos. Aun así seguía disparando su artillería liviana a ciegas, como quien hace fuego en la noche cerrada, pero los proyectiles caían en el agua, a una milla aproximadamente de nuestra nueva posición.

Era indudable que en la única torre utilizable, la de popa, fallaban los instrumentos de precisión y que aquella mole de acero había quedado, definitivamente, fuera de combate.

¿Por qué, entonces, poníamos distancia, como si huyéramos de un fantasma?

Esta pregunta fué formulada durante mucho tiempo por los marineros rasos, que poco sabíamos de la estrategia en alta mar e ignorábamos los planes del capitán Langsdorff y de su estado mayor... Lo cierto es que la batalla se había inclinado a nuestro favor, porque si bien aún debíamos enfrentar a dos enemigos acorazados, su potencia combativa se limitaba, en total, a 56 bocas de fuego contra 36 cañones y lanzatorpedos nuestros.

Bien es cierto que mientras rectificábamos el rumbo, en abierta dirección hacia el Oeste, nuestra artillería no permanecía inactiva, pero la frecuencia del fuego había disminuído, como si tratáramos de reservar municiones para una nueva embestida. ¿Fué ese el plan del capitán Langsdorff?

No lo supimos nunca y aún los estrategas deben estar devanándose los sesos para aclarar el enigma de aquella retirada, máxime cuando la avería, aunque de proporciones, había sido reparada y no significaba un peligro inminente para la estabilidad del Graf Spee.

Cuando el capitán se hallaba de nuevo en el puente de mando, impartiendo rápidas instrucciones a la sala de máquinas y al timonel, desde la cofa de popa, en cuyas inmediaciones se ha-

Yo permanecí un instante más, ansioso por conocer el diagnóstico del facultativo. El cirujano mayor lo examinó rápidamente e hizo un gesto negativo, que corroboraron sus palabras:

—Aquí no hay nada qué hacer...

En ese momento el muchacho recuperó el conocimiento. Abrió los ojos y me estremeció con su mirada suplicante...

—Camarada —dijo— hágale saber a mi madre que mi último recuerdo ha sido para ella...

Y volvió a cerrar los ojos, mientras uno de los practicantes le anestesiaba.

El suboficial de guardia me llamó la atención.

—¡Pronto!... ¡No se entretenga!... Hay que ir a buscar más heridos sobre cubierta.

CAPITULO XXVIII

EL EXETER FUERA DE COMBATE

En ese momento se presentó al modesto despacho del comisario el sargento Maidana anunciando que había partido ya el cortejo, conduciendo los restos mortales de nuestro viejo amigo Venancio Jaramillo hasta su última morada.

El relato quedó interrumpido y en el viejo Ford del señor Pérez nos trasladamos hasta el cementerio.

Todo el pueblo se había volcado en el camposanto de Villa Brochero. La ceremonia fué sencilla. El padre Antonio dijo su responso y yo, Muller, el médico y el comisario, arrojamos puñados de tierra sobre la tumba recién abierta...

De regreso, yo les invité a almorzar, pero sólo aceptó Rudolf Muller, que desde la tarde anterior no había regresado a su rancho.

Por fin me hallaba a solas con el tripulante del Graf Spee y podía conocer los pormenores de su entrevista con el guardahilos durante el velatorio del expedicionario al desierto... La entrevista había sido fugaz, porque don Taciturno Fuentes se limitó a decirle:

—Debo cumplir la última voluntad de mi padrino. Puede usted visitar mi casa como novio de Eleodora.

—Gracias, señor... —se limitó al responder el gaucho rubio. Y luego, como recapacitando, añadió:

—Sabré hacer honor a esta prueba de confianza y a la memoria de don Venancio.

—Asi lo espero.

Y no se dijeron más aquellos hombres, que hasta la víspera se miraban con recelo.

—¡A toda marcha!...

A partir de entonces transcurrieron alrededor de veinte minutos, durante los cuales las tres embarcaciones cesaron el fuego, dándose un respiro como bestias jadeantes y alucinadas que de pronto detuvieran su fantástica correría sobre las dilatadas rutas del océano.

Durante ese lapso, que no fué sino un paréntesis al feroz ladrido de los cañones y el espectáculo desgarrador de la carnicería, creíamos que la batalla había finalizado y que estaba cumplido nuestro objetivo. Por lo menos así lo entendí yo, un simple soldado recién incorporado que bien poco sabía de táctica naval, porque se me ordenó prestar servicios en el hospital principal.

La actividad allí era febril. Apenas me hice presente, me observó el cirujano mayor, como si a través de ese ligero examen somático, acaso porque no había tiempo para un test de conocimientos, estudiara mis aptitudes para colaborar con los médicos. De esa manera me convertí, accidentalmente, en enfermero.

Mis conocimientos de primeros auxilios eran muy precarios y de pronto, como un autómata, que obedecía a instrucciones trasmitidas desde larga distancia, tanto colaboraba ajustando vendas de yeso sobre las fracturas, como aplicando inyecciones de ergotina, aceite alcanforado o anestésicas.

En esos ajetreos un médico me dijo:

—Largue todo eso y vaya a la sección A...

—Sí, señor... ¿Qué debo hacer allí?

—Una aplicación de suero...

—¿Una aplicación de...?

El hombre siguió avanzando con pasos acelerados e impartió nuevas instrucciones. Yo vacilé pero de pronto salí a flote de mi turbación, por el cabo que me arrojó uno de los enfermeros de oficio...

La Sección A era un compartimento de postoperación, integrado por veinte camas. Allí, en la número 17, debía aplicarse suero a una herido grave. Tenía los ojos vendados, pero su mentón prominente, su nariz aguileña y sus labios carnosos me eran familiares... Era mi compañero de Kiel, el más íntimo de mis amigos.

Un sentimiento de congoja y consternación me invadió, a tal punto que no pude articular palabra. Tanto fué así que el enfermero, que ya le había introducido la lanceta del suero en la epidermis de la región pectoral, preguntó si no me sentía bien.

Entonces reaccioné y llamé al herido por su nombre:

—Federico... Federico... Soy yo, Muller... Rudolf Muller...

Pero no me respondió.

El suboficial Federico Stark se hallaba aún bajo los efectos de la anestesia. Una esquirla en la frente, durante el primer duelo de artillería, le había interesado el nervio óptico.

El enfermero me dijo que aún había esperanzas, pues podría recuperar la visión en el ojo izquierdo...

Después de esa escena que tanto me había impresionado, debí cumplir una tarea macabra: arrojar al mar tachos conteniendo piezas anatómicas arrancadas de otros tantos cuerpos de combatientes, que eran mis compatriotas, camaradas y amigos...

—Ahora comprendo su horror por la guerra, amigo Muller —le dije, tratando de alejar de sus recuerdos aquella imagen de espanto.

—Y comprenderá Ud. también mi amor a esta tierra de promisión, que es símbolo de paz, de trabajo y de comprensión entre los hombres.

—Ese es el símbolo de nuestro pueblo, eminentemente pacifista y cristiano.

—Ahora también comprendo que sólo la religión de Cristo habrá de salvar a la humanidad de la hecatombe.

CAPITULO XXIX

EL TIRO DE GRACIA

El tripulante del Graf Spee comenzó a inquietarse por su caballo que desde la víspera permanecía en el palenque de la finca del finado Jaramillo. Y después del almuerzo nos encaminamos hacia allá.

El noble equino lo saludó con un relincho al advertir a una cuadra su presencia.

Sentí nostalgia frente a aquel desolado caserón colonial donde el viejo Jaramillo había refugiado sus últimos años, cuando se hubieron apagado en la pampa virgen los últimos ecos de los malones.

Poco más tarde nos hallábamos en el rancho del gaucho rubio, que en poco tiempo más habría de transformarse en un hogar criollo por la gracia y el encanto de una mujer enamorada. En aquella siesta invernal, luminosa y suave, que distaba por cierto del bochorno veraniego, reanudó mi amigo el vívido relato de la epopeya naval.

—Los minutos —comenzó diciendo —nos parecían siglos, no tanto por el peligro inminente de nuevas andanadas de proyectiles, como por el enorme interrogante acerca de los planes del capitán Langsdorff, pues nuestro barco seguía esquivando al enemigo, a pesar del desastre del "Exeter" y los certeros impactos sobre los acorazados ligeros.

Cuando ya me estaba familiarizando con mi nueva tarea, color de sangre, entonación de grito contenido y acre olor de yodo y cloroformo, varió el curso de nuestro barco, con la consiguiente ansiedad de los pacientes y los hombres afectados al servicio sanitario.

¿Volvía sobre sus pasos el capitán Langsdorff?

¿Se cumplía su presunto plan estratégico e íbamos otra vez a enfrentar al sañudo enemigo, adoptando una posición más adecuada para la eficacia de nuestra línea de ataque?

Como la supuesta retirada había causado cierta sensación de desaliento, el brusco viraje fué recibido con entusiasmo, y a no ser la consigna del estricto silencio que debía ser guardado en aquel recinto de dolor, los médicos, practicantes, enfermeros y aún los soldados heridos, hubieran prorrumpido en hurras acalorados. A tal extremo había llegado nuestro fanatismo bélico inculcado en el pueblo alemán, desde mucho antes de la guerra, mediante la sistemática propaganda que proclamaba nuestra invulnerabilidad, así como la incapacidad técnica y la cobardía de los aliados...

Confieso que si bien me dejé llevar por esa ráfaga de entusiasmo, no sentí nunca el odio y el incontenible deseo de venganza, que alentó hasta último momento a la mayoría de mis compañeros de tripulación.

Coincidiendo con el cambio de rumbo, se oyeron nuevos disparos de artillería. La batalla se había reanudado, pocos minutos después de las siete.

—¿Qué ocurre en este momento sobre cubierta?

Tal era la pregunta que todos nos formulamos, ansiosos por saber en que iba a terminar ese infierno de cañonazos, a diestra y siniestra, que horadaba los tímpanos y hacía estremecer los tabiques de los compartimentos interiores.

¿Acaso no nos quejábamos días antes de la monotonía de aquella búsqueda incesante de mástiles enemigos y señales radioeléctricas?

Allí estaba la respuesta a la contenida ansiedad de más de cien días de navegación y allí, en un rincón de la cubierta, nuestros camilleros aguardando que cayeran nuevas víctimas para transportarlas al hospital...

La verdad no tardó en saberse, nuestros perros de caza, el Achilles y el Ajax, que se habían lanzado furiosamente en la persecución del acorazado de bolsillo, probaban la trayectoria de sus proyectiles para comprobar si nos daban alcance.

La distancia era aproximadamente de diez millas marinas, de manera que las granadas y torpedos ingleses no dieron en

el blanco, con el consiguiente regocijo de los nuestros, que habían recobrado el humor, a raíz de la suspensión del fuego.

Las sonrisas se trocaron poco después en un gesto de fastidio, por que nuestra velocidad disminuía en forma sensible.

La sensibilidad del capitán Langsdorff en este sentido era exquisita, pues localizó la falla en el motor número 2. Con la premura del caso, desde el puente de mando, se comunicó telefónicamente con el jefe de máquinas:

—¿Qué pasa allí?

El ingeniero debió haberle dado una respuesta poco satisfactoria, por que dió su opinión técnica con tono airado:

—¡Revisen el eje de la hélice y la canalización del lubricante!

Y como no podía abandonar su puesto en ese momento decisivo, dió instrucciones terminantes a uno de los oficiales de enlace, que partió como una exhalación.

La noticia del percance se difundió en el hospital.

—Lo único que nos falta ahora... ¡Un desperfecto en los motores!..., observó uno de los maquinistas hospitalizado.

Nuestros perseguidores navegaban con la celeridad de dos tiburones insaciables, desplazándose raudamente sobre las olas encrespadas y cambiaron el rumbo hacia estribor, atentos a todos nuestros movimientos, a fin de desplazar en el momento propicio toda su artillería.

Probaron de nuevo la puntería y se observó que la distancia se achicaba.

Nuestro capitán, que a través de sus prismáticos, no había perdido detalles de aquella temeraria maniobra, ordenó cambiar el rumbo otra vez y lanzar otra tanda de nubes de humo, para borrar el rastro. Evidentemente parecía que la táctica de nuestro jefe era ganar distancia y desorientar al enemigo.

Los hombres que se hallaban a bordo —todo esto lo sé por nuestras conversaciones posteriores en la rada de Montevideo— no tardaron en hacerse cargo de la situación, aclarando definitivamente el panorama, cuando el Graf Spee viró bruscamente hacia babor y se lanzó, de nuevo, como una saeta, en dirección del Exeter.

—Supongo —objeté— que la intención del capitán era darle el tiro de gracia...

—Así fué por que el acorazado británico aún permanecía flotando y se desplazaba pesadamente, como una ballena har-

tancia del hospital. Algunos hombres trastrabillaron, osciló el tubo de gas neón y rodaron por el suelo los recipientes, frascos y vasos de metal.

—¿Qué es esto? ¿Un maremoto?

—¡El barco se va a pique!...

—Más parece una explosión formidable sobre cubierta, por que no es tan fuerte la detonación de las granadas...

—¡Silencio! ¡En orden y tranquilidad, camaradas!...

Era la voz del oficial de guardia, pronunciada en tono áspero y terminante.

En ese momento apareció en la Sección A. el cirujano mayor, con su delantal tinto en sangre, esgrimiendo aún el bisturí...

El sacudimiento del barco le había hecho desviar la trayectoria del afilado instrumento sobre la carne palpitante de uno de los heridos...

Momentos más tarde se supo qué había ocurrido. Un torpedo del Achilles nos había alcanzado oblicuamente, penetrando sobre cubierta, en el tercio inferior de popa, perforando de canto cuanto hallara en su fantástica trayectoria, hasta estallar en uno de los ángulos del compartimento que antes se había destinado a los prisioneros.

Felizmente aquella bodega estaba vacía. De haber ocurrido la batalla antes de nuestro último encuentro con el Altmark, el torpedo británico hubiera asesinado a mansalva, a sus propios camaradas...

También fué providencial que aquella gigantesca flecha de acero no perforara el casco de nuestra fortaleza flotante, lo que hubiera precipitado su fin, que ya estaba escrito en el determinismo de la historia.

CAPITULO XXX

¡PELEAREMOS HASTA EL FIN!...

—A las 7 y 10 —siguió diciendo mi amigo Rudolf Muller, mientras con la bombilla de plata ajustaba la yerba del mate que se disponía a cebar— llegaba a su punto culminante esta segunda etapa del combate naval.

A raíz del desperfecto de aquel malhadado motor número 2, nuestra potencia de tracción había disminuído en 7.000 caballos de fuerza y cuando más se requería el máximo rendimiento de los Diesel, se observó otra falla. Ahora era el motor número 5 que rateaba, dando muestras de cansancio por el extraordinario esfuerzo que se le exigía.

Si a esto le añadimos la resistencia que ofrecía la capa de algas incrustada en el casco, se comprende que nuestra velocidad disminuyera sensiblemente. Por eso aquellos pumas del mar, que mostraban sus garras aceradas en forma de cañones, acortaron la distancia hasta seis millas marinas, dirigiendo toda su artillería pesada contra nuestro barco que bramaba de rabia por sus bocas de fuego y la áspera garganta de los oficiales y marineros.

—¡No se van a salir con la suya, estos condenados!..., gritaba enronquecido el segundo comandante, que había asumido la conducción de la batalla mientras el capitán Langsdorff daba instrucciones al timonel y trataba de averiguar qué ocurría en el compartimiento de máquinas.

La cortina de humo dificultaba la visibilidad y nuestros enemigos tiraban a discreción, sin acertar.

Otro tanto ocurría por nuestra parte, en aquel duelo a ciegas, que enardecía el ánimo de los combatientes, cuyas voces

y exclamaciones eran apagadas por el ruido infernal de los explosivos. Pero fué tal la tenacidad de los artilleros británicos que, a través de la niebla, desde el Ajax, se nos hizo un disparo certero.

—¡Malditos ingleses!... ¡Esta vez dieron en el blanco!...

Era la voz del segundo comandante, que agregaba:

—Pronto, teniente... ¡Vaya a verificar los efectos de la granada en la torre del cañón de caza!...

El oficial de enlace se dispuso a cumplir la orden, pero ya se conocía la magnitud del daño inferido.

—¡El impacto ha volado parte de la batería de entrepuente, en dirección a proa!...

—¡Ea! Los bomberos, que no pierdan tiempo.

—Ya debieran estar extinguiendo el fuego...

Y junto con la dotación de los marineros afectados al servicio de incendio, desafiando a las llamas que crecían vigorosamente, ya estaban allí los camilleros recogiendo a esa nueva tanda de víctimas.

En ese momento el capitán Langsdorff, que se hallaba en la cabina del timonel, se dirigió presurosamente al puente de mando para hacerse cargo de la situación.

—¡Mientras nuestro barco se mantenga a flote y queden municiones no les daremos cuartel!...

El hombre del timón, mientras tanto, cumplía las instrucciones del capitán, con las manos aferradas a las cabillas de la rueda tratando de rectificar el rumbo, pues esa posición era peligrosa y había que esquivar la violenta acometida.

El Graf Spee reaccionó casi simultáneamente. El capitán, que por un momento había vacilado no acertando qué partido tomar en la emergencia, recobró la serenidad. El barco se había puesto de canto sobre aquellos tenaces y temerarios enemigos y desencadenaba ahora su artillería de grueso calibre, con sistemática intermitencia y precisión.

La réplica fué eficaz porque cayeron sendos impactos en cada uno de los cruceros livianos, provocando a bordo la consiguiente confusión.

—¡No dejéis de hacer fuego!... gritaba crispando las manos aquel veterano lobo de mar, que había recobrado el comando de sus nervios y el dominio del barco.

—Haced puntería en un ángulo de 25 grados. ¡Allí está el

pañol de pólvora!... ¡Y prenderemos fuego a la santabárbara!...

En ese momento, —había transcurrido casi quince minutos desde la reanudación del combate— el Ajax cambiaba de rumbo, virando hacia estribor y los disparos cayeron desviados, en el mar, a escasos metros de su coraza que parecía invulnerable.

Mientras tanto, en el hospital principal se atendía a la última remesa de heridos. Era media docena de marineros novatos que habían sido alcanzados por los trozos de hierro desprendidos de nuestro blindaje.

Uno de ellos era Otto Hartmann, aquel muchacho de rostro de niño y corazón de hombre que tanto me había impresionado por su ternura y su vocación de solidaridad.

Una de las esquirlas se le había introducido en el pecho y apretándose los dientes para no gritar contenía el dolor.

En la sala de primeros auxilios se le hizo la extracción. Afloraban sobre la carne el dardo y la punta de dos costillas destrozadas...

Su entereza física y moral no le hizo perder los sentidos. Sentí pena por aquellos lindos años mozos tronchados en plena adolescencia, pues era todavía un muchacho que la guerra envejecía de pronto, y le inyecté el anestésico que encontré más a mano. Era morfina.

No supe qué responder. Sentí que el remordimiento me ahoañadió:

—Con esa dosis lo puede despachar al otro mundo...

No supe qué responder. Sentí que el remordimeinto me ahogaba y que el cargo de conciencia pesaba sobre mi corazón como una tonelada de plomo.

El cirujano actuó con rapidez y le extrajo el proyectil.

—¿Hay esperanzas, doctor?, me atrevía a preguntar.

—Todo está librado, ahora a la providencia...

Era una injusticia que aquel muchacho pereciera. Si había un Dios debía salvarse, por la nobleza de sus sentimientos, por su capacidad de sacrificio, por su gran corazón.

Yo me había formado espiritualmente en un ambiente descreído, en ese clima de contenida rebeldía y de resentimiento social de los asilos de huérfanos, donde se refugian los futuros hombres sin hogar. Por eso no sabía pronunciar una oración

y no sabiendo a qué alto espíritu invocar, pensé en la madre que no había conocido y esperé el milagro...

Creo ahora que fué para mí la primera manifestación de la existencia del Supremo Hacedor por que el milagro se hizo y Otto Hartmann quedó fuera de peligro.

Mientras tanto, la distancia entre el Graf Spee y el más próximo de sus perseguidores se había acortado a cinco millas y media, favoreciendo la posición de nuestros artilleros, que arrojaron granadas rasantes, provocando nuevas voladuras de la obra muerta y perforaciones en la cubierta del Ajax y el Achilles.

—¡Con buena suerte vamos a dejar fuera de combate al barco insignia!..., exclamó el capitán, que contemplaba los efectos de aquel feroz cañoneo.

—¡Observad!... ¡Cómo cae la antena!...

Era uno de los oficiales del estado mayor, que llamaba la atención de nuestro jefe.

—Por lo menos ese perro no va ladrar más, pidiendo auxilio.

—El trasmisor debe haber quedado inutilizado.

—¡Cuidado! Está por accionar el cañón de proa.

En ese momento el capitán ordenó cambiar el rumbo, pero fué demasiado tarde. La granada enemiga había perforado el blindaje de estribor, abriendo un boquete en el casco de proa, sobre la línea de flotación.

—¡Unos centímetros más abajo y se inundan las bodegas!...

Pero el proyectil dejó un rastro sangriento. Las campanas de alarma exigieron la presencia de los bomberos en el interior del barco, donde se había originado un incendio de proporciones.

En pocos minutos el fuego fué dominado, pero se registró otro saldo doloroso: un marinero carbonizado y otros con quemaduras de segundo grado.

No fué necesaria la presencia del capitán, que permanecía en el puente, atento al frecuente cambio de rumbo de nuestro acorazado y a la orientación y altura de los proyectiles enemigos, así como a las descargas de nuestros artilleros.

La puntería fué corregida por que nuestros últimos tiros resultaban desviados y en el momento propicio se dió una vez más la orden terminante:

—¡Listos!...

—¡Fuego!...

—Ya no se podrán escapar esas anguilas...

—Les hemos acertado en el corazón...

—¡Una de las torres del Ajax fuera de combate!...

—Este es un duelo a muerte.

—¡Ellos o nosotros!...

—Ahora sin pérdida de tiempo, con toda la potencia de fuego sobre el mismo blanco.

—Uno... dos... tres. ¡Ahora!...

—Observad la trayectoria. Este es el tiro de gracia...

—¡Cielos!... La otra torre también tambalea. ¡Loado sea Dios!

Expresiones de este tenor, que denotaban el entusiasmo y el enardecimiento de los nuestros, se sucedieron por algunos instantes entre el capitán y su estado mayor y repercutieron en los combatientes con reiterados vítores y hurras.

Pero no se prolongaron mucho aquellas voces aisladas de fanatismo y regocijo —que era el reverso de los gritos de dolor en el compartimento donde yo me encontraba— por que el Ajax, respondió por su parte al fuego, accionando simultáneamente sus tubos lanza torpedos y los cañones de caza, mientras el Achilles lanzaba una violenta granizada de proyectiles sembrando el pánico y la muerte sobre cubierta.

El instinto de conservación hizo que algunos hombres se refugiaran en los reductos blindados. Y resonó de nuevo, más vigorosa y potente que nunca, la voz de nuestro capitán:

—¡Que nadie abandone sus puestos!... ¡Todo el mundo en la línea de combate!...

Y luego ordenó, a través de los teléfonos:

—¡A todo avante los motores!...

—¡Rumbo abierto hacia el Oeste!...

Y una cortina de humo ocultó una vez más la silueta de nuestro acorazado al campo visual de nuestros iracundos antagonistas.

Los efectos habían sido de consecuencias, no tanto por el número de víctimas como por los daños materiales. Habían quedado a oscuras los compartimentos interiores y el sistema de cañerías fué inutilizado.

Acaso a ese percance imprevisto respondía el repentino

abandono del campo de batalla, mientras se apagaba el eco de la enronquecida voz de nuestro capitán:

—¡A todo avante los motores!...

—¡Rumbo abierto hacia el Oeste!...

CAPITULO XXXI

FUEGO CONTRA EL BARCO INSIGNIA

Nuestra velocidad había disminuído sensiblemente. Ya no eran los tiempos de nuestras audaces incursiones a la pesca de los cargueros enemigos por lo anchos caminos del Atlántico y el mar Indico. Ahora nos acercábamos a las costas de América —nos hallábamos a poco más de doscientas millas del cabo Santa María— cubriendo la retirada con disparos esporádicos.

Envalentonados por esta repentina maniobra, en el momento más culminante del entrevero, el Ajax y el Achilles, que mantenían maquinariar intacta, redoblaron su persecución que percibíamos a través de la cortina de humo por el zumbido de los motores y el tronar de los cañones, que disparaban a ciegas.

Todo esto ocurría a las 7 y media en aquella mañana tibia, de sol amable y cordial, bajo el toldo de un cielo luminoso y azul apenas surcado por una que otra nube rezagada...

En esos instantes advertimos la presencia de un avión, que volaba fuera del alcance de nuestras piezas antiaéreas. Era un hidroplano moderno, típico de la escuadra inglesa, que fué lanzado desde el barco insignia para reconocer la zona y fijar nuestra posición.

—Lo único que nos falta ahora, observó uno de los hombres de tropa.

Una bomba de profundidad, como llovida del cielo...

Pero el avión describió un círculo y volvió a su base flotante.

El comodoro Harwood, que comandaba la flotilla británica, no tardó en saber lo que quería: el Graf Spee tomaba rumbo ha-

cia el Oeste y procuraba ocultarse lanzando sistemáticamente bombas de humo.

La distancia, mientras tanto, se iba achicando sensiblemente, pues nuestras máquinas ya no respondían.

—¡Precisamente ahora, venir a fallar esos condenados motores!..., más de una vez habría pensado el capitán, en cuyos planes, quizás, estaba volver a sorprender de flanco a los cruceros y lanzar otra nueva andanada de grueso calibre, sobre todo al Ajax, cuyas torres habían quedado inutilizadas para concretarse finalmente, a dejar fuera de combate a su gemelo. A no ser una razón estratégica no se explicaría una retirada, como la que emprendía en ese momento el Graf Spee, reeditando la maniobra que sucedió al K. O. del Exeter...

Lo cierto es que las unidades enemigas se volvieron a lanzar sobre nosotros, jadeantes y más tenaces que nunca, especulando con la pérdida de nuestra velocidad y los últimos impactos sobre cubierta.

Diez minutos después el Graf Spee comenzó a zigzaguear y se oyó potente la voz del capitán:

—¡Virar sobre estribor y acelerar la marcha!...

—¡Ahora otra vez al ataque!...

—¡Concentrad el fuego sobre el Ajax!...

No. No era una retirada denigrante para la tradición de la armada alemana, que encendía el coraje de los combatientes.

La batalla iba a entrar en una tercera fase, acaso la definitiva. Pero no perduró mucho la impresión optimista de los marineros que permanecían firmes en la línea de combate, pues los proyectiles no dieron en el blanco.

—¿Qué os pasa? bramó el capitán.

Y luego, recobrándose aunque con evidente fastidio, agregó:

—¡Fijad bien el objetivo en la retícula!...

Debieron fallar los cálculos matemáticos o los instrumentos de precisión, todo ese complejo engranaje de cifras y piezas metálicas que preceden a la espectacular trayectoria del proyectil por que el fuego del acorazado de bolsillo no impresionó mucho que digamos a los barcos artillados de la Real Armada Inglesa.

Nuestra velocidad técnica, máxima, de 28 nudos que habíamos desarrollado en la potencia de 36.000 caballos de fuerza a poco de partir del puerto de Kiel, en esta tercera etapa de la batalla naval se limitaba a poco más de veinte nudos. Era pre-

visible, de ese modo, que nos salieran al paso aquellos encarnizados perseguidores, tratando de cortar nuestra retirada, con solo apurar el ritmo de su marcha y virar bruscamente hacia el Norte.

¿Por qué no lo hicieron los ingleses?

Por el informe oficial que oportunamente publicó el Almirantazgo, se sabe ahora que comenzaban a escasear las municiones y que debían reservarse los últimos proyectiles para el momento preciso en que la situación les fuera más favorable.

Algo en ese sentido debió presentir nuestro capitán, pues si bien manteníamos el rumbo hacia el Oeste, cuando el Ajax se hallaba escasamente a cuatro millas, se produjo un nuevo tiroteo.

Conozco la versión a través de uno de los suboficiales, que estuvo también confinado en Córdoba.

—Según el relato de ese compatriota, que trato de reproducir —siguió diciendo mi amigo Rudolf Muller— eran exactamente las 7 horas y 40 minutos cuando los cruceros enemigos se envolvieron en una densa nube de humo...

—¿Cómo? ¡Tratan de ocultarse!...

Era la voz de uno de los oficiales del estado mayor, que había advertido el momento en que ambas naves lanzaban simultáneamente las bombas de nubes artificiales.

—Esto es muy significativo, añadió otro, que llamó la atención del capitán.

—Quiere decir que esta gente no quiere pelear.

—Bien podría ser una treta, insinuó el segundo comandante.

—¿Lo cree Ud. así?

—Quizás traten de atraernos, para lanzarse al ataque por sorpresa.

¿Y si le escasearan las municiones?

—Bien podría ser.

—Convendría, entonces, hacerles notar nuestra presencia. Mientras estemos a flote y los proyectiles no caigan al agua, les haremos saber que no estamos de buen humor...

El capitán ordenó que entraran en acción los cañones de 28 situados en la popa. Zumbaron los engranajes de la plataforma giratoria...

—Uno... dos... tres... ¡Fuego!

Accionó el disparador del artillero, hubo unos segundos de suspenso y el proyectil dió en el blanco.

Fué un impacto certero. ¡Había destruído el mástil del Ajax!...

—¡Buena puntería!...

—Cordiales plácemes, teniente...

—Observad bien qué es lo que ocurre. Ahora era la voz del capitán, que en tanto ordenaba rectificar el rumbo y proseguir la trayectoria hacia el Oeste.

—¡El mástil se ha desgajado, capitán!...

Era uno de los ayudantes con voz trémula de emoción, quien agregó de pronto, pletórico de entusiasmo:

—Ha arrasado consigo los cables eléctricos... y hay un tendal de víctimas.

—Ahora se llamarán a silencio, dijo el capitán, mientras el Graf Spee proseguía su marcha, a toda máquina, rumbo hacia las costas americanas.

Ese pudo haber sido el momento definitivo de la batalla, pues el efecto de la granada debió haber provocado un trauma psíquico a los porfiados ingleses y tardarían algunos minutos en reponerse de la impresión.

Pareció no haberlo tenido en cuenta el capitán Langsdorff por que perdió esa magnífica oportunidad.

Y de nuevo se produjo a bordo una sensación de desaliento por que habiendo ganado la batalla, nuestro barco se retiraba del campo de operaciones.

¿Qué temía nuestro jefe? ¿Que no respondieran los motores? ¿Que se agotara el combustible? ¿Que nos viéramos precisados a lanzarnos a la aventura sin agua potable y aprovisionamientos? ¿O que nos salieran al encuentro nuevos enemigos, con tropas y municiones de refresco?

Todo hace suponer que la última hipótesis haya sido la valedera, pues era proverbial la veteranía, el alto criterio y el valor de aquel lobo de mar, a quien el gobierno alemán había confiado un millar de corazones y voluntades y aquel verdadero alarde de la ingeniería náutica que era el Graf Spee...

Así fué, en efecto. Lo supe después por Hans Gutenberg, el telegrafista, que se mantenía aferrado a los auriculares tratando de captar en el enjambre del eter algún mensaje del enemigo.

—El Exeter, al comenzar la batalla —prosiguió diciendo el gaucho rubio— había lanzado al espacio el primer llamado de

auxilio, como si aquella flotilla armada hasta los dientes no bastara para apagar el fuego del acorazado de bolsillo.

Ese fué el mejor elogio a la potencia bélica acumulada, por la ciencia alemana, en las 10.000 toneladas de registro de aquella fortaleza flotante, que echó a las profundidades del océano, los abastecimientos de víveres y materiales estratégicos del enemigo, durante su fantástico crucero que conmovió al mundo.

Se sabe ahora que el comodoro Harwood, cuando el Exeter quedó fuera de combate, se había puesto en contacto radioeléctrico con el crucero Cumberland, que a la sazón se hallaba en las islas Malvinas, aquel apéndice del continente americano del que se posesionó la Rubia Albion.

La noticia del combate naval se hizo llegar también al Almirantazgo de Londres, donde los señores Churchill y Chamberlain debieron haber momentáneamente arrojado su cigarro y su paraguas, ante la epopeya de aquel barco que dejaba tan mal parada la prepotencia militar inglesa en las rutas del mar.

—¿Cómo era posible —siguió diciendo mi amigo Rudolf Muller— que aquel minúsculo acorazado, que más semejaba un submarino que un buque de guerra dejara tan desacreditado el prestigio de la Real Armada, cimentado en las hazañas de corsarios tan famosos como Drake y Morgan, devastadores de pueblos e incendiarios de iglesias?

Sabemos también que el Almirantazgo, ni corto ni perezoso, a pesar de ese sentido del cálculo, que se ha dado en llamar a la flema inglesa, ordenó que otros cruceros más, el Renown, y el portaviones Ark Royal, por añadidura, también se concentraran en las inmediaciones del Río de la Plata para acorralar al Graf Spee, que se debatía bravamente como un tigre acosado por una jauría de lobos.

Y también ahora sabemos, los actores y testigos de aquella hazaña sin precedentes en la historia naval, que no estuvo desacertado nuestro camarada y amigo, el capitán Hans Langsdorff, que sintetizaba el temple del espíritu alemán y la voluntad inquebrantable de mil hombres plenamente identificados en la consigna del deber.

—Por eso los ingleses —terminó diciendo el hombre atraído por el embrujo de la tierra cordobesa— no se dieron el gusto de hundir al Graf Spee ni ver arriado nuestro pabellón de guerra.

CAPITULO XXXII

PROA HACIA EL RIO DE LA PLATA

—Después de aquella tercera etapa del combate naval, que dejó poco menos que inutilizado al Ajax, proseguimos nuestra marcha siempre rumbo al Oeste, advirtiendo que los cruceros enemigos se desprendían de nosotros o, por lo menos, aminoraban su velocidad.

Era indudable que el impacto, tan certeramente enfocado en el mástil del buque insignia, había creado el desconcierto a bordo y que no se hallaba en condiciones de proseguir la tenaz persecución.

La distancia que se había achicado a cuatro millas, era ahora de diez, de manera que nos hallábamos alejados del alcance de las granadas y torpedos.

A las 8 el espacio se había prolongado a quince millas, de manera que no era presumible otro entrevero. Si nosotros aligerábamos nuestros nervios tensos con aquella sensación de momentánea tranquilidad, no debió ser menos pronunciado el respiro de los ingleses, que conocían nuestra acometividad y la potencia de nuestras bocas de fuego.

El Ajax volvió a lanzar al espacio su avión de reconocimiento, que había permanecido intacto, a pesar de las cargas reiteradas con que tratamos de inutilizarlo, y desde allí se observaba la marcha de los acontecimientos.

—De muy buena gana lo echaríamos abajo, dijo el segundo comandante observando con su prismático las evoluciones del aparato, que describía enormes círculos concéntricos.

—Está fuera del alcance de nuestra artillería antiaérea, observó uno de los ayudantes.

—Sin embargo, podríamos probar...
—Si a Ud. le parece...
En ese momento se dispuso todo lo necesario. Giró la plataforma, zumbó el motor, se hizo puntería y cuando el segundo comandante ordenó:
—¡Fuego!..., aquel pájaro de acero y aluminio, que parecía revertir los rayos del sol, quedó fuera del campo visual.
—Por lo menos no se atreverá a acercarse imprudentemente.
—Y el comodoro Harwood sabrá que estamos dispuestos a vender caras nuestras vidas.
Como no era necesaria su presencia sobre cubierta, el capitán Langsdorff en esos momentos verificaba en el interior del barco los efectos de las últimas granadas enemigas, dirigiendo personalmente la reparación de las averías. Lo que más le preocupaba era la falla en los motores y los desperfectos en las cañerías y en la instalación eléctrica..., aparte de la confrontación de las bajas y el tendal de heridos que colmaba la capacidad del hospital. Ordenó, entonces, que se habilitara una enfermería de urgencia y que los heridos leves fueran atendidos sobre cubierta en caso de una nueva agresión.
A todo esto, el Exeter, que había quedado rezagado, desapareció del escenario. Pausadamente, como un monstruo herido, abandonó el campo de batalla, enfilando la proa hacia el S. O.
Poco después de las 9 de la mañana, el capitán ascendió sobre cubierta donde, por cierto, no había disminuido la actividad, concretada ahora a la verificación de las piezas de artillería y a la acumulación de granadas y torpedos de repuestos. De esa manera, desde el instante mismo en que la campana de alarma nos arrancó violentamente de los coys, la tripulación no había tenido un instante de reposo. Sin embargo, su ánimo se mantenía levantado y todos estaban ansiosos de que la batalla prosiguiera hasta que los restos de la escuadrilla mordiera el polvo de la derrota...
En ese momento fué requerida mi presencia en la Sección A, iluminada, como todo el interior del barco, por la luz mortecina de lámparas alimentadas a kerosene. Eché una mirada sobre la cama número 17 y no estaba allí mi amigo de Kiel, que yo había visto una hora antes con una ajustada venda sobre sus ojos apagados. Había, en cambio, otro hombre, con una pierna y un brazo enyesado...

—¿Qué se hizo el suboficial Federico Stark?, sólo atiné a preguntar a uno de los practicantes.
—En la morgue, desde hace unos minutos... Tal fué su respuesta dicha en tono displicente, como si no tuviera ninguna importancia el impacto que significaba para mi corazón.
Una sensación de ahogo me dominó, como si una bocanada de fuego me quemara las entrañas. Me acordé que era un soldado y estrangulé el llanto que afloraba en mis ojos y en la garganta...
—Era más que un amigo, un hermano...
—Lo siento, camarada, me dijo el practicante y se alejó dándome algunas instrucciones...
Repuesto de aquel martillazo de angustia, de espanto y desolación, respiré con fuerza y me pasé la manga de la blusa sobre los ojos y sin vacilar encaminé mis pasos hacia la cama de Otto Hartmann. Felizmente el muchacho había reaccionado y yo experimenté una reconfortante sensación de alivio.
—¿Verdad que vamos hacia la patria?
—Creo que sí, Otto.
No me atreví a seguir mintiendo.
Era ya un secreto a voces que venían a nuestro encuentro nuevas unidades enemigas. La versión se había propagado de boca en boca, de manera que el prolongado silencio de los cañones no era sino un compás de espera.
¿Hasta cuándo duraría esa ansiosa expectativa?
El angustioso interrogante pareció haber hallado su respuesta cuando trascendió la decisión del capitán:
—¡Enfilar la proa hacia el Río de la Plata!...
—Esto ocurría —siguió diciendo mi amigo Rudolf Muller— alrededor de las 9 de la mañana, cuando el capitán Langsdorff había subido otra vez a la cubierta, después de aquella prolongada inspección a los compartimentos interiores.
Cuando visitó el hospital, dando una palabra de aliento a los heridos, yo observé su gesto de honda preocupación. Sus ojos estaban opacos y la arruga en la frente parecía más profunda que nunca...
Ya había tomado su tremenda decisión, compulsando la capacidad de nuestros motores, las reservas de municiones, víveres y combustible y aquellos terribles agujeros en el casco, que ponían en peligro nuestra futura estabilidad. El panorama no

era muy alentador, por cierto, pero aún así hubiéramos podido aguantar acaso veinticuatro o cuarenta y ocho horas más por que el acopio de energía moral era inconmensurable... Pero venían a nuestro encuentro nada menos que un porta-aviones y dos cruceros de batalla.

Algunos heridos empeoraban.

La fiebre les quemaba las entrañas y les secaba los labios y la garganta.

—¡Agua!... Por favor, un vaso de agua...

Las reservas se iban consumiendo por que la metralla había destrozado el tanque y el sistema de cañerías.

—¡Agua!... Una gota de agua, camarada enfermero..

Hubo que apelar al jugo de fruta envasado, proveniente de las requisas en los cargueros enemigos.

¿Y la tropa? ¿Cuánto tiempo podría aguantar la tripulación sin un sorbo, mientras arreciaba la canícula y el sol de estío caía sobre cubierta, como una llovizna de plomo derretido?

No se prolongó mucho el descanso de las piezas de artillería, pues a las 10 y 5 se oyeron dos potentes salvas que hicieron estremecer el barco, como si de pronto fuera sacudido con violencia por las olas.

Todo inducía a suponer que la batalla se había reanudado. ¿Qué ocurría en ese momento sobre la parte nuestro crucero que emergía sobre las aguas?

Poco después supimos que el Achilles se había acercado imprudentemente, acortando sus distancia a poco más de diez millas, tratando de hostilizar nuestra retirada.

Como nuestros vigías se hallaban en acecho, los artilleros de la plataforma delantera le advirtieron que su posición era peligrosa y aullando, casi a ras del agua, se desprendieron nuestras granadas.

El tiro fué corto, pero convenía hacerle saber al enemigo que estábamos dispuesto a todo, hasta que permaneciera de pie el último de nuestros hombres.

Así pareció entenderlo el comandante del Achilles. El barco viró hacia la izquierda, se ocultó detrás de una columna de humo y desapareció de nuestro campo visual hasta que las sombras de la noche ahuyentaron los últimos vestigios del sol.

CAPITULO XXXIII

UN RECINTO POBLADO DE FANTASMAS

Después de aquella escaramuza pareció haberse detenido el tiempo en el acecho permanente de aquella lejanía sin término, cargada de sombríos presagios.

La gente afectada al servicio de las baterías mantuvo en todo momento un alto espíritu de disciplina y realizó esfuerzos inauditos, tratando de mantenerse en pie. Pero la atmósfera era sofocante y el sol arreciaba, con sus flechazos de fuego.

Algunos insolados fueron atendidos en la enfermería. Se habían empapado los labios, la nuca y la frente en el limo caliente y sanguinolento, incrustado en los intersticios de la cubierta y aún en sus propios orines...

No era menos asfixiante el aire en las bodegas y compartimentos interiores, alumbrado con lámparas de kerosene que consumían los últimos restos de oxígeno. Y la columna mercurial se hallaba aún en ascenso...

A mediodía se distribuyeron latas de conserva y trozos de carne congelada, pero nadie almorzó. ¡Cuánto hubiéramos dado por un vaso de cerveza!...

A la una de la tarde, la temperatura era insoportable. Si la cubierta, con el blindaje recalentado, daba la sensación de un horno, el interior parecía un remedo del infierno, donde se apiñaban los que habían perdido toda esperanza de sobrevivir.

El organismo humano tiene acumuladas reservas que exceden los cálculos de todas las teorías. De otra manera no se explica, que aguantáramos, dentro de aquel recinto de espanto, hasta las tres de la tarde cuando una ventisca providencial amenguó el tormento de la temperatura.

Las horas se fueron sucediendo como si fueran siglos, sin otras alternativas que el delirio de la fiebre y los ayes de dolor de los heridos graves en la Sección A, donde yo permanecía cumpliendo una orden, muy por encima de toda experiencia y conocimiento. Pero los médicos, los practicantes y los enfermeros no daban abasto y alguien debía alcanzar los analgésicos y humedecer los labios de aquella legión de condenados a muerte...

—Enfermero... Camarada...

Era una voz apagada, como un tenue resplandor en las tinieblas.

Me acerqué a la cama número 19, donde permanecía un suboficial con las piernas amputadas. Cayó durante el primer entrevero y parecía sumido en un profundo letargo, sin haberse recuperado aún del terrible shock traumático.

—¿Cómo se siente cabo primero?

—Ayúdeme a ponerme de pie... Tengo las piernas tiesas, como dos vigas de hierro... Quiero seguir peleando.. Por Alemania y... por el Führer.

—Debe Ud. guardar reposo. Ya se sentirá bien...

Y más allá otro, y otro y otro más...

—Madre... Madre mía...

—Prefiero la muerte, antes que pasar el resto de mis días en un sillón de inválido...

—¡Cuidado, teniente!... ¡Un torpedo enemigo viene a nuestro encuentro!...

—Agua.. Una gota de agua...

—Una bocanada de cigarrillo... Nada más que una bocanada...

—Ya va a cumplir tres años mi nena... Tiene los ojos azules como su madre...

—Mi brazo... ¿Dónde está mi brazo?...

—¡Encienda la luz, por favor!...

—¡Cuánto tardas, Josefina!... ¿Por qué no estás a mi lado?...

Así transcurrió toda aquella tarde sofocante, de angustiosa expectativa para los combatientes y de tormento físico y espiritual para quienes quedaron fuera de combate. ¿Y qué decir de aquellos gritos guturales, de las palabras entrecortadas, que imploraban y maldecían y de los ayes contenidos, trasunto de desesperación y de impotencia, que laceraban como otros tantos dardos mi corazón?

Hubo un momento en que creía desfallecer por la sofocación, el cansancio y el suplicio moral de esa dantesca sinfonía. Uno de los médicos reparó en mí.

—¡Animo muchacho!... me dijo en tono fraternal.

Agregó algo más, pero no alcancé a percibir sus últimas palabras.

Cuando reaccioné el médico había desaparecido y me encontré solo en aquel recinto de dolor, poblado de fantasmas.

Recién a las 6 de la tarde fué relevado. Sacando fuerza de flaqueza agoté mis últimas reservas de energía y tambaleando llegué hasta el dormitorio de tropa, abriéndome paso entre los bolsones y las hamacas amontonadas, guiándome más por el tacto y por el instinto, que por la tenue luz de una lámpara agonizante. Casi a tientas toqué algo rígido y frío. Era una mano, crispada aún, como esas piezas de yeso que sirven de modelo a los estudiantes de dibujo.

En un ángulo del techo había un boquete de forma irregular. A través de las varillas de hierro se filtraba un débil rayo de luz enfocando los escombros y reconstruí la escena un trozo de granada había perforado ese sector. Pero ya no tenía fuerzas para incorporarme, sentí los nervios flojos y que la voluntad no me respondía y me quedé profundamente dormido en el suelo, al lado de aquel cadáver que no había sido advertido durante la requisa de la mañana...

A las 21 y 15 me despertó un fuerte sacudimiento y la campana de alarma que horadaba los tímpanos, como si alguien introdujera un clavo a martillazos...

Hice un esfuerzo inaudito por que tenía los ojos y los músculos como petrificados. En los estratos de la subconciencia privó el sentido del deber y me restregué los párpados con un movimiento institntivo.

Miré a mi alrededor y me encontré ubicado en una hamaca. Alguien me había levantado del suelo durante aquel sueño sin imáganes.

Manos piadosas habían levantado el cadáver de aquel infortunado muchacho, que halló la muerte de improviso, sin pelear en el recinto umbrío...

Acudí presuroso al hospital y me destinaron a prestar servicio como camillero, sobre cubierta.

En ese momento el Graf Spee navegaba bajo el toldo de las estrellas y una luna macilenta apenas permitía percibir las cosas familiares que nos rodeaban.

Aunque manteniéndose cálida, había amenguado la temperatura estival. Respiré a pleno pulmón aquella atmósfera cargada de vapores, que denunciaba un elevado porcentaje de humedad, mientras me desperezaba del todo con el ir y venir de los combatientes, el zumbido de los motores y las voces de mando.

Qué había ocurrido?

Sencillamente que nuestros perseguidores se habían aproximado más de la cuenta y que nuestro capitán se hallaba dispuesto a no dejarles avanzar un paso más. Por eso se dió la alarma y volvieron a hacer puntería nuestros artilleros sobre aquellos cascos apenas iluminados que trataban de acortar distancia....

Fue a esa hora, las 21 y 15. cuando se advirtió de nuevo la silueta del Ajax con un ritmo acelerado de marcha.

Aunque el espacio era de trece millas, aproximadamente, se hizo una salva desde la torre de popa, más que todo para dar a entender al enemigo que no había decaído nuestra acometividad, a cuyo efecto, antes de abrir el fuego, cambiamos de rumbo tratando de acercarnos.

Pero del Achilles no respondieron. Se ocultó la nave tras una cortina de humo y desapareció momentáneamente...

Todo se había limitado a una escaramuza, pero el episodio fué más que suficiente para reavivar el entusiasmo de la tropa y advertir las claras intenciones de los ingleses, que trataban de impedir, a todo trance, que penetráramos en aguas del Río de la Plata.

El fin del Graf Spee se acerca, ya, a pasos agigantados.

CAPITULO XXXIV

LA NOCHE TRISTE DEL GRAF SPEE

—A partir de ese momento — prosiguió diciendo Rudolf Muller —, comenzó lo que podríamos llamar la Noche Triste del acorazado de bolsillo.

Era evidente que nos habíamos desprendido demasiado de aquellos porfiados y tenaces perros de presa, no tanto por nuestra potencia de marcha, que disminuyó sensiblemente, si no por las averías que aquellas naves soportaban. Pero no había desaparecido la alternativa de que, de un momento a otro, hicieran su aparición en aquellas aguas el portaaviones Ark Royal y los cruceros Renown y Cumberland.

Por eso nuestro capitán no modificó sus planes cuando nos hallábamos a la altura de la isla de Lobos y el Achilles viraba hacia el Norte, tratando de darnos alcance.

—¡Maldición!...

—¿Qué sucede?

—Comienza a ratear uno de los motores...

—Es lo único que nos falta, ahora.

Eran dos de mis colegas que habían percibido aquella falla.

Y me atreví a preguntar:

—¿Llegaremos esta noche a Montevideo?

—Si aguantan los motores y las reservas de combustible...

—Este es el fin, camarada...

—O el principio de nuevas peripecias...

Habían transcurrido apenas diez minutos cuando entró de nuevo en acción la artillería.

En la línea del horizonte se adivinaba la silueta del Achilles. La falta de visibilidad hacía difícil calcular la distancia y hacer

puntería. Era poco menos que tirar a ciegas. Sin embargo, una vez más, se oyó la voz de nuestro capitán.

—¡El blanco en la retícula!... ¡15 grados al nordeste!...

—¡Listo, capitán!...

—Uno... dos... ¡Fuego!...

Y de la punta humeante de aquella amenazadora pieza de artillería se desprendió una granada de 300 kilogramos.

El enorme proyectil describió una trayectoria curva y cayó al agua, soslayando al escurridizo crucero inglés, que más parecía una anguila que un barco de guerra.

—¿Qué pasa con el Ajax?

Era de nuevo la voz de nuestro jefe que demostraba impaciencia por la falta de noticias del barco-insignia.

—¡Que traten los operadores y los vigías de establecer su posición!...

En ese momento yo pensé en mi amigo Hans Gutenberg, que en otras ocasiones había sido tan afortunado en localizar los barcos enemigos.

Como los camilleros permanecíamos inactivos, en previsión de un sorpresivo ataque que podría provenir de entre las sombras como un fantasma agazapado, tuvimos oportunidad de cambiar algunas impresiones, mientras el Graf Spee reanudaba su marcha en abierto rumbo hacia las costas uruguayas.

Nadie había ingerido alimento desde la noche anterior y el hambre comenzaba a hormiguear las vísceras.

—¡Qué bien vendría ahora una taza de caldo!...

—O un sorbo de café para entretener las tripas...

—Apenas hay agua caliente para las esterilizaciones.

Ya no preocupaba tanto a mis compañeros el alejamiento definitivo de la patria o un nuevo choque inminente con el enemigo, como la eventual solución de ese problema físico.

Yo reaccioné contra esa predisposición animal, evocando aquella sala de tormentos que era la sección a donde había prestado tantas horas de servicio. Y recordé el rostro adolescente de Otto Hartmann y las últimas palabras de mi amigo Federico Stark, y sin darme cuenta me invadió una procesión de imágenes saturadas de ternura, las muchachas de Kiel, pródigas en sonrisas y la jocunda señora Stark...

En ese momento apareció el telegrafista Gutenberg. Lo identifiqué entre las tinieblas, por su voz inconfundible.

—¿Habéis visto al capitán?

—¿Qué ocurre, Hans?

—¡Ah!... ¿Eres tú? ¡Qué bien luces de camillero!... No habrá sido menuda la faena hoy día... ¡Responde pronto! ¿Qué sabes del jefe?

—Hace unos instantes subió a la cofa de popa...

—¡Hasta luego!...

¿A qué se debía esa premura?

Lo supimos instantes más tarde. A traves del éter, por ciertas señales radioeléctricas, había sido localizado el Ajax. Navegaba hacia el Sur del Banco Inglés, tratando de cerrarnos el paso en esa dirección, mientras su gemelo nos entretenía con sus esporádicas apariciones en el nebuloso horizonte...

El dato era de un valor inestimable y el Graf Spee rectificó su rumbo, tratando de hallar la puerta franca en aquel laberinto de canales imaginarios para cumplir su objetivo.

Una vez más no había fallado el maravilloso sexto sentido de aquel muchacho, cuya incorporación al servicio de telegrafía sin hilos fué tan acertada...

A las 21 y 40 volvió a aparecer, a no más de diez millas, el contorno gris del Achilles.

—¡Otra vez habrá jaleo!...

—O simplemente fuegos artificiales...

—Para que no nos olvidemos de los estampidos y el olor a pólvora.

El diálogo de los camilleros fué interrumpido por el campanilleo de alarma, los silbatos y las voces de mando.

—¡Todo el mundo a sus puestos!...

—¡El Graf Spee no se rendirá jamás! Preferimos visitar el fondo del mar, antes que arriar nuestra bandera...

—¡Vamos a morir peleando, capitán!...

—¡Virar 120 grados y avanzar a toda máquina!...

Eran nuestro comandante y el segundo, que ordenaban el zafarrancho de combate, con el mismo ímpetu y entusiasmo como en el dramático amanecer de aquel inolvidable 13 de diciembre.

Ahora íbamos, decididamente, al encuentro del enemigo. Giraron las plataformas, zumbaron los motores y una salva atronadora hizo saber a los ingleses que interpretábamos su maniobra como un desafío...

El Achilles no respondió.

Deben andar escasos de municiones...

—O querrán reservarse para más adelante.

Bien podría ser. Como nosotros no teníamos ese problema, tres minutos más tarde lanzamos otra andanada, sin dar en el blanco, mientras el Achilles cambiaba de rumbo y se envolvía en otra nube de humo.

En ese momento alguien advirtió la órbita luminosa de una estrella fugitiva.

—¡Albricias!... Es señal de buena suerte.

—No te olvides que hoy es trece.

—¿Acaso eres supersticioso?

—Es que hoy todo es de mal agüero...

—¿No te conformas con haber salvado la vida?

—Morir ahora o más tarde, da lo mismo...

—Lo que importa es llegar a puerto seguro.

—¿Cubierto de deshonra?

—Interprétalo como quieras...

Eran dos de mis camaradas que charlaban desaprensivamente, mientras nuestro barco retomaba el rumbo Oeste, tratando de alcanzar esa misma noche las aguas del Río de la Plata.

A las 22 la distancia con el Achilles, el único de los barcos enemigos que no había quedado fuera de combate, se había achicado imprudentemente a cinco millas.

Parecía un perro garronero, tratando de mordernos los talones...

Se advertía ya en la entonación de las aguas que era la desembocadura del Río de la Plata. Y a manera de despedida le hicimos un postrer saludo, lanzando al aire una potente descarga. Fué la última. Ya no iba a haber más muertos en aquella esquina imaginaria del Atlántico Sur.

Nos hallábamos al norte del Banco Inglés e íbamos en demanda del puerto de Montevideo, tratando de encontrar el canal que nos condujera sin riesgo de encallar.

A esa altura divisamos los mástiles y las torres de un barco de guerra.

—¡Es el acorazado Uruguay!...

Nos identificamos y proseguimos nuestra marcha casi a tientas, sin otra lumbre que la luna, las estrellas y nuestros focos de emergencia.

La actividad, ahora, se localizaba en el despacho del comandante, donde se consultaban las cartas marítimas y se daban precisas instrucciones al timonel, a los señaleros y a los telegrafistas de guardia.

Una suave brisa nos acariciaba el rostro y hacía ondear gallardamente nuestro pabellón de guerra.

Los nervios se recobraron y sentimos todos una inefable sensación de seguridad.

Alguien hizo circular la noticia, que se difundió a bordo como un mensaje de alivio.

—¡Ya navegamos en el Río de la Plata!...

¿Debíamos regocijarnos?

O llorar de rabia y de impotencia.

Era el fin del Graf Spee y de nuestros sueños heroicos, pero también el cese de nuestras vicisitudes y el término de una etapa de angustia, de sangre y de dolor.

Yo pensé en mi amigo Federico Stark, que habría de hallar su última morada en aquellas tierras extrañas. Y una lágrima, copiosa y espontánea, rodó por mis mejillas.

El canal estaba libre. Nuestros enemigos respetaron aquellas aguas neutrales rubias, que arrastraban el limo de tierras fértiles desde el mismo corazón del continente.

Desde lejos, la costa uruguaya parecía una línea de puntos y rayas luminosos, como un mensaje telegráfico de bienvenida y aliento a nuestra fatiga espiritual y al enorme cansancio físico que habíamos acumulado en más de cuatro meses de navegación... Poco a poco la ribera se fué acercando a nuestros ojos que habían olvidado la imagen de la tierra y se comenzaron a dibujar, en aquel enjambre de luces multicolores, las torres, los más próximos edificios de la zona portuaria y los letreros de gas neón.

Exactamente en los últimos instantes de aquel agitado 13 de diciembre, cuando los cronómetros de a bordo encimaban sus agujas sobre las doce, y en aquella alta noche estival de Montevideo se apagaba la última campanada de los relojes públicos, el Graf Spee paralizó el jadeante bramido de sus hélices, estiró sus músculos de acero y echó el ancha en la rada.

Habíamos peleado como leones, bravamente, sin pedir ni dar cuartel a aquel tenaz enemigo, que supo de nuestro coraje y de nuestro sacrificio, a tono con las más altas tradiciones de

la marina de guerra alemana. Por eso entramos silenciosamente, sin premura, como si dijéramos con paso de desfile.

Permanecimos allí algunos minutos, observando las boyas luminosas y los altos faroles que señalaban otros tantos mástiles y mascarones de proa en aquel enjambre de naves de todo calado. No tardó en acercarse por estribor un remolcador de la capitanía de puerto uruguaya. Era el Lavalleja. Un alto funcionario de ese gobierno ascendió a bordo de nuestro acorazado. Con gesto cordial extendió su diestra a nuestro capitán. La conversación fué breve. ¿Qué se dijeron aquellos hombres, a través del intérprete? Poco después lo supimos. Se nos autorizaba a permanecer en el puerto, dentro del plazo fijo convenido en los códigos internacionales, para los barcos de guerra beligerantes...

A la una y media del día 14, guiado por un práctico uruguayo, el acorazado de bolsillo echó sus amarras.

Lo demás se sabe a través de las crónicas periodísticas de la época. La noticia de nuestra presencia en el puerto se difundió como un pregón y no tardó en despertar a la ciudad dormida y mucha gente se lanzó a la calle acuciada por la curiosidad.

Cuando atracamos estaban en el muelle los reporteros y los fotógrafos.

Algunos tripulantes se aglutinaron en la baranda de estribor, atraídos por la orgía de los focos eléctricos, pero no fueron pocos quienes prefirieron aguardar el nuevo día en los coys. Nos miraban como a bichos raros. Y no era para menos, después de aquella larga y dramática travesía que finalizaba sorpresivamente allí, en aquellas aguas tranquilas, ignorantes de los horrores de la guerra.

El Graf Spee, alarde de la ingeniería naval del Reich, daba la sensación de una fiera mitológica enjaulada, con la afilada punta de sus cañones todavía humeantes...

CAPITULO XXXV

LA SUERTE ESTABA ECHADA

—Como yo estaba afectado al servicio sanitario — prosiguió diciendo Rudolf Muller —, debí permanecer de pie hasta la madrugada, colaborando en el transporte de los heridos más graves, que debían quedar internados en Montevideo.

Alrededor de la una y media comenzaron a afluir las ambulancias a la zona portuaria, abriéndose paso con sus características sirenas.

Tuve tiempo de acercarme a la cama donde permanecía mi amigo Otto Hartmann, quien ya se había enterado de todo lo ocurrido.

—¿Algún deseo, muchacho? Estoy a tus órdenes...

—Enciéndeme un cigarrillo, por favor...

Aspiró profundamente el humo y me dió las señas de su madre.

—Dile que pronto estaré bien y le escribiré de puño y letra...

—Agregaré que te has portado como un héroe...

—¿De qué vale todo nuestro sacrificio, si la guerra proseguirá con más enardecimiento que nunca?...

En ese momento se acercaron los camilleros.

—¿Listo?

—Sí, les respondí.

—No hay tiempo que perder.

Otto aspiró con fruición un par de bocanadas antes de que le quitara el cigarrillo de entre los labios. Le apreté con fuerza la punta de los dedos porque no supe qué decirle en ese supremo momento de nuestra despedida.

—Gracias por todo... Que Dios te bendiga...

Cada vez comenzaba a afluir más gente al muelle. Era una muchedumbre abigarrada que se desplazaba de un lado hacia otro, contenida por las fuerzas de marinería.

Poco después de las dos se hizo presente a bordo una delegación oficial integrada por civiles y marinos de alta jerarquía, que conferenciaron con nuestro capitán. En su compañía recorrieron la nave, verificando los impactos de la metralla enemiga y el estado sanitario de la tropa. La única actividad ahora se limitaba a los servicios de guardia y a los esfuerzos de los radiooperadores por interpretar los mensajes del éter y transmitir despachos cifrados a la patria.

Cuando los visitantes cumplieron su cometido oficial me encontré con Gutenberg en uno de los pasillos.

—La suerte está echada...

—Explícate.

—Ya no proseguiremos la marcha.

—¿No nos permiten abandonar el puerto?

—No. No es eso... Apenas dejemos las aguas neutrales nos saldrán al encuentro el portaaviones, dos cruceros británicos y un barco de guerra francés...

¿Nada más?

—Y nada menos...

A pesar del intenso trajín y el acopio de fatiga de la víspera, tardé en conciliar el sueño, pues la imagen de Federico Stark taladraba mi corazón y mis pensamientos. Percibí su voz temblorosa cuando se debatía entre la vida y la muerte:

—Dile a mi madre y a la muchacha de Kiel que me porté como un valiente... como un lobo de mar.

Y aquella tarde sofocante, poblada de gritos contenidos, de ruegos y maldiciones, se reeditó como una visión de pesadilla hasta que, insensiblemente, me fuí quedando dormido.

El nuevo día fué tibio y luminoso. Ya no se sentía el trepidar de nuestros motores apagados ni el presuroso trajín a bordo. Otros ruidos y otras escenas poblaban aquel sector del puerto, donde el Graf Spee era el centro de atracción.

Los curiosos se renovaban por remesas y una verdadera procesión de embarcaciones menores, con sus tripulantes apiñados, iban y venían guardando prudente distancia a lo largo de nuestra nave, donde se cumplían los servicios rutinarios de vigilancia y limpieza.

La ciudad apareció ante nuestros ojos con su ritmo febriciente: ómnibus, tranvías, convoyes ferroviarios, grúas y humeantes chimeneas daban la pauta de una intensa jornada de trabajo.

Por nuestra parte, los combatientes de la víspera no permanecían ociosos, reparando ésta o aquella otra pieza o, sencillamente, secando brillo a los metales, como si de un momento a otro debiéramos proseguir nuestro interrumpido crucero por los anchos y misteriosos caminos del mar...

Y hasta se taponaron los boquetes con láminas de acero bien remachadas, dando la sensación de que el Graf Spee se aprestaba a otros bravos entreveros. Quizás se trataba de despistar al enemigo en acecho, ya que no a la tripulación convencida de que la suerte estaba echada...

Yo ya había escrito las cartas para las madres de Stark y de Otto Hartmann, pero no se nos autorizó a despachar correspondencia.

Sin otras alternativas transcurrió ese día 14, hasta el mediodía siguiente en que fueron transportados los muertos hasta su última morada en la capital uruguaya.

La ceremonia fué sencilla, pero conmovedora.

Formamos sobre cubierta con el uniforme de gala y la bandera de guerra enlutada.

Nadie pudo impedir que se le humedecieran los ojos cuando el capitán Langsdorff recordó que habían caído en el cumplimiento del deber para con el führer y la patria.

En uno de esos féretros de pino, todavía con olor a pintura fresca, estaba el cuerpo inanimado de mi amigo Federico Stark, cuyas últimas palabras me quedaron grabadas para siempre:

—Dile a mi madre y a la muchacha de Kiel que me porté como un valiente... como un lobo de mar.

Y a fe que aquel camarada cumplió como un veterano su destino de hombre y de soldado...

No fuí autorizado a asistir a la inhumación en el camposanto. Quizás fué mejor porque no hubiera podido contener el llanto...

Cuando partió el cortejo recién tuve la sensación en toda su intensidad de lo que aquel muchacho significaba para mí.

Durante la tarde se abrió la cantina, pero la cerveza, tan ansiada en los días de canícula, cuando soportábamos en alta mar el bochorno de diciembre, tenía un sabor amargo y ya nadie entonaba canciones de la tierra. La definitiva ausencia de los camaradas muertos nos había dejado una inefable sensación de vacío.

A la hora incierta del crepúsculo, cuando declina el sol y se agigantan las sombras, tuvimos la certidumbre de que todo había terminado: el Graf Spee ya no iba a emprender nuevas correrías en demanda de presas ni tratar de eludir a sus perseguidores en acecho. Por radio, el alto mando terrestre, había odenado echarlo a pique, burlando la codicia de los ingleses.

La suerte está echada... había dicho el telegrafista Gutenberg y, una vez más, se cumplió la profecía...

A la mañana siguiente comenzó la tarea de alije. La grúa no se dió reposo en descargar las cosas inútiles sobre enormes barcazas, en tanto munidos de palanquetas, sopletes, llaves inglesas y martillos varios, pelotones, distribuídos en todos los compartimentos del barco, como animados de un infernal espíritu de destrucción, hicieron añicos todo cuanto hallaron a su alcance. Fué así como volaron instalaciones eléctricas, instrumentos de precisión, motores, engranajes, resortes, hélices, émbolos, bielas y, en fin, todos aquellos mecanismos que eran otros tantos secretos de la ciencia náutica alemana y que así dispersos parecían las piezas de un juguete mecánico despanzurrado...

Después ocurrió lo que todo el mundo sabe. El grueso de la tripulación fué trasladado al Tacoma, nave mercante alemana fondeada en el puerto de Montevideo, y lo que quedaba de aquel maravilloso acorazado de bolsillo emprendió pausadamente la marcha hasta la línea imaginaria de las aguas jurisdiccionales. Más que un barco desmantelado, parecía un monstruo de acero que se arrastraba, accionado por un solo motor.

Cuando llegó al sitio prefijado, casi a la vista del puerto de Montevideo, se abrieron los grifos y las válvulas, se horadó el casco y se encendió fuego a las mechas que habían de hacer estallar las cargas de dinamita.

Segundos antes de la primera explosión se había desprendido el último bote trasbordando al capitán y a los polvoristas.

El espectáculo fué sencillamente impresionante por las detonaciones, que daban la sensación de un cañoneo feroz y por la voracidad del fuego, que parecía incendiar el cielo con sus altas llamaradas.

Las naves inglesas, que permanecían en acecho, contemplaron la escena con asombro, sin atreverse a disparar el tiro de gracia. Hubiera sido una cobardía sin nombre, reñida con las tradiciones más elementales de la ética del mar.

Ese fué nuestro mejor homenaje.

En tanto el sol proseguía su infatigable marcha hacia el poniente, aquel barco fantasma, que había mantenido a raya a la escuadra británica, alardeando coraje y poderío bélico, comenzó a hundirse sin pausa y sin premura, como si cavara su propia tumba en las aguas amarillentas que se abrían generosamente. En tanto, desde el Takoma, como quien asiste a la agonía de un ser querido, impotentes y resignados, miramos por última vez aquel casco inerte donde se habían cobijado nuestras inquietudes y esperanzas.

El sacrificio se había consumado. Pero no quedamos solos. El espíritu de aquel barco, donde habíamos sembrado pedazos de corazón, había vuelto a nosotros en una magnífica lección de entereza moral.

El tripulante del Graf Spee tenía un nudo en la garganta.

CAPITULO XXXVI

EL TRAGICO FIN DEL CAPITAN LANGSDORFF

Aquella tarde otoñal mostraba la serranía cordobesa sus mejores galas. La atmósfera transparente convidaba a regalar los ojos con el paisaje luminoso. Era una pena que permaneciéramos encerrados en la cocina del rancho, mientras el sol se echaba a raudales en el patio.

Se lo insinué a mi amigo Rudolf Muller, a fin de alejar de su mundo interior aquella lejana visión, que se reanimaba en sus recuerdos y lo atormentaba.

Nos instalamos en unas sillas retaconas de paja, debajo de un algarrobo centenario, que se iba quedando sin hojas por la carga de los años y lo avanzado de la estación.

Encendió un cigarrillo y prosiguió su interrumpido relato.

—Poco después que se cumpliera la terrible sentencia, cuando las aguas apagaron aquella gigantesca tea del Graf Spee no quedaba sino la imagen que cada uno de nosotros nos habíamos forjado, navegábamos sus servidores, apiñados en tres lanchones, rumbo al Occidente.

Ibamos en demanda del puerto de Buenos Aires, cuyo nombre legendario ejercía una extraña sugestión en nuestros espíritus.

—Buenos Aires... aires de libertad, de paz y de trabajo, nos repetíamos mientras las barcazas avanzaban en las aguas quietas de aquel ancho estuario de nombre milagroso. Río de la Plata...

Marchábamos al encuentro de un país de leyenda, de abundancia y de promisión, donde el hambre y la miseria estaban desterrados y donde la palabra odio sólo tenía un valor foné-

tico para un pueblo sin discriminaciones raciales, que abría de par en par sus brazos a todos los hombres de buena voluntad. Por eso renació entre nosotros la fe perdida y aunque navegábamos de madrugada, rendidos por las emociones y las fatigas de la víspera, fueron pocos los que se dejaron vencer por el sueño. De esa manera se cumplió la travesía animadamente, cambiándose impresiones y recuerdos acerca de aquellos dramáticos ciento cincuenta y cinco días de nuestra azarosa permanencia en el crucero de bolsillo.

Poco era lo que sabíamos de América del Sud y por ende de la Argentina, pero uno de los soldados veteranos algo había leído sobre su historia y su tradición y habló del gaucho como un personaje mitológico.

—El gaucho... ¿Quién iba a creer que Ud. no tardaría en confundirse con los viejos señores de la tierra?

—Es que todo esto atrae... El paisaje, la historia, la leyenda... el espíritu de la gente, esa natural predisposición a la gauchada.

—Que es una auténtica vocación de solidaridad, de comprensión, de ser útil...

—Como Ud., el comisario y ese viejo maravilloso que fué don Venancio Jaramillo...

Como todos los hombres identificados con el espíritu de la tierra.

—La verdad es que —prosiguió diciendo el gaucho rubio— el primer contacto con los argentinos se hizo a bordo de los lanchones y que la impresión fué alentadora. Eran diez marineros de cabotaje, curtidos por las intemperies del río, que trataron de hacernos más placentera la travesía, sin esforzarse, espontáneamente, como un deber de buena voluntad. Alguien cantó un tango. La triste melodía porteña, aunque no entendíamos la letra, nos roció como una neblina de nostalgia.

—Ché, cantá algo más alegre...

Hizo la advertencia otro marinero criollo que había percibido el efecto psicológico de aquella canción ciudadana.

—¿Qué te parece un chamamé?

—Eso es otra cosa...

Después fueron una cueca y una chacarera. Fué mi primer contacto con el espíritu de esta tierra, donde he echado profundas raíces como ese algarrobo centenario.

En horas de la tarde advertimos el perfil de Buenos Aires. A medida que los lanchones avanzaban se fueron agigantando los edificios de la zona portuaria y aparecieron de pronto, ante nuestros ojos, los rascacielos y las torres de las iglesias.

Buenos Aires nos recibía con la sonrisa de su visión maravillosa y el cordial saludo de las sirenas en ese verdadero enjambre de barcos de todo calado, que acudían a nuestro encuentro prodigando señales de bienvenida.

Aunque íbamos a ser confinados, ya no nos sentíamos un puñado de hombres a la deriva.

Las barcazas atracaron en Dársena Norte. Allí se cumplieron los trámites de identificación, exámen médico y todos esos requisitos que preceden a la radicatoria y poco después nos instalamos en el Hotel de Inmigrantes, donde tuvimos la real sensación de pisar tierra firme. Nos hallábamos, por fin, frente a la realidad del término definitivo de nuestro peregrinaje.

La gente nos miraba con curiosidad, pero sin recelos y hasta con cierta admiración, en tanto se difundían nuestras peripecias y las hazañas sin precedentes del Graf Spee, que la imaginación popular agigantaba...

Por eso alejamos algunos resabios de prevenciones, recobramos la confianza y comenzamos a recobrar nuestra propia personalidad. En aquellos días nos recobramos física y espiritualmente. Sabíamos que se nos iba a confinar en el interior, pero qué distinto era todo esto a la zozobra permanente, a ese continuo ambular sin rumbo por todos los caminos del mar, capeando temporales y soportando la lluvia de granadas enemigas.

La vida nos parecía demasiado regalada, con la mesa puesta, el mullido colchón de lana y los prolongados recreos, pues apenas si nos hacía recordar nuestra condición de marineros alemanes el uniforme impecable y la formación de la tarde, cuando pasaba revista el capitán Hans Langsdorff.

No era el mismo hombre que tantas veces habíamos observado en el Graf Spee, pletórico de vida, animoso, con los nervios acerados y los claros ojos luminosos, de mirada profunda y dominadora. Parecía haber anochecido en su espíritu, como si envejeciera de pronto. Hasta su propia voz no era la misma. Ahora tenía una entonación opaca, como si hablara desde la dimensión del tiempo...

La última vez que le ví fué el 19 de diciembre. Contába-

mos con los dedos los días que faltaban para la próxima Navidad, que íbamos a celebrar en esta tierra amiga, evocando el hogar y la patria lejana. Se nos había autorizado a escribir a nuestros parientes y amigos y yo despaché las cartas que había escrito en el puerto de Montevideo a la madre de Hartmann y a la señora Stark. ¡Cuánto hubiera dado por aliviar el dolor de la progenitora de mi amigo de Kiel!... Y por que estuviera a mi lado aquel muchacho tronchado en pleno amanecer...

El capitán Langsdorff, durante aquella última revista apareció con uniforme de gala, rodeado de su estado mayor. Tuvimos el presentimiento de que era su despedida, como si una nueva misión del servicio le estaba destinada. Pero todos no entendimos, en ese momento, el alcance de sus palabras cuando nos exhortó a mantener siempre vivo el recuerdo de la patria y de los camaradas muertos en el cumplimiento del deber...

—Y no olvidéis. El honor alemán está por encima de todos los goces y todos los sacrificios. Vuestro capitán confía en vosotros, en nuestro concepto del deber y la disciplina...

Y como una sombra, en esa hora melancólica del crepúsculo, nuestro jefe se retiró a su aposento, mientras rompíamos filas y zumbaban en nuestros oídos el eco de sus últimas palabras:

—Nuestro concepto del deber y la disciplina...

A la mañana siguiente comprendimos toda su significación y trascendencia, pues no apareció el capitán a la hora del desayuno, ni fué observada su presencia en aquellos amplios y luminosos patios de mosaico donde entretenían sus ocios los confinados.

De pronto se originó un revuelo.

—¿Qué ocurre? —nos preguntábamos con asombro.

—El capitán Langsdorff no responde...

—Se ha llamado en vano a su puerta.

—Habrá que forzarla... —dijo el segundo comandante.

Poco después trascendió como un reguero de pólvora la dolorosa nueva: el veterano lobo de mar se había quitado la vida de un certero balazo en la sien...

Yo sentí como si una mano de hierro me apretara la garganta. Se ahogaron los gritos de asombro y de protesta, ante la mirada de un oficial que nos recordó nuestro concepto del deber y la disciplina.

Era injusto el destino de ese hombre que había domeñado

el mar con altivez y coraje, de ese auténtico lobo de mar, que fué para nosotros un paradigma de valor moral y de hombría de bien.

Ahora sí nos sentíamos solos, sin barco y sin guía, como un puñado de hombres a la deriva...

—Ud. sabe el resto de esta historia —continuó diciendo mi amigo Rudolf Muller— la noticia conmovió a Buenos Aires y sentimos el aliento de los corazones criollos que compartían nuestro dolor de hombres y de soldados.

Las exequias del capitán Hans Langsdorff fueron dignas de un héroe. En este último capítulo de las aventuras del Graf Spee, Buenos Aires nos reveló su espíritu de solidaridad y su hidalguía. Y comenzamos a comprender que más allá de la frontera de nuestra patria, bajo el signo tutelar de la Cruz del Sur, había un pueblo de leyenda, generoso y cordial, pródigo en frutos de la tierra y del espíritu.

INDICE

SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRÁFICOS LUMEN
CALLE TUCUMÁN 2926
T. E. 62 - 6646/6647
BUENOS AIRES
REPÚBLICA ARGENTINA
EN EL MES DE
SEPTIEMBRE
DE MIL NOVECIENTOS
CINCUENTA Y CUATRO